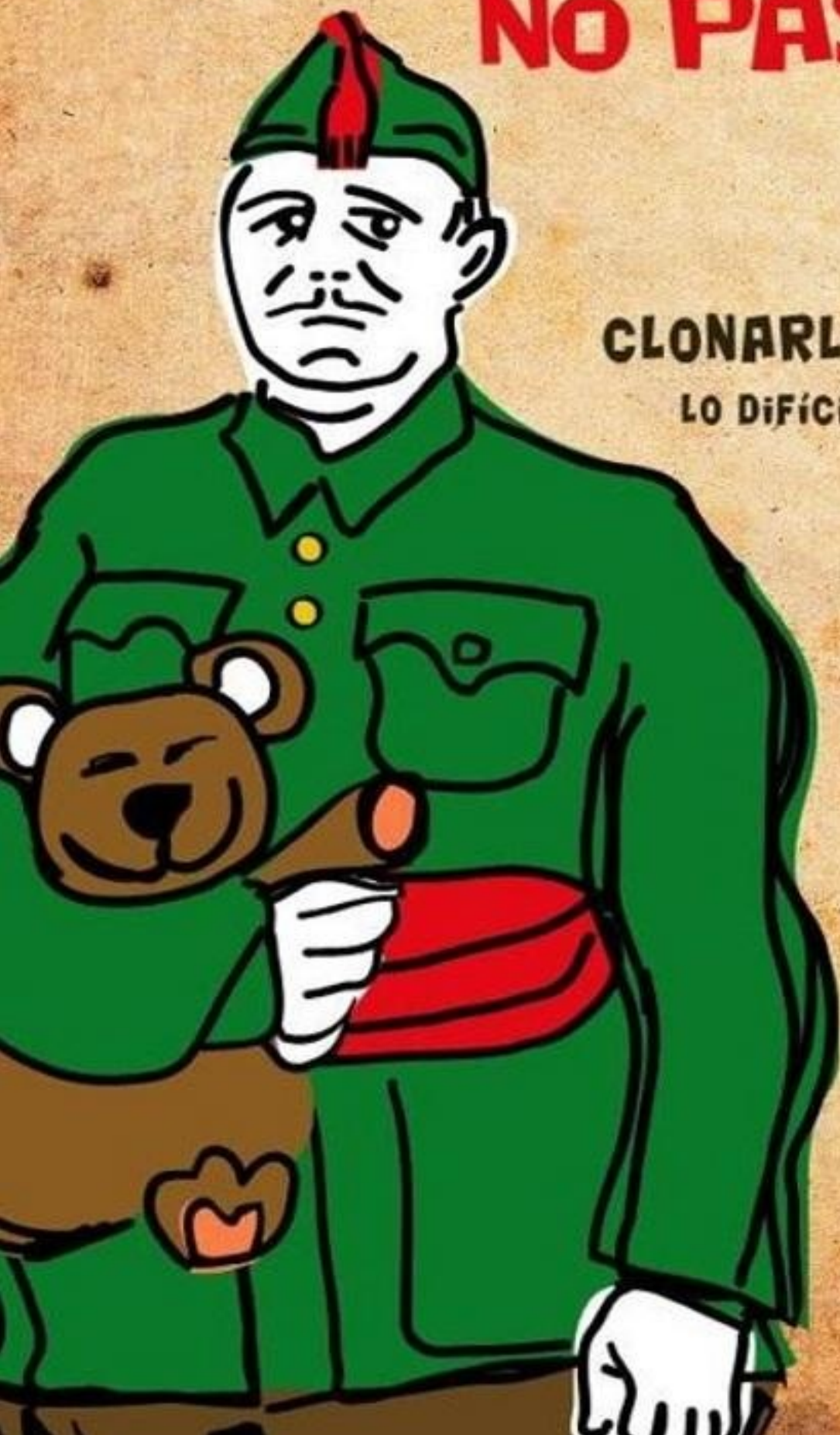


Jorge Cabrerizo

¡ESTO CONTIGO NO PASABA!



CLONARLO RESULTÓ FÁCIL.
LO DIFÍCIL FUE EXPLICARLE
QUIEN ERA.

Lectulandia

En un futuro no muy lejano, un arriesgado experimento de Falange Española pretende garantizar el retorno al orden en una sociedad que consideran corrompida. Para ello, y mediante el uso de los revolucionarios avances en duplicación humana, el doctor Enrique Valdecasas consigue crear un clon perfecto del líder que encabezaría nada menos que un nuevo Alzamiento Nacional. Pero los acontecimientos se precipitan. Otros extremismos de distinto signo pugnan por conseguir los mecanismos necesarios para clonar a sus propios líderes carismáticos. Radicales de derecha y de izquierdas, separatistas violentos, grupos religiosos ultramontanos, anarquistas... todos comenzarán una desenfrenada carrera para lograr su objetivo. Carmen Pla, la más seductora espía de los Servicios Secretos Catalanes, y un Cardenal Primado de España lleno de sorpresas tratarán, cada uno por su lado, de impedir el estallido reaccionario.

Una novela trepidante, provocadora y desbordante de humor, que se alza como una sátira demoledora contra los radicalismos, en contra de la utilización irresponsable del pasado y a favor del desterrar viejos fantasmas que lastran, aún hoy, a la ejemplar democracia española. Una llamada de atención ante el peligro de las efemérides cuando aún hay heridas abiertas de por medio.

Lectulandia

Jorge Cabrerizo

¡Esto contigo no pasaba!

ePub r1.0
Titivillus 10.12.16

Título original: *¡Esto contigo no pasaba!*

Jorge Cabrerizo, 2006

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Santa Cruz del Valle de los Caídos y dos falangistas. La camisa azul remangada hasta el codo, a pesar del frío cortante del Guadarrama, bien afeitados y peinados con brillantina. Apeataban a *Floïd* y castañeaban los dientes, pero escupían y gruñían al más puro estilo ibérico sacado de «Raza». Después de que treinta compañeros, del mismo porte, hubieran corrido la losa de mármol, los dos falangistas se dedicaban, en la penumbra solitaria de la noche mal iluminada, a reventar el ataúd.

—Anda, iros que esto no es cosa de quedarse aquí mirando. Para pasar el mal rato estamos el doctor y yo. ¡Venga, vamos, todo el mundo fuera! Cuando hayamos terminado ya os llamaremos y dejáis todo esto como lo habéis encontrado. ¡Venga, a persignarse y fuera!

Se marcharon los treinta y el camarada Redondo animó al joven doctor Valdecasas con un «por España, Enrique, por España» subrayado de un golpe seco en la espalda. Valdecasas se estremeció.

Con tenazas, palancas y poca maña trastearon la tapa. Al poco, cedió la caja y los restos de lo que fue en su día el Caudillo quedaron al descubierto.

—¡Hay que joderse! —Redondo se retiró como queriendo mirar con perspectiva—. ¡Me cago en la puta, no somos nadie!

—Bueno, bueno, vamos a lo que vamos y terminemos con esto rápido...

El doctor sacó un aparatejo obscuro del bolsillo superior de su camisa. Era como una jeringa gorda y transparente. Palpó el cráneo seco del cadáver buscando algo de piel.

—Aquí...

Pinchó con cuidado en la parcela que había decidido como la más indicada y sorbió con la jeringa una porción de humores. Todo el esqueleto, revestido de galas militares y enjorjado con medallas, pareció removerse al hacer fuerza sobre él. Terminada la operación, volvió a guardar la jeringa. Luego sacó una cajita de plástico del mismo bolsillo de antes y recogió en ella parte de lo que quedaba de pelo.

—Bueno, pues... ya está.

—¿Ya?

—Sí, qué más quieres.

—No, nada, me imaginaba que sería más lioso. Que tendrías que llevarte un hueso o algo por el estilo.

—Quita, quita...

—Tú sabrás.

—Pues eso, yo sabré. Vamos a tapar el féretro.

—¡No, espera! Me gustaría hacer algo antes.

Valdecasas miró a su compañero con cierta desconfianza.

—Hacer qué...

—Nada, hombre, tú calla.

El camarada Redondo tomó aire, se arrodilló junto al cadáver y, con rectitud propia de un soldado, plantó un beso profundo en la frente de la calavera.

—General, Excelencia —se dirigía al cuerpo muerto como si pudiera oírle—, es un honor servirle a usted. Por Dios y por España. ¡Viva España!

Los dos extendieron el brazo derecho movidos por un resorte invisible.

—Venga, Enrique, ya está. Vamos a tapanlo y a llamar a los muchachos —las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¡Esto es muy grande, Enriquito, muy grande!

Una vez recolocada la tapa y puestos los remaches, llamaron de un grito al grupo de falangistas que, al instante, ya estaban volviendo a colocar el ataúd y la losa en su sitio.

Salieron los dos afuera. Redondo ofreció un cigarrillo al doctor, tomó otro y los encendieron todavía con ciertos temblores de manos. Aspiraron el humo del tabaco con fuerza vigorizante y miraron al horizonte de estrellas y monte que se extendía delante de ellos. Cuelgamuros se recortaba con una claridad de noche invernal. Suave y cortante, el airecillo que venía de los picachos parecía infundirles una pujanza entre mística y animal.

—Enriquito, muchacho, estamos viviendo un momento histórico. ¡Qué coño viviendo...! ¡Lo estamos protagonizando! ¡Gracias a nosotros volverán la moral y la cordura a este país y, quién sabe, tal vez al mundo entero! ¡Somos la última esperanza del género humano! Se acabaron las gilipolleces...

—Eso espero...

—Y se cumplirá, Enriquito, y se cumplirá... ¡Vamos que si se cumplirá! El Caudillo nos traerá la paz y la sensatez. ¡El Caudillo entre nosotros, de nuevo! La última esperanza en este mundo podrido y degenerado. Tenía que pasar. Sabía que pasaría... Dios es grande, Enriquito, y no abandona a los hombres de verdad. A veces nos pone a prueba, pero... ¡Otra vez las aguas a su cauce! Las cosas son como son.

El camarada Redondo hablaba mirando siempre hacia delante, hacia el horizonte oscuro de las montañas. Hinchaba el pecho y entornaba los ojos, como un visionario. Un profeta. Valdecasas le observaba el perfil, algo difuso por la poca luz, pero iluminado con la intensidad fantasmal de las ascuas del cigarrillo encendido.

—Y, ya que estamos —preguntaba el joven médico—, ¿por qué no recogemos algunas muestras de José Antonio y también lo clonamos? Dos líderes carismáticos... uno de ellos el mártir de la Patria...

—¡Calla, calla! —Redondo dio un respingo—. ¡No digas barbaridades, Enrique, no digas barbaridades! ¡Para qué queremos liarla! ¡Cómo se nota que no entiendes! ¡Quita, quita...! ¡Qué manera de joder la marrana! ¡Ni que estuviéramos locos...!

Y se retiró haciendo cruces.

* * *

Tres meses después, el sol primaveral hacía todavía más insoportable el olor a cueros

curtidos, miles de pieles y humanidades en aquella mañana de Rastro. Tanta gente dando vueltas mareaba a la propia gente y los colores vivos de los tenderetes de ropa étnica barata fulguraban generando más calor si cabe. Cuatro o cinco chulos con gorra de cuadros y pañuelo blanco sucio al cuello se situaban, por un extraño concepto de marketing, incordiando estratégicamente en medio de la riada humana. Las cajas cilíndricas con ruleta por tapa ni funcionaban ni interesaba que funcionasen y los barquillos —despizcados los de vainilla, churretosos los de chocolate— se vendían a un precio fijo, y punto.

—¿Puede la chiquilla hacer girar la ruleta, eh? Le hace ilusión a la niña.

La madre, rubia cuarentona guapa, repitió la pregunta un par de veces al barquillero, por si no la había oído. El hombre, con expresión de no entender, le contestó con un acento rumano no disimulado.

—Dos euros barquillo, dos euros...

Un puesto con chaquetas de pana era el punto neurálgico desde el que provenían gritos confusos multiplicados por los ecos humanos de otras tantas gitanas proclamando la mercancía. Cerca de un tablero que se fingía mesa con postales y láminas de cine, acuclillado, un muchacho mal encarado reventaba los imanes de seguridad de poco más de treinta cinturones de diseño pijo. Con dos piedras y un golpe seco, certero. Un alemán enorme, de pelo blanco y carne roja, se embobaba mirando abanicos de plástico con vistas de Granada estampadas en la tela, mientras un chavea canijo le sustraía la cartera del bolsillo trasero de su mochila. El guiri y su mujer sonreían, señalando un abanico con la Torre de la Vela. El humo de un carrito de gofres que un turco había aparcado cerca de la manta de cedés y devedeses de un negro fibroso y con expresión de santo bendito apestaba y acaloraba a una pareja de pequeños bolivianos cargados de ponchos. Entre pañuelos de vivos colores y lentejuelas, aparecían las caras de Bob Marley, el Che y Marilyn Monroe como velas en la fragata de camisetas que había encallado entre el gentío. Todos los que pasaban delante de un puesto de bombos de papel para lámparas alternativas se golpeaban en la frente con al menos dos de aquellos trastos. Todos menos la bolivianita diminuta y su esposo, que marchaban a buscar otro rincón menos brumoso para situar sus géneros. Un chino escuálido caminaba con la vista pegada maquinalmente al suelo, y la gente se apartaba de su camino y le dejaba andar sin tropiezos. Cuatro preciosas universitarias gritaban de alegría por causa de unos zapatos rosas. Dos marroquíes barbilampiños sonreían de gozo fijándose con insistencia en los cuatro culos de las universitarias. Banderas de España con toros de Osborne. Ropa íntima con calados y puntillas asesinos de epidermis a precio de saldo. Ruido de voces. Andares parcos. Palpar carnes inalcanzables de otro modo para jubilados salidos. Ropa de moda falsificada. Películas y música falsificadas. Piezas de repuesto que se venden por auténticas. Y, en un rinconcillo en sombra, vestido de negro riguroso, zapatillas de esparto y un cigarro apagado en la comisura de los labios, apoyado en garrota, con una estera por local y mucha cacharrería inservible a manera de artículos surrealistas,

un viejo pedía *mil duros* por un antiguo interruptor de la luz fabricado en porcelana.

—¿Cuánto? ¿Qué? ¿Mil qué? En euros, por favor, que no me aclaro...

Por encima del barullo y las cabezas de la muchedumbre, camina marcial la figura bronceada de un soldado antiguo con una bomba debajo del brazo y expresión de alegría psicópata en el rostro bigotudo. Parecía haber decidido, definitivamente, que aquel iba a ser el día propicio para encender la mecha y mandar a toda esa gente a la puñetera...

—¡Mierda! —El hombre gordo, de anteojos redondos como su cara, acababa de morderse la lengua al darle el primer mordisco a un bocadillo de calamares. Bebió de la caña de cerveza que acompañaba su frugal almuerzo.

Estaba de pie, junto con otros tres, en un corrillo achuchado dentro del bar más sucio de toda la Ribera de Curtidores. El trasiego de parroquianos, a empujones, el ruido de aquel mediodía desastroso, hacía imposible que se escucharan los unos a otros. Las cabezas casi se pegaban entre ellas, para buscar algo de comunicación. Los cuatro bebían, comían y fumaban. Dos cervezas, un vermú, un tinto, tres bocadillos de calamares y unas bravas. Mal tabaco americano y un puro canario que olía a atasco en Cibeles.

—El asunto, la verdad, es que me intriga. Llevan de trasiego cosa de quince días. Venga a subir embalajes, venga a bajar cajas vacías. Grandes, eh, como de muebles.

—¿Qué estarán tramando esos fachas? —Se ponía en la punta de la lengua una servilleta de papel para empapar la sangre.

—A mí me tienen frito —hablaba un hombre alto, mal afeitado, todavía joven aunque peinando canas.

—Ya verás... —Este era encorvado y gastaba gafas, como su compañero del mordisco, tenía aspecto de catedrático de instituto y una barba espesa. El puro era suyo.

—Me temo —continuó el que primero tomara la palabra, alto, recio, sano y resuelto en sus gestos— que todo aquello que llevamos escuchando desde hace un año no sea totalmente fantasioso.

—Ahí está la cosa, que todos tememos lo mismo.

—Por eso los espiamos desde hace tiempo, ¿no? —Seguía con su servilleta y cada vez se le entendía peor.

Sorbieron de los vasos al mismo tiempo, con una compenetración perfecta.

—Mira, Andrés, no vayamos a meter la pata que ya tuvimos jarana con aquello del golpe de estado. Quedamos como imbéciles y se rieron de nosotros hasta los suecos. A quién se le ocurre...

—Lo del golpe de estado —Andrés era el alto, recio, sano y resuelto— fue una desinformación interesada de nuestros amiguitos socialistas, que todo lo que sea tocarnos las narices a los del PC...

—Desde que nos refundamos no hacen más que ponernos zancadillas.

—Pero esto es otra cosa bien preocupante. Lo hemos comprobado nosotros

mismos, a la vista está. Tú, Juan, lo has visto como yo.

—Sí, sí —Juan luchaba por no desangrarse por la lengua.

—Y los teléfonos tampoco engañan. Las grabaciones lo demuestran y es inquietante.

—Lo de pincharles las líneas nos va a traer problemas —el catedrático de instituto atravesó una patata con un palillo de los dientes al tiempo que pronunciaba la frase.

—Si no lo hace este gobierno confiado y cobarde lo hacemos nosotros, que velamos para que los fascistas no nos la den con queso. Si nos hubieran hecho caso cuando denunciemos lo de los experimentos científicos...

—Bastante que no se nos echaron a reír en nuestras narices, después de la vergüenza que pasamos con lo del golpe de estado.

—Yo sigo diciendo que lo de pinchar teléfonos nos va a traer problemas —y volvió a atravesar una nueva patata con el palillo.

—Total, el caso es que preparan algo gordo y puede que sea lo que todos estamos pensando. Que lo hayan conseguido.

—¡Venga, tú, no digas tonterías!

—Si ya lo hicieron con aquel actor de Hollywood no tiene porqué ser una tontería. Vienen amenazando con intentarlo desde entonces.

—Pero los medios en España no son los mismos que en Estados Unidos. Ellos tienen laboratorios, dinero...

—Y nosotros, ¿tú qué te crees?

—Sí, pero como para eso...

—Para eso y más, ¿no ves que el que patentó el método es un tío de Albacete?

—Carajo, con la fuga de cerebros...

—Lo han hecho y ya está. Me da que lo han hecho.

Bebieron de un trago lo que les quedaba en los vasos. El catedrático de instituto rebañaba del plato vacío la salsa picante de las patatas. Andrés volvió a hablar.

—Felipe y Manolo —señaló a los compañeros, que levantaron la cabeza al oír sus nombres—, encargaos de confirmar nuestras sospechas. Y estad atentos, que nuestro informante puede hacerse esta vez el longui. La cosa es demasiado grave.

—Y que lo digas.

—Y a los sociatas ni mu. Estos partidos mayoritarios están vendidos. Lo mismo les da por pasar del problema como por hacer bandera publicitaria de una lucha que no sabrían llevar a buen puerto. Estamos solos, señores. Solos.

—Ya verás.

—Somos la única esperanza en este mundo podrido y degenerado. ¿Otra ronda?

—Sí.

—Sí.

—Venga.

* * *

En algún lugar de las profundidades de Dos Hermanas, el *Grupo Terrorista Armado de Liberación Andaluza* preparaba la grabación del video intimidatorio por el que se darían a conocer en Internet.

—A vé, juntarsus una miaja má. Así —miraba como con disgusto por el visor de la cámara digital, puesta en su trípode—. No sé, no sé... hay argo que me falla en la composición de la escena... argo chirría, tú.

—Será la mesa, que no se ve bien la bandera, o que tiene arrugas —le sugería el ayudante de cámara—, o la puñeta de la luz, que es poca... Pero yo lo veo bien. Sobrio, funcional...

—Que no, que argo hay que se me hace feo de ver.

Los dos encapuchados que estaban sentados detrás de la mesa dispuesta para la puesta en escena empezaban a intranquilizarse.

—¡Oye, reivindicamos ya o qué!

—¡Espera coñiiiiio! —El cámara se malhumoraba si no le dejaban concentrarse en su trabajo. Era arte—. ¡Ya está, cohone, ya sé lo que pasa!

—El qué...

—Pues que estamos acostumbraos al pasamontañas con chapela, pero el pasamontañas con sombrero cordobés se hace raro.

—Va a ser eso...

—Descarao...

—Y qué, entonces.

—A ver, deja que piense... —Se rascaba la barbilla con pose intelectual—. Está joía la cosa. Va a ser cuestión de elegir entre el pasamontañas sin sombrero o el sombrero sin pasamontañas.

Los dos de la mesa se arremolinaron.

—¡No jodas! ¡Después de tanta coña con lo de hacernos una imagen corporativa, el marketing para que nos reconozcan na más vernos y to esa leche y ahora pa na...!

—Es que la estética no me convence... Parece que estamos de guasa y no que somos un grupo terrorista. ¡Solo nos faltan un par de manzanillas en la mesa, el jamoncito y los farolillos y mismamente es una caseta de feria...!

—¡Tócate los huevos! ¡Pues haberlo pensao antes, que me ha costao el sombrerico un cojón!

—No te quejes, ya tienes seña identitaria pa cuando te vayas de manifestación... A vé, qué decidimos...

En ese mismo momento, entrando por el portalón cortijero que daba paso a la bodega convertida en improvisado estudio, el más acabado tipo de señorito jerezano blandía un par de hojas mecanografiadas con un nerviosismo exagerado. Dio un trapiés en una loseta mal cuadrada.

—¡Ustedes, venir aquí! ¡Menuda noticia!

Se acercaron todos al recién llegado. Los dos del pasamontañas y el sombrero cordobés sin desbaratarse el modelito.

—Acaban de enviarme esto los de *Zamora Independiente*, que se lo han interceptado al *Frente Manchego de Acción Nacional*. ¡Canela fina!

—A ver, a ver...

Leyeron al mismo tiempo aquellos papeles, con ansias. Los del pasamontañas con cierta dificultad.

—¡Toma!

—¡La Vígen!

—¿Esto qué quiere decí?

—Lo que habéis leído. Ni más ni menos. Lo están haciendo. ¡Lo están clonando!

—¡No me lo puedo de creé!

Se sentaron, aturcidos por la noticia, en unas cuantas sillas de anea. Parecían un cuadro flamenco.

—¿Y ahora qué hasemo?

—Esperar confirmación de estas suposiciones. Y también ir pensando en lo que debemos organizar en caso de que la cosa se ponga tan fea como parece que se va a poner.

—Pero, si ni siquiera hemos hecho na toavía. Ahora los plane cambian y vete a sabé lo que tenemo que...

—No cunda el pánico. Nosotros a lo nuestro. Ya vendrá rodado lo demás.

—Ufff... se me está haciendo de un cuesta arriba... y eso que no hemo empezao.

—Ya te dije yo que esto no traía cuenta.

—Otro palo a la burra...

—Que no era tan fáci como paresía...

—Dale...

—Y tú, na, erre que erre, que si los otros pueden por qué nosotros no, que si lo que nos falta es inisiativa...

—Ya está, prenda, no dé má por saco...

—Que si es que íbamo a estar siempre por detrás de toa España...

—No me toques la morá, no me toques la morá...

—Pues mira en la que nos hemo metío, con la coña. Y ahora es verdá lo de la clonación y nos cagamos por las patas abajo.

—¡Qué te calles!

—Si es que lo mejó es no tocá mucho las narice...

—¡Pero bueno, queremos la independencia de nuestra tierra o qué coño queremos!

Uno de los del pasamontañas tomó la palabra, mientras sostenía a su compañero medio transpuesto y lo abanicaba con el ala del sombrero.

—Yo lo que querría es una mijica de agua aquí pal compadre, que con la caló del

trapo este en la cara le está dando una pájara...

* * *

—¿Esto qué significa, padre Figueras?

El Arzobispo sujetaba la tarjeta de visita entre sus dedos. El secretario del Palacio Arzobispal, el padre Figueras, con cara contrita y maliciosa en extraña mezcla, miraba la punta de sus botines charolados. El manteo crujiente y volátil le hacía parecer en plena levitación. Su cara sonrosada, perfectamente rasurada, y el nervioso parpadear le daban aspecto de escolar adolescente.

—Es del *Grupo de Amigas de Yepes*, que vienen a verle a usted con urgentes nuevas, don José.

El Arzobispo remiró la tarjeta, en la que un anagrama equívoco campeaba sobre las siglas GAY. Pareció no convencerse del todo.

—Hazles pasar.

Mientras el secretario salía del enorme despacho, con suelo de mármoles y profusión de cornucopias y cuadros sacros de segunda fila ennegrecidos por el buen gusto del tiempo, el Arzobispo tomó asiento y se arregló la pose teatral, a lo Inocencio X. Entraron unas señoras delgaduchas y feas, ni una sola con bondad o picardía en el rostro, muy abotonadas hasta el cuello a pesar del calor de aquella primavera toledana. El Arzobispo les indicó que se sentaran con un gesto amanerado pero sin levantarse de su asiento castellano, como una cátedra. Ninguna aceptó la invitación. La que encabezaba la comitiva, sin levantar la mirada del suelo y con las manos apretadas a la altura de sus pechos planos y hundidos, se acercó a la inmensa mesa que la separaba del Primado.

—Santidad...

—Ilustrísima, señora —le corrigió el religioso.

—Perdone usted, es que estamos nerviosas —detrás de ella, las otras soltaron alguna risita que pretendía ser fresca y juvenil. Se ruborizó.

—Continúe usted, no se azore.

La portavoz pasó por alto la palabra *azore*, que no tenía ni raspada idea de lo que significaba.

—Verá usted, Ilustrísima, somos una asociación cultural religiosa que velamos por las buenas costumbres y la observancia en nuestra pequeña localidad. Gustamos de reunirnos para compartir experiencias de nuestra vida diaria, siempre a la luz acrisolada de las enseñanzas de nuestro Padre San Juan de la Cruz —al Arzobispo le estaba irritando aquella señora por momentos—. Nuestro objetivo último es acercarnos, en nuestras humildes posibilidades, a la experiencia de lo místico y lo ascético que bien definiera nuestro Padre San Juan de la Cruz. Un camino marcado en los beatísimos textos de florida poesía de nuestro Padre San...

—Discúlpeme usted —interrumpió el Arzobispo—, aunque me encantaría poder

dedicar toda la mañana a tan pías señoras mi tiempo no me pertenece y debo atender mis numerosas obligaciones. Por eso le ruego que pase a referirme aquello tan urgente que han venido a comunicarme, sin más exordios.

La señora obvió la palabra *exordios*, que no conocía ni por asomo, pero creyó entender lo que le indicaba el venerable sacerdote.

—Pues, verá, Ilustrísima —el Arzobispo asintió—, conocemos de un hecho importantísimo que hemos venido expresamente a hacerle saber, para que su Ilustrísima lo trasmita al Santo Padre.

El Arzobispo temía que fuera alguna simpleza de beatas. Que quisieran alguna bula para tonterías o transmitir su deseo de recibir la bendición apostólica para su asociación. Aguardaba con fingido interés.

—Debiera conocer Su Santidad...

—Ilustrísima —volvió a corregir el sacerdote.

—No, no... Su Santidad, por medio de su Ilustrísima, debiera conocer una interesante nueva. Una de nuestras asociadas, aquí presente —indicó con un gesto de mano a una de las cacatúas de atrás, que asentía con risa nerviosa— es esposa de un importante empresario naval mallorquín, hombre prudente y rectísimo, que ha tenido el buen acierto de... ¡Uy! ¡No sé ni como decírselo! —se reía, como las otras, de una manera enervante—. ¡Parece cosa de milagro!

El Arzobispo taconeaba con nerviosismo. Por suerte la mullida alfombra bajo la mesa de despacho impedía que se oyera el fruto de su irritación.

—Ha tenido el buen acierto de financiar una extraordinaria causa que queremos comunicar al Santo Padre. ¡Cosas de la ciencia, de los adelantos! ¡Parece increíble!

Al sacerdote, con tanta emoción de mentirijillas, le estaba entrando ganas de darle un bofetón a cada una de las beatonas.

—Céntrese, se lo ruego —acertó a decir, guardándose para sí algún epíteto feo.

—Bueno, sin más —pareció coger impulso—. Con el dinero de este buen samaritano acaban de resucitar al Generalísimo en los laboratorios secretos que Falange Española tiene en Madrid.

El Arzobispo palideció, pero con una flema superior. Semejante despropósito no podía habérselo ni tan siquiera figurado.

—¿Cómo dice, hija mía?

—¡Que sí, que sí! Bueno, *resucitado* no, es... ¿qué era, Genoveva? —Se volvió a las otras, que le cuchichearon la aclaración—. Eso, *clonado*. Han clonado al Generalísimo. ¿Comprende? Como el actor ese de Hollywood, sabrá su Ilustrísima quién le digo, salió en todos los periódicos y televisiones. Pues igual. Bueno, mejor, mejor. Esto tiene más importancia. ¿Se da usted cuenta, Ilustrísima? ¡Vuelve al fin la Cruzada! ¡Contra el vicio de este mundo podrido y degenerado! ¡Nuestro Caudillo! ¿Se da cuenta?

—Me doy... me doy...

Nada más despedir a las buenas señoras con la promesa de hacerle llegar la

noticia a Su Santidad de inmediato, y tras haber repartido bendiciones y recibido besos pastosos en el anillo, el Arzobispo, solo en su inmenso despacho, se remangó poco decorosamente sus vestiduras y sacó un teléfono móvil diminuto de los pantalones. Marcaba los números nerviosamente.

—¡La madre que me parió...!

* * *

—¿Sí?... Soy yo... ¡Hombre, Pepiniqui, no te había conocido en la voz!... ¿Cómo va esa vida por tierras toledanas, gandul? ¡Menudo cirio tenéis montado con lo del Congreso Eucarístico! A ver cuándo te pasas por aquí, que hace mucho que no vienes a las reuniones y se te echa de menos por estos lares... ¿Cómo? Pero qué te pasa, hombre, no me asustes... Cuéntame, cuéntame... Sí, sí, te oigo bien, dime, dime, que me tienes en ascuas... ¡Pero tranquilízate hombre, que no se te entiende!... ¿Cooooooolooooo? ¡Y eso cómo va a ser! ¡Igual que el actor aquel de cine...! Sí, ya, ya, claro que conozco la noticia, chico, si fue un gran boom. A mi señora le hizo mucha ilusión, porque era un ídolo suyo de cuando moceaba... ¡No me jodas! ¿Y eso es posible?... ¡Madre de Dios, la que nos ha caído!... Ya, ya... Organizaré una reunión de urgencia a ver qué hacemos... ¡Válgame Dios!... ¡Me has dejado de piedra!... Pues nada, qué quieres que hagamos, esperar a ver lo que pasa, ahora son otros tiempos, ¿no? Digo yo... ¡Hombre, claro que me acojona, pero habrá que esperar!... Ya te diré, ya te diré lo que decidimos... Gracias, Pepiniqui. Me has dejado planchado. No ganamos para sustos... Gracias, Pepiniqui. Ya luego te cuento... Gracias, gracias... Adiós, adiós...

Al colgar el auricular del teléfono temblaron la escuadra y el compás que descansaban sobre la mesa formando una Estrella de David.

II

El gran salón, despejado, aún conservaba el olor a nuevo en el ambiente. Pintura nueva en las paredes. Muebles nuevos, pero de corte antiguo. Cortinajes nuevos, de un color borgoña para nada actual. Flecós dorados, borlas grandes y ampulosas, cuatro grandes tapices a imitación de los de La Granja, goyescos, nuevos. Un espejo de marco bruñido que costaría un Potosí de no ser porque era nuevo, de mala factura, pero resultón. Una tarimita bien encolada elevaba un espacio oblongo, como de caja de bombones, justo al fondo de la sala. Un escenario teatral con dosel colocado muy arriba del que descendían más cortinas púrpuras, de mejor acabado que las otras de la estancia, finamente ribeteadas en hilos bastos de oro limpio. Nuevas. En medio del cortinaje colgaba un crucifijo grande y, bajo este, se colocaba una gran silla negra de maderas nobles, también tapizada en terciopelo a juego con el cortinaje. En las maderas de la silla, casi como si fuera un trono coronado con heráldica, campeaba un escudo tallado y policromado atrapado entre las garras de un águila real que parecía albergar la intención de alzar el vuelo y soltar su presa cuando hubiera alcanzado la mayor altura, para que se reventase de un golpe contra el suelo cruel de las arideces castellanás.

Dos leones de poliuretano expandido disfrazados de bronce insignes flanqueaban este particular escenario, guardando con su falsa pose altanera al tablado y a la silla, al crucifijo y los cortinajes, a cada una de las borlas de hilo de oro. Nuevas.

Una cámara y un par de focos grandísimos fijaban sus ojos muertos en el escenario, mientras el cableado anárquico que se desarrollaba detrás de las máquinas era domado por un paciente jovencito quinceañero que lo fijaba al suelo con cinta de carroceró. El jovencito, muy delgado, mal ensamblado y lleno de granos, sudaba como un pollo y tenía dos cercos como de cal blanca en el lugar de los sobacos de su camisa azul. Remangada escrupulosamente hasta los codos.

El camarada Redondo hablaba con tono de euforia a otros dos. Todos de azul remangado.

—¡Os ha quedado de escándalo, muchachos! ¡Que ni el mismo Pardo, oye!

—Hombre, la ocasión lo vale...

—Lo único es lo de los leones.

—Camarada, no había demasiado presupuesto y se ha hecho lo que se ha podido. Pedimos a Patrimonio Nacional los del Salón del Trono y nos dijeron que *nanai*. Encontrar unos parecidos hubiera sido imposible, así que le encargamos un par de réplicas fieles a un cuñado de mi señora, que hace ninots.

—La idea se me ocurrió a mí, un día que pasé por un restaurante chino.

—Bueno —Redondo se resignó—, si alguien se apoya en ellos aguantarán, supongo.

—No suponga tanto, porque son huecos...

Valdecasas entró en la habitación vistiendo una bata blanca impoluta con el yugo

y las flechas bordados en rojo sobre el bolsillo. Localizó a Redondo de inmediato y se acercó a él. En la mano derecha sostenía un bolígrafo que no dejaba de mover continuamente.

—Miguel, ¿vendrías un momento conmigo?

—Sí, Enriquito, por supuesto —y Redondo se alejó de los dos escenógrafos, que quedaron contemplando su obra—. Tú dirás.

El doctor Vadecasas habló en tono prácticamente inaudible.

—Necesito tu opinión para el asunto de... bueno, los *últimos toques*. Acompáñame al laboratorio y allí te explico.

El laboratorio era un inmenso sótano perfectamente aséptico, con instrumental y maquinaria puntera, amplio, perfectamente ventilado y luminoso gracias a un potente sistema de luces cenitales que conseguían neutralizar las sombras de los objetos. Las voces del doctor y de Redondo tomaban un tono hueco, sin reverberación. Se dirigieron hacia una gran mampara conectada a cientos de cables y que despedía un ruidillo como de frigorífico. En su interior, líquido, flotaba algo del tamaño de un señor bajito.

—Es la edad —hablaba Valdecasas—. Con este sistema de clonación se puede conseguir al individuo deseado en cuestión de semanas, pero hay que ajustar el asunto de la edad. La evolución precipitada del individuo puede frenarse a la edad biológica que se desee.

—Vamos, que se puede pedir crudo, hecho o muy hecho —Redondo pegó una risotada, orgulloso de su ocurrencia.

—Sí, algo así. Y no se me ocurre con qué edad queremos que salga.

—¿Has preguntado al mallorquín?

—Sí, dice que lo deje a tu discreción.

—¿A la mía?

—A la tuya. Como vas a ser tú el encargado de la reeducación...

—La institutriz... —reflexionó, con ojos bajos y sonrisa irónica.

Redondo paseó con zancada amplia por la sala, mirando de vez en cuando la mampara y a su habitante adormilado. En el sueño de un útero de última generación. Meditó. Se sentó en una silla blanca y apoyó los codos en una mesa blanca. Miraba la mampara. Se levantó, volvió a pasear. Miró la mampara. Chasqueó los dedos. Abrió inconmensurablemente los ojos.

—¡Cuájalo con cuarenta y cuatro años! ¡En plena madurez de su genio! ¡Como cuando inició el Glorioso Alzamiento Nacional!

—No esperaba menos.

—Y ponle menos culo.

—Eso ya no es cosa de la máquina —Valdecasas hablaba mientras comprobaba sus apuntes en una libreta.

—No, yo era para que no le volvieran a llamar...

—*Paca la culona*.

—Y hazle más alto, así a nadie se le ocurrirá decirle aquello de...

—*El Comandantín*.

—Y que no le pierda el chocolate, para que no le canten el pasodoble aquel...

—Ya, ya... Pero todo eso no le corresponde al sistema de clonación.

—Si quieres —Redondo hablaba casi con cautela—, una vez que lo hayamos parido le hacemos unos retoquillos de cirugía plástica. Una liposucción...

—Y unos zapatos de plataformas...

—¡Tampoco hay que ser irónico, Enriquito!

—Tú déjame a mí, tú déjame a mí...

Valdecasas, una vez resuelta su duda, invitó amablemente al camarada Miguel Redondo a que abandonara el laboratorio y le dejara solo con su *paciente*. Trasteó unos mecanismos concretos del tablero de mandos al pie de la mampara. Hablaba para sí.

—A ver, don Francisco, a ver. Esto por aquí —accionó un botón—, y esto por acá —encendió una lucecita verde, diminuta—. Ahora la fecha —indicó unos comandos al ordenador— y... —Pulsó *Enter*—... ¡listo! —Miró al interior de la mampara con cara de satisfacción—. En poco más de una semana habrá llegado el momento.

Valdecasas acarició el cristal de la mampara en la soledad de su laboratorio. Con cariño de padre. O de madre. El señor bajito dio una patadita al vidrio matriz.

* * *

En la Plaza de Santa Ana el calor primaveral invitaba a una cerveza bien fresca. Las mesas de las terrazas de los bares estaban hirviendo de turistas y algún que otro nativo rumboso, que convidaba a su novia o se dejaba convidar por un amigo incauto. Decenas de minifaldas aireaban las carnes en el trasiego de la mañana. Acalorados, los niños sudaban tirándose por el tobogán de colores del parquecillo, chillando como pájaros locos de buen agüero. Coches de lujo vomitaban ricos encopetados en el hall de un hotel cercano. Huertas fluía con tino. Federico, con expresión de no creérselo, sostenía una paloma demasiado pesada para poder elevarse en vuelo libre sobre los tejados.

Mientras Andrés acababa de un solo trago con el contenido de una jarra de cerveza con el cristal escarchado, Manolo se rascaba la barba y encendía un puro con la mano libre, Felipe pedía otra ronda para todos y Juan se esforzaba en quitarse con una servilleta de papel una mierda que había pisado cuando llegaba a todo correr a la cita con sus compañeros.

—Pero ahora que la mía sea negra, tú.

El camarero argentino anotó en la comanda la variación que Andrés había solicitado y salió a por las bebidas. Evidentemente, las cuatro jarras que trajo fueron de cerveza rubia.

—Vosotros dos —Andrés se dirigía a Felipe y Manolo— ¿qué contáis? ¿Alguna

novedad del asunto?

—El informante —carraspeó Manolo, cuyo aspecto de catedrático de instituto se acentuaba al concentrarse en leer unas hojas cuadriculadas con borrones y palabras formando frases— viene a confirmarnos en la tarde del pasado martes que todas nuestras sospechas son fundadas y que en los sótanos de la nueva sede de Falange han situado un moderno laboratorio en el que llevan a cabo experimentos científicos con el único objetivo de clonar al Tirano —bebió un sorbo de cerveza fría como para pasar el mal trago—. Luego también dice que se han gastado una millonada en reformar la antigua sala de juntas de la sede para que parezca el salón real del Pardo. Leones incluidos. Pero son de pega —la última aseveración pareció tranquilizar a los presentes—. En definitiva, por lo que a él respecta, parece que ya todo va muy avanzado puesto que los jefazos de Falange están visiblemente nerviosos y les cunde una barbaridad dar órdenes y *se cagan en la madre que me parió con inusitada frecuencia*. Esto último es textual de nuestro informante.

Los cuatro permanecieron en un silencio incómodo. Andrés sujetaba el asa de la jarra de cerveza con una rigidez excesiva, Manolo esperaba con el papelito que acababa de leer todavía en las manos, Felipe miraba el suelo y Juan, sudando, seguía quitándose la mierda de la suela del zapato.

—Entonces todo parece indicar que será cuestión de días.

—Sí —contestó Manolo a Andrés.

—Tenemos que trazar un plan de actuación...

—Yo creo —hablaba Felipe— que será mejor esperar y no adelantarnos, por si la tontería acaba por ser como lo del aviso de golpe de estado.

—¡Olvídate de aquello! ¡Un mal paso lo da cualquiera! —Juan dejó de trasegar la mierda al escuchar la última frase—. ¡Ahora debemos concentrar nuestras fuerzas en un plan de acción! ¡Se van a enterar! ¡Esta vez no nos la pegan!

—Los fachas.

—¡No, los sociatas! —Andrés gritó y cinco o seis cabezas se volvieron hacia el grupo—. Vendidos... —murmuró entre dientes.

* * *

La luz dorada abrasaba en las paredes encaladas del cortijo. Mediodía de sol alto. Entre un naranjo y un limonero, pilar de agua resuelta a brincar. Tres hombres sentados a la sombra de un paredón que servía como linde de una finca con otra miraban clisados un coche herrumbroso, descoyuntado y tiroteado. El coche estaba como a veinte metros, en plena calima pegada a la tierra y al metal verdoso de lo que antes fue un chasis. Subían vapores de calor que, a ras de suelo, daban un bailecillo enfermizo al ambiente. Delante de los tres hombres, echados en la pared del paredón, con las piernas estiradas y la camisa abierta completamente, había una pequeña tartera, de plástico trasparente, de la que se escapaban tres cables: rojo, azul y

amarillo.

—Ve tú.

—No, ve tú.

—¡Joer, má seriedá con las prácticas!

* * *

Toledo se engalanaba para un Corpus Christi tempranero, que aquel año caía a finales de Mayo. Cartelería, luces y arreglo de plazas y fachadas. Un operario del Ayuntamiento ponía su equilibrio a prueba encima de una escalera alta como la torre de una iglesita mudéjar. Tres jubilados miraban con atención y morbo interior, como ansiosos de que se electrocutara el pobre hombre, o se cayera de todo lo alto, o las dos cosas, mejor. Fantaseaban con lo que dirían a la televisión local, como testigos privilegiados del hecho. Canalizaban su mal fario hacia el cogote del técnico.

Paseaba, vestido de calle, el Cardenal Arzobispo don José, Primado de España, devolviendo saludos con sonrisa edulcorada. A su lado, bajito regordete, calveras y con mostacho, el pecho hinchado como de perdiz y ojos saltones, un caballero bien trajeado.

—Hemos embalado todo, qué querías que hiciéramos —decía el bajito.

—Cobardes —rechinaba el Arzobispo. Nueva sonrisa a un parroquiano que le daba los buenos días con una inclinación de cabeza.

—Nada de cobardes: previsores. La previsión ha supuesto siempre nuestra supervivencia.

—Muy bien, yéndoos conseguiréis dejar el pabellón bien alto.

—Que ya sabes el odio que nos tenía... No rabies, Pepiniqui, más vale prevenir...

—¿Cómo podéis acobardaros tan pronto? ¡Habría que plantarle cara! ¡No podemos caer en los mismos errores del pasado!

—¿Tú qué harías en mi caso?

—Luchar.

—Ya, y exponerte. A ti y a los tuyos. Yo los protejo. ¿De nuevo en el anonimato? Pues bueno. Bajo cubierto se pasa mejor la tempestad. Además, nunca hemos dejado de ser una sociedad secreta, así que hasta cierto punto...

El Arzobispo lanzó una mirada de reproche que rebotó sin mayores daños en la bonachona sonrisa del bajito.

—Y, Pepiniqui, si quieres mi consejo, desempolva el palio. Por si acaso, nada más.

* * *

Cuando Carmen Pla puso pie en Madrid, llegaba en calidad de lo que era: la más

famosa reportera de la prensa catalana. Era un fenómeno mediático, casi como un futbolista o una estrella de cine. Cotizada por sus crónicas, pasaba por rigurosa pero seductoramente cercana al público. Guapa, a secas, con una rotundidad que carece de definición. Gastaba gafas de lentes rectangulares, finísimas, sobre su nariz ligeramente aguileña. Peinaba algunas canas, bien puestas, en su melena corta rizada y azabache. Alta. Su cuerpo era el axioma de belleza irreprochable, el que no entiende de modas, clavado en el cerebelo de incluso el más insensible mojigato. Nada de extremos. Su cerebro, tan hermoso como su cuerpo. Una mujer de bandera. Y la suya era la catalana, porque Carmen Pla llegaba a Madrid en calidad de lo que era: la más eficaz agente secreto de la Generalitat.

Al bajar del taxi que le traía de Barajas la ventolera de aquella tarde le despeinó por completo. Pagó al conductor, le dedicó una sonrisa dulcemente mentira y echó a caminar por Paseo de Recoletos. Llegada a la altura de la terraza del Café Gijón sonó el teléfono móvil con soniquete insoportable. Contestó. «Sí, ya estoy aquí... Cuando tú quieras nos vemos... Correcto. Un beso». Colgó. Andaba como con prisa, trajinando nerviosa en el interior de su bolso. Grande, como de badana. Encontró la cajetilla de tabaco, encendió un pitillo exótico, marca india, y resolvió quedarse quieta sopesando dónde sentarse a pedir una copa de semidulce. Decidió que cualquier sitio valía, menos el Gijón. Odiaba los ambientes pretenciosos. Se situó en un velador pequeñito del café inmediatamente anterior al Gijón. Le dio la espalda al Gijón.

Un adolescente bien uniformado le tomó la nota y el semidulce tardó poco en presentarse ante ella, solícita copa de burbujeante oro. Tomó un sorbo, corto. Dejó la mano descansando en el brazo de la silla blanca de plástico y metal, con el cigarrillo humeante entre los dedos, y se dispuso a mirar a la gente que pasaba. Se aburrió pronto y volvió a rebuscar en el bolso. Sacó un bloc de notas virtual. Era un ordenador tan pequeño como una cartera de mano y que Carmen manejaba con pericia, accionando las teclas con un lapicito castrado, sin mina de grafito en la punta. Anotó cuatro cosas y buscó cinco. Comprobó dos y borró una: «verse con Jaime Lazo nada más llegar a Madrid».

Jaime Lazo llegó a su lado, la saludó con una sonrisa blanquísima a juego con su mata de perfecto pelo cano y sentó su robusto cuerpo de curtido corresponsal de guerra en la silla libre que quedaba junto a Carmen. Pidió una tónica. Se la trajeron.

—¡Chica, me alegra volver a verte! ¡Estás tan guapa como siempre!

—Gracias, tú tampoco has cambiado mucho desde la última vez, hace... una semana.

Ambos se echaron a reír.

—Dime, cuéntame —habló Carmen—. ¿Qué es eso de que han clonado a ya sabes quién?

—Pues eso, que lo han clonado.

—¡Pero, cómo...! ¿Sin más?

—Sin más.

—Fiuuuuu —silbó dejando escapar el aire por entre sus jugosos labios—. ¿De verdad? —Jaime asintió—. Ya nos esperábamos que algo así pudiera pasar, desde que lo hicieron con el actor aquel... Pero, macho... ¡a Franco!

—A Franco.

—¿Cómo ha sido?

—Te he enviado a tu correo electrónico un resumen de todo lo que sabemos. Es un informe incompleto, pero es todo lo que tenemos. En la redacción esperamos que salte la liebre dentro de no mucho... Los mentideros de Madrid ya comentan. La cosa está que arde. Creo que darán la noticia para julio, coincidiendo con el centenario del Alzamiento. Ya sabes, para ellos las fechas...

—¿Y el Gobierno?

—El Gobierno nada de nada. Algo sabrá, desde luego.

—¿Y la prensa?

—La prensa callada. Son solo rumores.

Carmen dio la última calada al cigarrillo. Le picaba la punta de la lengua a causa del clavo molido que aromatizaba el tabaco.

—¿Entonces, cual es mi papel en todo esto?

—Como comprenderás, a nosotros no nos hace ni puñetera gracia que la cosa salga adelante. Debes meterte donde haga falta y enterarte de todo lo que puedas. Eres *enviada especial* a partir de este momento y para cuando salga a la luz la noticia tienes que haberte situado lo suficientemente cerca del foco de la misma como para tenernos puntualmente informados. Y, en caso de ver que no podemos controlar la situación o que la cosa se pone demasiado fea, pues...

—Ya, no sigas. Acabo con el problema. Aunque me imagino que no seré la única que lo intente.

—Desde luego que no. Los del PC preparan algo, es lógico. Y los otros nacionalistas. Aquí se puede montar un pitoste bastante simpático.

Jaime posó su mano fuerte sobre la de la periodista. La movió con caricia cómplice.

—Carmen, ándate con cuidado. No sabemos si esto será algo gordo o una chufla.

—Eran otros tiempos —y sonrió—. Me da a mí que esta vez será una chufla.

* * *

Bajo la catarata fingida de la ducha Carmen pensaba que tenía excesivas caderas. Pero no era cierto. El agua resbalaba por unas turgencias con la proporción exacta de firmeza y magros. Las gotas se retardaban en su descenso por los muslos contundentes, como lamiendo con desesperación, viendo el final de su viaje demasiado cerca. Los brazos bien torneados daban impulso fuerte a las manos, que friccionaban casi con brutalidad unas posaderas llenas con perfecta forma de corazón

invertido. Luego pasaba la esponja de espuma lúbrica por la tripita bronceada, nada plana, con un ombligo formidable como el de la Victoria de Samotracia. Soltó la esponja. Magreaba sus pechos con exceso, entre sus dedos finos y grandes, de uñas largas, sin decoro. Repartía el jabón con generosidad lujuriosa. Los pezones negros, erizados por el frío del chorro helado, eran igual que medallones y concentraban en su punta sensible sangre como de mulata, que les daba color recio. Su mano derecha se escapó hacia la mata espesa de pelo púbico, mientras la izquierda continuaba trasegando las tetas a pellizcos. Incluyó el cuerpo ligeramente hacia delante y comenzó a mover con nervio la yema de los dedos algo más arriba de su clítoris, hinchado como un grano de maíz blando. Entre dientes, escupía palabras con propósito de frases.

—Jaime... cabrón... en qué líos me metes... soy tu puta... te gusta, cabrón... me tratas como a una puta...

III

Para Enrique Valdecasas aquel día no había empezado mal del todo. Desayunó chocolate con porras descomunales. Brillaba el sol y el calor aún no era insoportable. Se podía pasear. Se dirigió a pie —cosa rara en él, tan amigo de su moto— hasta la sede de Falange.

El edificio, que no hacía mucho que había sido adquirido para su uso actual, era un enorme mostrenco de cemento bellamente disimulado con molduras en yeso fino. Construido a la manera del XIX, no desentonaba con su castizo entorno, bien cerca de la Puerta del Sol.

Se perfilaba muy digno, engalanado con banderas de Falange y de España en sus balcones. Se habían limpiado convenientemente las pintadas insultantes de anarquistas y otros colectivos de izquierdas, que comúnmente orlaban los bajos de los muros. Tan solo una de ellas se dejaba adivinar todavía, y si alguien se fijaba podía llegar a leer con cierta dificultad la palabra *asesinos* entre cuatro signos de admiración. «Al menos —pensó Valdecasas— no se ven las otras, que eran canela fina». Había movimiento de curiosos a las puertas del edificio. La mayoría con pintas de gente de a pie, desocupados. Otros con la inconfundible marca de periodistas en la cara. Nadie reparó en el doctor, no obstante, al entrar por el inmenso portalón. O al menos no se le acercaron para preguntarle nada, pero notaba la curiosidad en el ambiente, como una electricidad enrarecida.

Enrique subió los escalerones silbando una cancioncilla castiza. Al final del pasillo que conducía al salón de reuniones, Redondo le esperaba con aspecto nervioso. Impaciente. Lo abordó en el acto y le acompañó al interior de la habitación principal, preguntándole insistentemente.

—¿Cuándo?

—Ya.

—¿Y...?

—Un periodo de adaptación suficiente. Con cinco o seis horas bastará.

—Entonces, para esta tarde...

—Para esta tarde...

—¿Todo irá bien?

—Sí, no te preocupes.

Valdecasas cogió algunas carpetas con informes de su cajón privado, cerrado con llave, en un armario clasificador que parecía caja fuerte. Descolgó la bata blanca del perchero y se la puso con resolución.

—Cuando salga del armario ese en que lo tienes me gustaría estar presente —le espetó el camarada Redondo.

—De eso nada.

—Pero...

—Intimidación. Será como un parto pero algo más desagradable.

—Si necesitas ayuda...

—Yo te la pediré.

—¡Dios! ¡Estoy nervioso!

—Tranquilízate.

—Ha venido el de Mallorca, está aquí con su señora y unas amigas de no sé que asociación cultural de leches. ¿Les digo que pasen y los ves?

—No. No quiero nada de nadie. Esto es cosa mía y debo tener tranquilidad para concentrarme.

—¿Seguro que todo irá bien...?

—Sí, hombre, sí —y desanduvo el pasillo para bajar de nuevo las escaleras en dirección al sótano. Al laboratorio.

Una vez allí dejó las carpetas sobre la mesa que se encontraba a la entrada. Abrió una y apuntó en el encabezado de un folio en blanco la fecha del día: 17 de julio del año en curso.

* * *

Eran las cinco de la tarde, hora torera, y el gentío frente a la sede de Falange había crecido considerablemente en número y en incordio. A pesar de que muchos furiosos escupían insultos de grano gordo, ninguno había intentado, ni aún los más jóvenes radicales, tirar un solo huevo a las banderas de los balcones, o pintar obscenidades sobre los muros. Nada. Cuchicheaban, curioseaban, decían que no había vergüenza al airear las enseñas negras y rojas con el yugo y las flechas siniestramente entrelazados. Había un extraño revuelo mezcla de rareza, sorpresa, asco y tedio político. Pero la poca importancia que la gente le daba a cualquier monada que llevaran a cabo los de Falange, como si fuera una niñería que reprender pero poco más, permitía que no estallaran reacciones alteradas. No había caldeo más allá del propio calor de julio.

«Será por el centenario», decían algunos, los más instruidos. «Va a ser, va a ser». Pero sin duda, el comentario común era un despectivo «Ya están otra vez estos. Qué querrán ahora». Aunque a la mayoría de los transeúntes, ciertamente, les traía sin cuidado lo que sucediera en aquel edificio. Sobre todo a los más jóvenes, las nuevas generaciones de ineptos desconocedores de su propia Historia. Frutos de la enseñanza del Tercer Milenio. No sentían ni frío ni calor. Tan solo el propio de julio.

Juan trataba de arreglar, con chasquidos de lengua como de «vaya por Dios», la patilla de sus gafas, rota de un empujón al colarse entre los espectadores de ningún espectáculo que se encontraban en la acera. No iba solo, Andrés le acompañaba. Miraba con fijeza como para entrever algo detrás de los cristales opacos de los ventanales, y le dio tiempo a distinguir la figura desdibujada de alguien que devolvía la curiosidad a la calle.

—Miguel Redondo... —dijo con odio, como para sus adentros.

Efectivamente, el camarada Redondo se retiraba furtivamente de su parapeto tras un visillo, el del balcón central, decorado con una bandera de España de unos cuantos metros. En el centro de la bandera: el águila que amenaza con soltar el escudo y descalabrarlo. Ese balcón daba a la sala noble, la recién decorada a imagen y semejanza del salón regio del Palacio del Pardo. La habitación clonada.

En ella, varios electricistas y algún técnico recién diplomado en imagen y sonido probaban focos, cámara, micrófonos y demás zarandajas. La tecnología aplicada al circo.

Movían muebles, limpiaban, daban últimos retoques.

—¿Habéis bajado a Enrique el traje que nos pidió?

—Sí, camarada.

—¿Y todo bien?

—Dice que todo correcto.

Redondo se frotaba las manos con nerviosismo patente. Sudaba por encima de lo normal, a pesar de la climatización de la estancia. Volvió a asomarse, disimuladamente, detrás de la cortinita calada. Habían empezado a llegar las televisiones, con sus furgonetas, bártulos y niñas monas. El comunicado había surtido su efecto. Fotógrafos para la prensa. Algunas unidades móviles de radio, pero pocas. Y, al final, dos cuadrillas de Protección Civil y un furgón de antidisturbios que se situaron a distancia prudente. El tráfico se había cortado por embrujo. Todo esto hizo que llegaran más entrometidos, que la curiosidad creciera. «Si está aquí la televisión será algo gordo». «Si han cortado el tráfico en pleno centro...». «Si está la policía...». «Si aquí hay toda esta gente...». «¿Vendrá algún artista...?».

Redondo sonreía. Pero, en el fondo, temblaba. «¿No nos habremos precipitado?». Aunque, por otro lado, deseaba que llegara el momento cuanto antes. «Enriquito es un tío de confianza. Si él dice que sí es que sí. Menudo profesional. Un monstruo está hecho este Enriquito, un monstruo. Le darán el Nobel, y si no al tiempo. ¡Vamos!». Creyó reconocer a alguien entre la multitud. Una mata de pelo espeso azabache y unos movimientos resueltos que le permitieron colarse y llegar a primera línea de acera, justo debajo del balcón. «¡Hombre, la fulana que lleva dándonos por saco todo este mes! ¡Menuda guarra está hecha la *polaca!*».

Carmen Pla venía acompañada de un cámara jovencito, algo párvulo, que la seguía como un perrillo llevándose los insultos y codazos de la gente a la que acababan de empujar para abrirse paso. Carmen iba dejando como una estela de cabreo que se pagaba con el que la seguía. Incluso llegaron a tirar al pobre chico de la coleta rubia con que se recogía sus pelos de *heavy* complutense.

La visión del petimetre adolescente de Carmen hizo reparar a Redondo en su propio pisaverde engomado y se volvió para buscarlo dentro del grupo de técnicos. Localizó al quinceañero perfectamente. Era el único que se revolvía, en lo más complicado, y reptaba ensuciando la camisa azul —remangada hasta el codo, siempre

— que seguramente le había lavado y planchado con veneración la santa de su madre. Peleaba con un enchufe peligrosamente copado de cables.

—¡Niño! —gritó Redondo, marcial—. ¡Baja y abre la puerta grande de par en par, que ya no tardarán en venir los nuestros!

Efectivamente, nada más llegar abajo y comenzar a abrir las dos hojas de la puerta principal de entrada al edificio, la multitud fue sorprendida por un desfile castrense de unos cuarenta hombres, en fila de a tres, uniformados escrupulosamente de falangistas —camisas remangadas hasta el codo—, que arrollaban a los presentes sin conmiseración. Se abrieron las aguas de la muchedumbre ante tan particular sorpresa. Los insultaban, algunos. Los más se callaban anonadados. El gentío crecía. Entró la fila impetuosa y subía las escaleras generando un ruido como de terremoto cuando Valdecasas asomó la cabeza por la puerta del laboratorio.

—Por lo que oigo, parece que todo está listo. Pues... entonces nos vamos para arriba. Llegó el momento, don Francisco.

* * *

En el largo pasillo del primer piso, que desembocaba en la puerta que abría el salón principal, la columna de paramilitares se había descompuesto en dos filas de veinte, una por pared, que flanqueaban las brillantes baldosas, muy firmes todos, como figurines. Al fondo, esperando en la puerta abierta de par en par, el camarada Redondo, las señoras del *Grupo de Amigas de Yepes* y un caballero vestido de traje tres piezas blanco esperaban con nerviosismo. El caballero de blanco, que se parecía bastante a los retratos de un Falla anciano, se dirigió a Redondo en un castellano gachoso de acento insular.

—¿Viene ya u qué?

Como si la pregunta pudiese haber sido escuchada, al otro extremo del pasillo, en la desembocadura de las escaleras, apareció la figura de Valdecasas, ya sin bata. Se paró. Miró a la otra punta, hacia el grupo de recepción. Sonrió de una forma que solo supo entrever Redondo —que era de todos los cacatúos el que tenía mejor vista— y se volvió, observando abajo. Hizo con una mano el gesto internacional de «sube», pero con formal educación, y aguardó con las manos en el regazo a que un General bajito, engalanado con todas las medallas y bandas posibles, llegara al último escalón. El general bajito interrogó con la mirada al doctor, que le señaló el camino a seguir, a su izquierda, por la larga galería.

Redondo soltó una lagrimita que disimuló pronto.

—¡Dios bendito, es él! ¡Si lo estuviera viendo papá!

Las socias del GAY aplaudieron ilusionadísimas y el mallorquín sonrió con una mueca atroz que mostraba una decena de muelas de oro. Al grito de «¡Señores, el Caudillo!» emitido por Redondo, los cuarenta falangistas levantaron el brazo derecho con la palma de la mano bien extendida. Caminaba el General, acercándose a la sala

seguido de Vadecosas.

—¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! —gritaban los falangistas.

Con una voz entre llorona y de pito, muy por lo bajo, un Franco abrumado les respondía.

—Llamadme Paco, muchachos.

* * *

Redondo había escuchado las primeras palabras del Caudillo, que le asomaron una nube de perplejidad al rostro. Pero, nube podenco, se retiró pronto. Despejó su mente de lo que creyó un error auditivo por su parte y dedicó una sonrisa grande como cala de sandía al Generalísimo. Le dio la mano con firmeza, tras saludarle brazo en alto.

—Excelencia, mi Caudillo, es un honor y una alegría verle entre nosotros.

—Lo mismo... —contestó con tímido hilillo de voz—... lo mismo digo, igualmente...

Redondo miró a Valdecasas con saetas de interrogación en las pupilas. El doctor se encogió de hombros por toda respuesta.

—Me llamo Miguel Redondo y estoy a su servicio, mi General, para ayudarle, en lo que pueda, a adaptarse a los tiempos que corren. Lo hemos preparado todo, no obstante, para que se encuentre como en casa.

Franco lo miró como sin comprender, pero sin dejar de dedicarle una sonrisa amable y... franca.

Tras saludar a unas emocionadas *Amigas de Yepes*, arregladas de pelo y escapulariadas, el Caudillo pasó a sostener con dolor el apretón de manos excesivo que le propinó el magnate.

—Encantado de conocerle, ¿eh? —Se enorgullecía el pequeño Onasis.

—Gracias, gracias, igualmente... ¿y esa vida, cómo va?

Pretendía hacerse el agradable antes de entrar, no sabía a qué, en la habitación engalanada. Su acento gallego era bastante sobresaliente, lo que fue nuevo motivo de ensombrecimiento fugaz de las entendederas del camarada Redondo. Lanzó nueva mirada de inteligencia fastidiada a su colega Valdecasas.

Dando paso a Su Excelencia, el pequeño grupo le siguió al interior del salón. Redondo y Valdecasas quedaron los últimos, antes de que la columna de falangistas, nuevamente formada, invadiera el interior de la estancia justo detrás de ellos.

—¿Qué le pasa? Lo noto raro —preguntó Redondo al médico en tono confidencial.

—No sé, yo lo veo bien. Quizás un poco confundido todavía. Comprende que lleva solo siete horas en este mundo, hombre. Además, ¿tú qué sabes cómo era en la intimidad? Lo mismo se comportaba así.

—Grmmmm... —Gruñó el camarada—. Me escama a mí esto... Mira que si... ¡Es que lo noto muy blando, Enriquito!

—Déjalo pasar. Ya verás que todo se remansa, es cuestión de adaptación al medio. En cuanto tome carrerilla...

Indicaron a Franco que debía subirse al escenario. Se dejó guiar sin borrar la sonrisa cordial de su cara. Una vez allí, los falangistas lo volvieron a saludar brazo en alto, vitoreándolo como a la entrada.

—¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

* * *

Desde fuera, en la calle, la escena era difícil de advertir, aunque las voces a coro de los cuarenta hombres resultaban perfectamente nítidas.

Carmen fue la primera en pedir a su *cameraman* que enfocara los vidrios opacos de las ventanas y buscara definir algo con el zoom de la máquina. Al momento le imitaron el resto de las televisiones que habían sido emplazadas allí y a esa misma hora mediante un enigmático comunicado de Falange Española.

—¿Consigues distinguir algo? ¿Qué pasa ahí dentro? —preguntaba Carmen al muchacho de la coleta.

—No consigo... a ver... Bueno, están con el brazo en alto, todos mirando como... saludan... no entiendo... al fondo a la derecha hay alguien a quienes todos miran... No se puede... Parece un militar.

—¿Un militar?

—Sí, alguien importante... relucen muchas medallas...

—¿Cómo es, qué aspecto tiene? —Necesitaba confirmar, al fin, sus informes y el objetivo de su misión.

—Bueno, se ve mal... Parece bajito, un poco entrado en carnes... Sí, está gordo, sí... ¡Uh, como un chinche reventón!

—Bueno, sigue, sigue... —le apremiaba Carmen.

—Gordo, ya lo he dicho, más bien tostado de piel... con bigotillo... y nariz aguileña... ¡Parece judío, tú! ¡A ver si es judío!

Carmen ya no necesitaba más datos. El chico de la cámara no tenía ni la más mínima idea de quién era aquel hombre. Pero ella sí. Todo era cierto, lo habían conseguido clonar.

* * *

Andrés no andaba lejos, mordiéndose el labio superior con los dientes de abajo, sacados para afuera como los de un bulldog. Había oído los vítores, como todos los allí presentes, y se imaginaba con un verismo total la escena que en esos mismos momentos se desarrollaba en el interior del edificio. Juan había desistido de reparar sus maltrechas gafas y ahora luchaba por deshacerse del tacón de un honorable

ciudadano que le tenía pisado el pie derecho sin ningún pudor, echando todo su peso en él y causándole un dolor agudo del que no lograba zafarse, dada la incómoda aglomeración de personas que, ya sí, desbordaban la vía pública. Tanto Protección Civil como Antidisturbios ni se inmutaban.

Andrés acercó la boca salpicante de saliva rabiosa al oído de su amigo.

—¡Ya está ahí! ¡Ya lo tienen entre ellos! ¡No eran habladurías y falsedades! ¡Lo huelo...! ¡Huelo a tirano! ¡Perro dictador! —Y arrastró las erres.

* * *

Entre el público, que se arremolinaba cada vez más por la reacción de los medios, unas gafas oscuras escondían un par de ojos claros que se clavaban en el balcón principal. Escrutadores. El rostro sereno, semblante egregio, nadie le daba empujones por un extraño halo que le hacía casi intocable. Desprendía algo que lo convertía en reverenciado a los que compartían con él el reducido entorno aglomerado de la calle. Augusto. Su colonia, sutil y evanescente. *Olor a Santidad* era la marca. Selecta. Traída expresamente de la Botica Vaticana. Edición limitada.

—Don José, ¿nos vamos ya?

—No, padre Figueras, nada de eso. Hemos venido aquí a verlo con nuestros propios ojos.

—Ver para creer... —Trataba de ser irónico.

—Sí, la fe me la reservo para otros menesteres.

* * *

El camarada Redondo inició el discurso de bienvenida oficial que llevaba preparando desde hacía meses. Habló de la Patria, de España, de cómo el país se había desintegrado por mor de ausencia de mano dura. Cómo las costumbres se habían relajado hasta extremos inconcebibles. Del poco crédito con el que contaba la Santa Madre Iglesia, cada vez más vapuleada, entre la sociedad del momento. De la pérdida de valores. Valores católicos. Valores patrióticos. Intentó resumir la marea de la inmigración, «la invasión de los bárbaros», como la denominaba. Quiso jugar a sociólogo, moralista y estadista. A político, a entendido y a valiente. Sobre todo a valiente. Valiente patriota. Los homosexuales fueron capítulo aparte, abundantísimo en datos casi todos de morbo fácil y enfermizo. Llegó el momento de la clase política. «Cobardes», los llamó, «tan afeminados como los maricones que ahora tanto abundan». Despreció «a los rojos, que se creen capaces, y son una raza infecta de vagos y maleantes». Trazó una sucinta panorámica de los nacionalismos que «surgieron y se radicalizaron tras la muerte de usted, su Excelencia» denominándolos «claramente antiespañoles». Abogó por la torna de la pena de muerte a discreción. Y,

como colofón, celebró generosamente «el retorno de su Excelencia» y los mejores tiempos que se avecinaban «teniendo de nuevo al Caudillo de España como guía inflexible de nuestra Patria que es, aun a pesar de todo lo descrito, reserva de Europa en moral y costumbres».

—Desde hace décadas —Redondo finalizaba el discurso—, poco menos de un siglo, desde que su Excelencia nos dejó, no ha cejado de escucharse de boca de los buenos españoles «¡Esto con Franco no pasaba!», como deseo valiente de retorno al orden. Ahora sabemos, Excelencia, que su ausencia fue temporal, una prueba que nos puso el Altísimo, quizás, pero su regreso en el día de hoy constituye una alegría y un gozo tales que no puedo menos que congratularme junto con todos mis camaradas. ¡Viva Franco y viva España!

—¡Viva Franco y viva España! —repitieron los falangistas, todos a una.

Tronaron en un aplauso.

—Ahora esperamos sus palabras, Caudillo.

La voz, que había salido de entre las filas de camisas azules, fue coreada con gusto. Todos animaron con camaradería disciplinada a que su líder les dirigiera una arenga jugosa. Redondo lanzó su mirada al doctor Valdecasas, sin dejar de expresar cierta preocupación. Valdecasas no se dio cuenta y aplaudió, como los otros, para animar a que el Caudillo les dirigiera unas palabras.

Encendieron los focos, lo que al principio encandiló ostensiblemente al Generalísimo. Pasados unos segundos de adaptación a la potente luz, se decidió a hablar. La cámara captaba tan histórico momento.

—Bueno... —Parecía azorado; el acento galleguísimo; la voz, insignificante y llorona—. No sé ni qué decir... Que gracias por la recepción tan calurosa, y que... gracias. Para lo que queráis, ya sabéis donde estoy, eh. A vuestra disposición quedo. Un abrazo a todos y... que no decaiga esa alegría que tenéis, muchachos. Ánimo, eh. Gracias... gracias a todos... gracias...

Cuarenta y pico bocas abiertas.

* * *

—¡No abras el balcón! —Gruñó por lo bajo Redondo al jovencillo de granos, acentuada la orden con un pellizco retorcido en las flaccideces del bíceps.

—Pero... ¿no quedamos en que después del discurso privado...?

—¡Nada!

—¿Y la gente?

—¡Que le den por culo a la gente!

—Tanto engalano de la fachada...

—¡Que le den por culo a la fachada!

Dejó al currutaco y se marchó soltando humo por la tapadera engominada de su cráneo. Se habían dirigido los asistentes al ágape preparado en otra habitación

cercana para celebrar la ocasión. El tema de sus cuchicheos era común. El asombro total, la sensación decepcionante de no habérselo imaginado así. «Será cosa de la emoción». «Hombre, démosle un tiempo...». «Claro, el pobre, es tan sentido».

Redondo buscó con la vista a Valdecasas. Le costó bastante localizarlo entre tanto uniforme exactamente igual y tantos cueros cabelludos con el mismo corte y peinado. «Parecen clones» pensó sin querer, inocentemente, instantes antes de recordar el motivo de su amargor de boca y cerrar los ojos con un «mierda» rondando la comisura de sus labios.

Arrasó hasta el doctor, que se encontraba junto con las *Amigas de Yepes* en conversación de compromiso. A las urracas se les notaba rostro de contrariedad.

—¡Tú, ven!

Fue tajante y agarró al médico por el brazo. A Valdecasas se le cayó el canapé al suelo. Soltó la copa de rioja. Juntos salieron del ambigú improvisado y se metieron en un pequeño despacho cercano al cuarto de aseo.

—¿Tú has visto eso? —Redondo escupía al hablar.

—Sí, lo he visto como tú. Y escuchado.

—¿Y qué te parece?

—¿Desconcertante?

—¡Un mojón! —Esta vez gritó a pleno pulmón, con la sangre toda en su cara—. ¡Un mojón es lo que parece! ¡Un pedazo de mierda como el Banco de España de grande!

—Bueno, tranquilízate...

—¿Que me tranquilice? ¿Que me tranquilice, pedazo de capullo? ¡Pero, pero...! ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué ha salido mal?

—Yo creo que nada...

—¿Nada? ¿Nada? —Hizo un gesto con el puño cerrado, como de contenerse—. ¿Cómo puedes decir que nada, hijoputa? ¿Es que no lo has visto? ¡Parece... parece...!

—Un señor de pueblo, gallego. Ya, no creas que no me escama, no...

—¿Escamarte? —El camarada Redondo se encontraba en plena rifa de una angina de pecho—. ¡Te tiene que joder! ¡Te tiene que joder lo más grande!

—Démosle tiempo... Tal vez se requiera... cuando tú le hables... y recapacite...

—Teníamos que haberlo probado antes... —Ahora Redondo hablaba solo, moviendo negativamente la cabeza con insistencia insana— y no haber hecho el ridículo... que eso es lo que hemos hecho, el ridículo...

—No te agobies —Valdecasas le tomaba del hombro, con gesto paternal—. Esta misma noche llamaré a mi tío, a ver lo qué me dice, por si encuentra solución. Al fin y al cabo él ya tiene experiencia en estas cosas, nosotros somos un poco novatos.

El camarada Redondo parecía algo más calmado, aunque no estaba convencido del todo.

—Me cago en ti y en tu tío el de Hollywood —refunfuñó Redondo.

—Chst, sin pasarse Miguel, sin pasarse.

Regresaron al aperitivo de bienvenida. Todos hablaban de una manera animada, aunque las expresiones de las caras no eran ciertamente de alegría. El camarada Redondo captó, con cierto dolor de su alma, el fulminante reproche visual desde los anteojos del magnate mallorquín. Al tiempo, algo en lo que reparó de sopetón le hizo dar un respingo.

—¿Y el Caudillo? —preguntó a Valdecasas, con desasosiego.

Ambos estiraron los cuellos para buscar mejor. No lo encontraron entre los que copaban la pieza. Salieron al pasillo. Nada. La intranquilidad trepaba a sus gargantas. Se atropellaron, casi corriendo, para indagar en los cuartos de aseo. Vacíos.

Sin decir palabra bajaron las escaleras a toda prisa. Llegaron al rellano principal, notando de refilón que la muchedumbre continuaba agolpada frente a la puerta de la calle.

—¡Los medios de comunicación! —Valdecasas frenó a Redondo, al caer en la cuenta de que debían estar molestos por no recibir la noticia que se les prometiera.

—He anulado lo de la salida al balcón, como tú comprenderás.

—Sí, pero no les hemos dicho nada de que se haya pospuesto la noticia —reflexionó el doctor—. Ellos esperan y no deberíamos tenerlos en contra nuestra por un cabreo así.

—¿Bueno, y qué más da...?

—No. Sí da. Sigue tú para abajo, para el laboratorio. Yo mientras me deshago de la prensa.

Redondo bajó a todo correr. Llegó al laboratorio, preguntó al aire un par de veces «¿Don Francisco?» y miró por los rincones. Nadie. Volvió para arriba subiendo los escalones a pares. Se escuchaba el griterío de la calle como si la puerta se encontrara abierta. Al llegar comprobó que estaba abierta.

Flashes. Palabras ininteligibles. Confusión. Ruido. Algún insulto claro. Cámaras. Brazos en alto. Alegría y rabia. Altercados. Y Valdecasas entrando de nuevo al edificio, cerrando como buenamente podía la pesada hoja de la puerta. Pillando con ella manos con micrófonos y grabadoras, otras que agarraban, sin más. Detrás del doctor, apabullado, se protegía el Caudillo de España.

Cerrada la puerta, la masa hervía arañando los portones. Redondo se acercó al extenuado médico y al General.

—¿Pero qué hacía ahí fuera, hombre de Dios?

—Nada —la voz insignificante—, que me he dicho de ver qué tal día hace y tomar una mijita el aire, que me agobiaba en el convite, y me encuentro con esto. ¡Jesús, qué desagradable ha sido todo! ¡Esa gente está loca! ¡Pero loca de atar, eh!

* * *

Cerrada la puerta en sus narices, a Carmen le entraron las prisas.

—Vamos —ordenó a su cámara esclavo, autoritaria.

—¿A dónde?

—A la redacción —tajante.

Ningún otro periodista dejó su puesto.

* * *

Andrés trataba de sostener a Juan, que se había indispuerto ligeramente de la impresión.

—La habéis fastidiado... —Fruncidas las cejas con odio cinematográfico, se dirigía entre dientes a los que se encontraban dentro de la sede.

* * *

—¡Una aparición! ¡Ha sido como una aparición! ¿Será verdad lo que han visto mis ojos, don José? ¿Será verdad que al fin han sido respondidas nuestras plegarias?

El Arzobispo de Toledo miró con altanero desprecio, pero elegante, a la piltrafa de su secretario. Sin decir palabra, se alejó del lugar seguido del padre Figueras. Este tenía una sonrisa bobalicona de niño ilusionado. Casi correteaba. El Arzobispo lo mal aguantaba en silencio.

IV

A la mañana siguiente, los periódicos vomitaban cataratas de tinta fresca y sin sentido. Las televisiones solo hablaban de la extraña noticia. En la radio se debatía.

—... se esperan las declaraciones del portavoz del Gobierno...

—... ¿cómo reaccionará el Ejército? Es una incógnita que nos...

—... aún no sabemos si la Casa Real dará algún comunicado...

—... tenemos con nosotros al presidente de la Federación Republicana, don...

* * *

Era un velador hecho de obra, con mampostería fina y ladrillo. La superficie, irregular, se configuraba mediante azulejos dispuestos en paño brillante y pulido, con motivos de hojarasca y cuernos de la abundancia. Bailoteaban los huecos de luz, reflejando el poco sol que dejaba traspasar un tupido emparrado. Humo de cigarro puro y café con aroma a *palomica* de Rute. En medio: el ABC.

Para un hombre del Sur lo mejor de su cortijo es, siempre, la buena compañía.

—Pues parece que la cosa se pone fea... —decía uno.

—No vamos a decí que esté bien, no... —decía otro.

—A mí ya se me han quitao las ganas de revindicá na ni na... —Un tercero.

El pulcramente vestido de blanco —camisa de polo— señorito jerezano, dejando el puro en el borde de la mesa del cenador, habló con los ojos entornados.

—Pues yo, muchachos, veo muy pero que muy bien lo que está pasando.

Todos los demás se asombraron. Desde la portada del ABC, la imagen de un Franco sorprendido de sopetón a las puertas de la sede de Falange, rodeado de periodistas que lo abordaban, parecía unirse también al boquiabierto auditorio.

—¿Qué dice usted, por Dios y Su Madre, si e un desastre?

—No seáis borricos —continuó el señorito, rescatando el cigarro del precipicio de loza—. Nos acaban de proporcionar la oportunidad que venimos deseando encontrar desde que comenzamos a planificar nuestra lucha armada. ¿Es que no lo veis?

Los otros seguían escuchando sin saber qué decir. Uno se atrevió a menear la cabeza en señal de negativo entendimiento.

—Recordemos: ¿Cómo se dieron a conocer, a base de bien, los de la ETA? ¿Cómo ganaron puntos y acojonaron al personal? La respuesta es: matando a Carrero Blanco.

Asintieron los oyentes, como en una clase de Historia en el instituto.

—Pues entonces: a nosotros el destino nos pone en bandeja la posibilidad de triunfar a lo grande. ¿Cómo? Repitiendo la hazaña de nuestros mentores vascos pero por todo lo alto. Lograremos conseguir lo que ellos no pudieron. ¡Nos cepillaremos al Caudillo!

La afirmación, algo efectista, tuvo una consecuencia menos efusiva de lo que esperaba el elegante cacique. Los tres compañeros se miraron atónitos.

—Uffff... pues no sé yo... —dijo uno.

—Pelín complicaillo, me parece a mí... —dijo otro.

—Es poné el listón demasiao alto, pa sé principiantes digo... —El tercero.

El señorito se irritó, pero sin deslavazar el porte torero.

—¡Valiente atajo de mariconas estáis hecho! ¡Así nos va en este país, que ni independencia ni leches! ¡El País Andaluz no tiene hombres que luchen por su libertad, tiene perros vagos medio moros, que es lo que sois vosotros! ¡Perras vagas mariconas moras de mierda!

—Cucha en un minuto to lo que nos ha dicho... —Los otros se sonrieron.

—¡Pues me importa un carajo lo que penséis, porque queráis o no mañana mismo os vais para Madrid! ¡Y ojito con no darme una alegría en menos de dos meses, que se acaba el chollo y os costea vuestra puñetera madre! ¿Entendido?

Todos asintieron, menos uno.

—Yo no sé...

—¡Tú que vas a saber! ¡No sabes nada! ¡Pero ni de esto ni de nada! ¡A callar y a hacer lo que yo diga, que para eso soy el que pone los dineros! ¡Y a luchar por la independencia de nuestra Nación Andaluza!

—Bueno, pero...

—¡Sin chistar! ¡Y ahora iros, que me estáis agriando el café!

Se levantaron, rumiaron algo entre dientes, como adolescentes expulsados de clase. Cuando iban a dejar el cenador, el señorito observó algo y les llamó la atención.

—Oye, ¿y el que falta?

Uno tomó la palabra. Los otros comenzaron a alejarse.

—Está en cama, con un pinzamiento cervicá. El otro día sacó a la Vígen del Carmen, de costalero, en el pueblo de su señora, y se jodió la espalda. No pue ni moverse. To por agradá a los suegros. Si es que está visto y comprobao que no se pue ser cumplio en esta vida...

* * *

—Toma guapa, por tu santo. Aunque viene con dos días de retraso. Espero que me disculpes.

Carmen Pla cogió el paquetito de las manos fuertes pero bien cuidadas de Jaime. Lo abrió con una sonrisa sincera, de «no tenías porque». Su habitación del hotel olía a ducha recién tomada. La puerta del baño se encontraba abierta de par en par. Se veía un diminuto tanga tirado en el suelo y un sujetador deportivo dentro del bidé. Ambos rosa chicle. Ella vestía una bata larga y algo aparatosa. Su pelo mojado había perdido el rizo, aunque el calor del día comenzaba a ondearlo. De pie, hombre y mujer

esperaban. Ella: saber el contenido del envoltorio. Él: la cara de satisfacción de ella. Un pequeño bote de Chanel clásico del 5 apareció cómodamente hundido en papel de charol rosa. Como su ropa interior. Como el cierto rubor que le subió a la cara. «Que elegante eres, cabrón, cuando quieres» pensó ella.

—¡Me encanta!

—Ya lo sé —contestó el elegante, con seguridad.

—Lo inauguraré ahora mismo.

Y lo hizo. Se pasó el tapón humedecido en perfume por su cuello de Madona manierista. «Ahora mismo te comía entero, pedazo de animal. Te follaba como una bestia».

—Soy una tía clásica. Me ha encantado, de verdad. No tenías porqué haberte molestado.

—No es molestia, mujer.

—Pasa, siéntate. Me pongo algo y salgo en un momento.

Jaime se dirigió a la terraza. La luz del atardecer doraba las copas de lujuria selvática de la Casa de Campo. Una vista excepcional. Una pareja de lo que parecían dos loros verde fosforito pasaron volando muy cerca del hombre. Nada hacía pensar que se estuviera en Madrid, ciudad caótica. Más bien era escena de otros lares lejanos, con mar incluso. El horizonte violeta intenso.

Carmen, en el vestidor de la suite, ya estaba dispuesta con un cómodo pantalón de chándal de gasa azul marino y una camiseta deportiva de tirantes, pero dedicó un par de minutos rápidos a masturbarse hasta alcanzar un respingo de orgasmo corto. Volvió a la pieza principal con las pupilas aún dilatadas y un asomo de sofoco en las mejillas.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó al visitante—. Tengo de todo en el mueble bar.

—¿Un güisqui?

—Ahora mismo.

—Con hielo.

—¿Y agua?

—No, solo con hielo.

Dispuso ella dos botellitas individuales en respectivos vasos. Los llevó a la terraza y le alcanzó uno a su compañero, tomando un primer sorbo tras *chin-chin*. Se acodaron en la baranda del balcón.

—¿Quieres saber cómo ha ido la cosa, no? —preguntó la periodista, lejos de formalismos.

—Básicamente.

—Pues te cuento. Al día siguiente de llegar comencé las pesquisas. Nada especial, lo de rigor. Pasé prácticamente toda la mañana y buena parte de la tarde frente al ordenador. Internet no resultó de gran ayuda. Descubrí un par de cosas sobre el sistema de clonación que utilizaron con el actor americano. ¿Sabías que quien patentó

el invento es un señor de Albacete afincado en California? —Jaime asintió con una sonrisa dulce en los labios—. Pues tiene muchos pretendientes su revolucionario sistema, pero no lo suelta ni a tiros. Él dice en algunas entrevistas que es una fórmula secreta familiar, como el champán, y que se la llevará a la tumba o pasará solo a sus herederos. Se está haciendo de oro, el puñetero, después de lo del actor. Le llueven los encargos, aunque no hay noticias de que haya realizado ningún otro, todavía.

—Entonces, ¿cómo han conseguido los de Falange la manera de llevar a cabo la clonación?

—Bueno. Buscando, buscando, la respuesta es bien sencilla. No miente el viejo científico cuando dice que se trata de una *fórmula secreta familiar*. Don Jorge Luis Valdecasas Ríos es tío carnal de un destacado médico madrileño que, ¿a que no adivinas?, pues sí, que forma parte de la nueva cúpula de Falange. Enrique Valdecasas, se llama.

—Ummmm... —Jaime se rascaba la barbilla perfectamente apurada en su afeitado a pesar de la hora avanzada del día.

—El asunto es que Jorge Luis Valdecasas se formó con el prestigioso biólogo alemán Arnold Kubin, con el que trabajó durante años. Este Kubin es el máximo representante de la tercera generación de científicos que, auspiciados por Inglaterra y Estados Unidos, han trabajado para encontrar una fórmula rápida y eficaz de clonación humana completa. Siempre han contado con el rechazo de grandes sectores de la sociedad, que los criticaban continuamente, pero su trabajo no se ha visto jamás interrumpido por las protestas, llegasen de donde llegasen. En el año dos mil cinco, Kubin y su equipo llevaron a cabo la primera experiencia de clonación humana. El resultado fue totalmente fallido y las críticas arreciaron. En dos mil seis vio la luz un ser deforme y terriblemente débil de constitución, que murió al poco tiempo, abriendo un debate público de magnitudes mundiales. Se derrumbó en parte el prestigio de las investigaciones a ojos de sus mecenas, por lo que Kubin, con un grupo de expertos mucho más reducido del que hasta entonces había tenido a sus órdenes, continuó sus indagaciones a un nivel casi pobre de medios, en secreto, pero, sin embargo, sin presión social de ningún tipo, ya que la opinión pública daba por finalizada la terrible aventura debido al desastroso primer resultado. Entre los pocos que trabajaban junto a Kubin continuaba estando Jorge Luis Valdecasas, su discípulo más destacado. El albaceteño fue quien encontró un medio práctico de generación de tejidos y órganos complejos a una gran velocidad. Gracias a sus hallazgos la investigación avanzó notablemente. Pasaron los años sin noticias del siniestro doctor Kubin y su equipo de clonadores, hasta que, hará cosa de diez años, se conoció la noticia de su fallecimiento, ya muy anciano. Se olvidó por completo todo lo referido a este asunto.

Jaime ya se había terminado su copa. Carmen la tenía a mitad. Hizo un gesto al hombre, como de tomar el vaso para volver a llenárselo y él agitó la cabeza en señal de negación. Carmen cogió con rapidez la cajetilla de cigarrillos exóticos que fumaba

y ofreció uno a Jaime, que también rehusó. Encendió ella su pitillo y un humo potente, azul, consistente y con aroma a especias, a clavo, ocultó su rostro en un velo fantástico que, al decorrerse empujado por la brisa de la noche que ya había caído, la hizo incluso más misteriosa. Más mujer. Pasó una mano por su cabellera, que ya volvía a contar con su estado natural de anillada anarquía. Como de Menina borracha. Un sorbo. Otra calada. Continuó su relato.

—Pero, hete aquí que nuestro buen albaceteño revoluciona Hollywood el pasado año cuando anuncia, a bombo y platillo, que está llevando a cabo el encargo secreto de un prestigioso estudio de cine para clonar nada menos que a una estrella rutilante de la gran pantalla. Sin duda, este golpe de efecto de la industria norteamericana, en crisis total desde hace dos décadas, tuvo una consecuencia simpática. Los medios de comunicación criticaron al científico y sus atrevidos planes, pero, por lo amable del fin para el que clonaba, nada tuvo que ver con las aceradas diatribas de antaño. Los tiempos cambian. Les cayó en gracia. Y ahí tenemos el resultado, no tengo que contártelo.

—Estaba en Los Ángeles cuando se presentó públicamente.

—Un resultado asombroso.

—Soberbio, todo hay que decirlo. Espero con ansias la nueva película de este mito redivivo.

—Según apuntaban en un foro de cinéfilos, que el actor sea un clon abaratará la película a la productora en un cincuenta por ciento de los gastos de realización. Más barato y eficiente que «resucitarlo» por ordenador, como se venía haciendo hasta ahora. Y, por supuesto, un revuelo y una publicidad tremendos, que era lo que pretendían —terminó con el contenido del vaso de un sorbo—. Y hasta hoy. Con todos estos datos es lógico adivinar en quién centré mi investigación a partir de ese momento.

—En el sobrino de Valdecasas.

—Correcto. Enrique Valdecasas. *Cum Laude* en Medicina por la Universidad de Navarra; doctor forense con una interesante tesis sobre la corrupción y regeneración de los tejidos, en la que se ve claramente la influencia de su tío; dirige una clínica privada a la que nunca suele ir y viaja constantemente a Estados Unidos. Ya sabemos a qué. Es miembro de Falange Española desde sus años universitarios, cuando se afilió al SEU. No está casado, no tiene novia ni nada parecido, que se sepa, y sus aficiones son el senderismo, la literatura clásica y, a la vista de lo acontecido, resucitar muertos. El teatro también entra entre sus gustos. Estuvo en una compañía de aficionados y llegó a ser primer actor. Locura de juventud. Misa todos los domingos y fiestas de guardar. Casi cuarentón, figura atlética, bastante atractivo. No fuma, no bebe, no trasnocha. Un hijo modelo, vamos.

—Un enfermo —apostilló Jaime. Los dos rieron.

—Un enfermo con buena posición. Intenté localizarle personalmente, pero me fue imposible. Ni un mísero número de móvil, la dirección de su domicilio era tabú, en la

clínica nunca se le encontraba, no me facilitaban cita ni nada parecido... Entonces probé en la sede de Falange. Bingo. Supe que estaba, pero no pude verle. Le dije al maromo que me recibió que era una doctora valenciana que seguía las experiencias que planteaba el doctor en su tesis como parte de una investigación que nos traíamos entre manos en el CSIC, y que había venido a Madrid por unos días con la sola intención de entrevistarme con él. Dejé mi tarjeta, no comunicó conmigo. Ni siquiera se la llegarían a dar, me supongo. Pregunté varias veces. Monté guardia frente a la sede, pertrechada con una foto de él que había recortado en una revista científica de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. Ningún fruto. Parecía que no salía ni para ir a casa a dormir. Estaba encerrado en aquel edificio día y noche o sabía escabullirse, lo cual era absurdo pensar, ya que dudo que supiera que yo lo estaba vigilando. Hasta que un día logré verle. Dejaba la sede con evidente cansancio. Lo reconocí al instante, lo abordé en plena calle y, a pesar de lo violento de la situación, parece que le caí bien.

—Le sedujiste, como si no te conociera.

Carmen sonrió bajando la mirada al suelo, falsamente azorada, lo que no correspondía con su aspecto de mujer fuerte emancipada.

—Bueno, lo que sea. Quedamos para tomar un café y en las primeras dos palabras que cruzamos le confesé que de medicina no entendía ni jota. Él dijo que ya lo había sabido desde el momento en que nos conocimos, pero que le intrigaba el motivo de mi interés por él. Le habían advertido de mi insistencia. Fue todo un caballero. Me presenté como periodista. Conté que estaba trabajando en un denso reportaje acerca del actor clonado y que, al saber que él era sobrino del autor de la sorprendente empresa, quería conocer algunos datos personales sobre su tío. Su trayectoria y tal. Cosas de su vida privada, su carácter... aquellas cosas que les gustan a los lectores y que adornan una crónica. Pareció convencido. Me habló de su infancia y de su relación con el anciano biólogo. Intrascendencias. Quedamos para otra tarde y me invitó a su despacho en Falange, para continuar conversando. Estuvo muy amable, la verdad sea dicha. En la sede me presentó a un tal Miguel Redondo, un tipo algo desagradable, con una altanería desconfiada, que parecía ser el que mueve allí el cotarro, cosa que luego confirmé. De lo suyo no dejó escapar ni una sola palabra en todas las entrevistas. Lo visité tres o cuatro veces. Nada destacable. Hasta que la semana pasada se disculpó por no poder atenderme ya que estaba muy ocupado. Y, al poco, saltó la noticia. Se nos convocó a todos los medios y ya sabes el resto.

Jaime suspiró con cierto decaimiento.

—Poco, entonces.

—Bueno —Carmen parecía pícaro—. Puse mi pica en su Flandes.

Jaime cambió la expresión de su rostro por una contenida sorpresa.

—Quiere seguir viéndome. Nos hemos citado para cenar una de estas noches. Yo me haré la pesada en caso de que se le olvide. Pero no se le olvidará.

Un brillo de arcano titiló en los hermosos ojos de la espía catalana. Tiró la colilla

apagada por la barandilla de la terraza, dando a caer en la baca de un deportivo aparcado frente a la puerta del hotel. El coche de Jaime.

—La última visita que hice terminó con un morreo en toda regla —Carmen sonreía satisfecha—. Me tiene ganas, el muy cabrón.

—Y tú, cuando quieres, sabes ser muy persuasiva —Jaime pareció perverso.

—Un pedazo de cachonda...

V

Franco tenía un puntual dormitorio habilitado para uso propio en la sede de Falange. Amplia cama, gran mesilla y la asepsia de paredes blancas. Sobre la cabecera, torneada caoba, un crucifijo. Descansaba el Caudillo su primera siesta, después de quince días en el mundo de los vivos.

Redondo, en seguida del *parto*, había dado comienzo a sus lecciones de reeducación del Generalísimo con menos entusiasmo del que tenía antes de la bochornosa aparición de Franco en los medios de todo el país. Las imágenes se pusieron y repusieron hasta la saciedad en todo tipo de programas, siendo la tónica natural el pitorreo y la poca seriedad con la que se tomó el caso, aunque no dejaba de entreverse una preocupación más sesuda por los acontecimientos, sobre todo expresada en foros republicanos y de izquierdas. Franco había permanecido todo este tiempo al margen de lo que comentaban en los medios de comunicación. Parecía no importarle lo más mínimo. Redondo era mirado de reojo malo por los pasillos de Falange. Sus compañeros le olían el tufo a fracaso. El empresario mallorquín mecenas de la cosa, enfadado, volvió, sin darle mayor importancia, a sus dominios navieros. El GAY en pleno regresó a Yuste. «Redondo —dijo el Onasis insular con un pie en el pescante de un *Jaguar* de capricho— en cuanto tengas el asunto arreglado, que arreglo tendrá, me lo comunicas y seguimos tratándonos. ¡Che, que es mucho dinero lo que apuesto! Pero la primera impresión no ha sido nada grata. Faltaba... mandanga, faltaba. No lo he visto yo al Caudillo con fuelle, no».

Redondo, con el alma en vilo, todavía sin creérselo, terminó por confirmarlo en sus días de *institutriz* fascista del clon: a aquel Franco le faltaba mandanga.

Hubo de recordarle su biografía completa, sus hazañas en tono hagiográfico. Tuvo que explicarle una pseudo-Historia reduccionista de la Península Ibérica. Desconocía su pupilo el más básico concepto político y las ideologías las tomaba, por lo abstractas, como ininteligibles. Llegado el caso, preguntaba insistentemente y con ese acento galleguísimo que ya se le hacía odioso a Redondo, un «¿Y eso por qué?» que desmembraba la autoestima del camarada falangista. Pero lo peor de todo era su pachorra confesa en lo referido a grandilocuencias patrióticas. Franco se desentendía y disculpaba con benevolencia de abuelo la totalidad exacta de *desmanes* sociales que, a ojos de la más rancia tradición, eran dignos de arrancarse de raíz. La base de la Cruzada Nacional se la traía al paio al Generalísimo. El Caudillo no acaudillaba, ni ganas se le veían.

Un finísimo estoicismo gallego, irónico dulce, era el exclusivo impulso vital que animaba a Francisco Franco Baamonde. No era el *Bahamonde* de doña Carmen Polo. No era el curtido militar de África. No era Caudillo por la Gracia de Dios, sino por la Desgracia de Enrique Valdecasas.

—Enriquito, nene —el camarada Redondo calzaba ojeras—, esto no marcha.

—Paciencia...

—¡No quiere saber nada de armas! ¡No le gusta ni el sable!

—Todo se andará...

—¡Sí, andar sí quiere! ¡Se ha empeñado en hacer el Camino de Santiago! ¡Por conocer su tierra, dice!

Redondo desesperaba. En una ocasión, poniéndole a Franco la primera audición del *Cara al Sol* en formato CD, con ánimo de que espabilara, el sistema se ralló igual que un disco antiguo y desfiguró cómicamente la solemnidad del himno.

*Cara al Sol con la camisa nueva,
que tú bordaste en rojo ayer...*

... rojo ayer...

... rojo ayer...

Al Caudillo le produjo una risa tremenda, infantil. A Redondo, dolor de cabeza y un recuerdo sarcástico de su adolescencia militante en la CNT.

Le faltaba la vida al camarada falangista, y a Franco cada vez le gustaba más el chocolate con churros que Valdecasas compartía con él todas las mañanas.

Lo que más irritaba a Redondo era la contumaz insistencia de Franco en que lo llamaran Paco.

—Excelencia...

—Llámame Paco, Miguel, que hay confianza.

Valdecasas había optado por un término medio: don Francisco.

Una proyección privada de antiguos NO-DO remasterizados solo consiguieron hacer sonreír al Caudillo.

El doctor Valdecasas, por comprensivo, encaprichaba a Franco dándole gusto en las pequeñas aficiones que poco a poco desarrollaba. Lo estaba malcriando, en palabras de Redondo. Los churros dieron paso a las conversaciones intrascendentes sobre temas de la calle. Preguntaba Franco sobre particulares que le llamaban la atención de lo aprendido con Redondo, temas siempre minúsculos, curiosidades. Valdecasas, con ánimo de entretenerle en su soledad solo rota por las lecciones programáticas, llevó al Caudillo un puñado de novelas policiacas, de las que se hizo incondicional. Siempre, en su mesilla de noche, tenía tres o cuatro libritos de ediciones económicas, que leía con verdadera fruición y que Valdecasas se encargaba de ir renovando.

—Piénsalo, podía ser peor —defendía el doctor frente al camarada Redondo—. Podía haberse aficionado a las novelas del Oeste.

—A mí las que me gustan —decía el Caudillo— son las del catalán este... ¿cómo se llama...?

—Vázquez Montalbán, don Francisco —apuntaba Valdecasas.

—¡Ese! ¡Ese!

—¿El puto comunista? —Redondo bramaba—. ¡Excelencia, el escritorzucho ese

fue un rojo peligrosísimo! ¡Un subversivo hijo de puta!

—Pues me encanta lo que escribía. Y del Dashiell Hammett las tengo todas leídas.

—¡¡¡¡Otro puto rojo que luchó contra el glorioso Alzamiento!!!!

—Y del Dos Passos hay algo de crímenes que también tiene su punto...

—¡¡¡¡¡¡Cago en Dios, Excelencia!!!!!!!!

* * *

Despertado por los golpes en la puerta del dormitorio, Franco se peinó con la mano. Ahuecó la almohada, recompuso la camisa indiscretamente abierta y maulló «Adelante» con el tono gallego que sacaba de quicio a Redondo. Este entró en el cuarto con una caja bajo el brazo. Era del tamaño de una pequeña arca, de madera claveteada y barnizada con mimo.

—Con su permiso, Excelencia...

—Paco, Miguel, Paco.

Redondo experimentó un escalofrío de repulsión.

—Traigo algo que sin duda a Su Excelencia le será grato volver a tener a su lado. Es un viejo objeto que seguro recordará Su Excelencia.

Depositó el arquite en la mesa de noche, apartando para ello *La hermana pequeña* de Raymond Chandler y las *Obras completas de Simenon: volumen uno*. Abrió el diminuto cerrojo que sellaba el artefacto. Extrajo del interior algo hermoso, con misterio. Con veneración.

—Excelencia —se emocionó, incluso—, conservo este relicario gracias a que mi abuelo en su día lo rescató del convento en el que andaba extraviado y mi padre lo guardó esperando que llegara este momento. Ellos sabían, como yo, que Su Excelencia regresaría con nosotros. Lo aguardaban con fe... Por eso, ahora que he tenido la suerte de ver cumplirse este anhelo, le devuelvo, con orgullo, la que fuera su posesión más preciada.

—¿Esto qué es?

—La mano incorrupta de Santa Teresa.

—¿Un trozo de una muerta?

—Bueno... no... esto, sí...

—¡Quita! ¡Quita! ¡Lagarto, lagarto...! —Y, de un salto, el Caudillo salió de la cama y se marchó del cuarto.

* * *

Franco bajó las escaleras con la camisa mal abrochada. Se dirigía al laboratorio en el que Valdecasas solía pasar las tardes trasteando ingenios que el Generalísimo no

entendía. Al entrar se encontraba visiblemente alterado.

—¡No que me trae la mano de una muerta!

—¿Cómo? —Valdecasas se volvió hacia el nervioso visitante.

—¡Lo que oyes, la mano incorrupta de Santa *no se quién!* ¡Y me la pone en la mesilla de noche, como si nada! ¡Este Miguelín está como una chota, eh!

—Comprendo... De Santa Teresa es la mano. Es una reliquia. Hay varias como esa: dedos, un brazo, el corazón...

Franco se tranquilizó. Siempre le pasaba cuando estaba con Valdecasas. El doctor era como un bálsamo para el Caudillo, quizás por un difícilmente explicable hálito paternal que emanaba.

—Entonces —el acento gallego era ahora casi cómico—, si es que a la buena señora esa la encontraron incorrupta, ¿cómo es que le da al que fuera por cortarla en cachitos? ¡Menuda barbaridad, eh! ¡Vaya animalada! ¡Si estaba incorrupta estaba incorrupta, será porque quiso Dios que lo estuviera! —Parecían las reflexiones lúcidamente entrañables de un niño pequeño—. ¡Será cosa de envidias...!

—Será, don Francisco, será.

Llegó el camarada Redondo, demudado. Había bajado las escaleras tras Franco, pero con parsimonia derrotada. Nada más entrar, saludó a los dos contertulios con un gesto de mano leve y ninguna palabra. Se derrumbó sobre una de las sillas del laboratorio, a la par de la puerta. Valdecasas sabía lo mal que lo estaba pasando el pobre Redondo. Le miró con ternura.

No pasó ni un segundo cuando el lechuguino con granos —camisa azul remangada— pidió permiso para ser recibido. Redondo le dijo que sí moviendo la cabeza.

—Camarada Redondo —comenzó a decir—, han traído otros diez o quince paquetes para Su Excelencia. Parecen, como todos los otros, regalos y cosas así.

Desde que se supo del *retorno* de Franco al ibérico mundo de los vivos, no había parado de llegar diariamente cartas y regalos de todas partes de España. Le gustaba al Caudillo abrir los paquetes y disfrutaba con la ilusión de las dádivas. Solo en la primera semana había recibido más de veinte chaquetones de piel, treinta y dos pares de botas, cinco cuadros, doce figurillas de Lladró y tres pistolones de fausto calibre, los cuales había rechazado con asco.

Pero Redondo era severo en este particular, y prohibía al Caudillo que abriera directamente los paquetes sin haber sido antes inspeccionados. La posibilidad de un atentado contra la persona del Generalísimo era más que probable.

Esa tarde, mientras se dirigían escaleras arriba a la sala principal, donde se solían almacenar los fardos con obsequios, Redondo, Valdecasas, Franco y el adolescente de los recados escucharon con total nitidez un «¿Esto qué es?» poco halagüeño, a juzgar por el inmediatamente posterior zambombazo. Una humareda negra se extendía desde la puerta abierta del salón principal. El consiguiente revuelo y alarma, con la confusión del no ver nada entre aquel humo, terminó por congregarse a todos los

falangistas del edificio en el caótico salón.

Por suerte, pasado el susto y avisados ambulancia y bomberos, no hubo que lamentar víctimas. Era un artefacto de pequeña potencia, de mano inexperta, que había pegado fogonazo y julepe a la par de quemaduras sin importancia.

Pero en Francisco Franco el mal rato hizo mella. A solas con Valdecasas una idea le rondaba, repetitiva, en la cabeza.

—Pero ¿quién habrá querido hacerme daño? ¿Yo qué mal he hecho a nadie?

Fue esa tarde cuando Valdecasas comenzó a comprender. Miró con ternura al pequeño gallego del bigotito, que no dejaba de repetirse una y otra vez la pregunta de por qué querían hacerle daño. Preocupación, sorpresa, no acertaba a encontrar el motivo.

Y Valdecasas observaba.

—Tengo que llamar al chache —se decía por lo bajo sin apartar los ojos de Franco, que tomaba tila para pasar el mal trago.

VI

Los Madriles de agosto eran desierto sucio. El país parecía paralizado a ojos de los paseantes. Turistas. Los días concurrían irreprochablemente atroces. Solo aquellos que la necesidad o la obligación empujaba eran capaces de salir a trabajar y, nada más llegar a su destino laboral, vegetaban con insidia envidiosa. La burocracia languidecía y los bares daban fresca recepción a torturados viandantes. El Museo del Prado se convertía en el más grande refrigerador de carne humana. Todo interés era zafarse del calor.

Pero las noches devolvían cierta piedad a la vida y de nuevo rebosaban las calles, se armaba jaleo y sonreían carteristas del Metro, prostitutas de Montera, hombres sin negocios, mujeres de falda corta y vista larga, estudiantes con billete para septiembre, extranjeros de paso, razas y colores de pie quieto, tribus urbanas, espíritus deshilvanados y algún cura.

Sonreía don José —Arzobispo de Toledo, Cardenal Primado de España— porque la mezcla de ron suave con horchata se le hacía curiosa y rica. Con él, un adusto sacerdote enjuto, alto, de pelo ralo gris y gafas de pasta negra, se congratulaba por la sorpresa que el refresco causara en su invitado. La conversación, que era larga, siguió por los derroteros previstos. Luces de noche sobre la capital dibujaban valles de constelaciones. La *Casa Madre*, como la llamaban, del Opus Dei ya hacía dos lustros que se situaba en las cuatro últimas plantas de la Torre Picasso. Para el Arzobispo era la primera vez que la visitaba. La azotea contaba con piscina, helipuerto, cómodos asientos y espaciosa mesa bajo pérgola de madera. Un ambiente acogedor de faroles rojos y césped artificial, presidido por la formidable estatua en mármol de San Escrivá de Balaguer.

—Considero que la campaña que plantean los sectores más progresistas de la Iglesia es, sin lugar a dudas, inadmisibles —el sacerdote del Opus no ocultaba su moderada indignación.

—Puede que se hayan dejado llevar por la emoción.

—Monseñor, la emoción nos perjudica. ¿Usted cree que esto es serio?

Le acercó al Arzobispo un panfleto dominical con el evocativo título de *Caminamos*. En su primera página, en letras de molde expresivamente grandes, un único titular sobre la archirreproducida instantánea del pasmado Franco a las puertas de la sede de Falange:

«MENOS CLONAR Y MÁS FOLLAR».

El Arzobispo disimuló una sonrisa cuchufleta.

—Cosas de la emoción, ya le digo. No le eche cuentas al asunto.

—Monseñor, nos preocupa el asunto. Esta actitud es grotesca. El momento en que

nos encontramos es singularmente grave para la Iglesia. La sociedad se desintegra, ya viene haciéndolo desde décadas atrás, los valores han desaparecido. Hemos sido invadidos por la mezquindad del libertinaje. Y la Iglesia se resiente. Casos como este abundan —señaló el folleto—. Un aire anárquico nos acosa. Es la decadencia de toda una civilización: la cristiana.

—No creo que sea tan preocupante. Su actitud es comprensible pero alarmista.

—Es fruto de la realidad, usted lo acaba de ver.

—Estamos viviendo una crisis, eso es cierto, pero todo cambio engendra inseguridad. Aunque sea el cambio para mejor.

—¿Para mejor? No puedo creer lo que me dice, con todos mis respetos.

—Confíe en la Providencia, padre. El Altísimo no nos abandona, no dejará que su rebaño perezca. Es algo que tenemos que pasar y punto.

Soltó el vaso, ya vacío, sobre el velador. El sacerdote del Opus fruncía el ceño.

—Para retornar al orden de la moral católica debemos empezar a trabajar en ello.

—Claro, padre —contestó el Arzobispo—. Se nos presenta una oportunidad de lujo para comenzar de nuevo, prácticamente desde cero. Esta crisis abre la posibilidad de un nuevo regreso a las raíces, a los orígenes cristianos de nuestra fe.

El del Opus sonrió como solo lo haría un conspirador decimonónico.

—Veo, señor Arzobispo, que tenemos planteamientos ligeramente distintos.

—No, no lo creo así. La esencia cristiana es inalienable y universal.

—Sí, pero el desarrollo de la misma puede ser, y de hecho es, *variado*.

Una ráfaga de cierto aire inesperado y fresco estremeció los vellos en los brazos del Arzobispo. El cura que tenía enfrente pareció notar el repeluzno y creyó interpretarlo como cargo de conciencia.

—La Iglesia, estimadísimo señor Arzobispo —continuó el sacerdote del Opus, con cascabeleo de serpiente—, debe ser bastión de lo inamovible, a la par que junco en lo contingente —el pequeño juego de filosofía oriental barata no hizo ninguna gracia al Primado—. La herramienta da frutos. Su uso genera beneficios, a la vista está —el Arzobispo no comprendía—. No me mire con extrañeza Su Ilustrísima. Me refiero al hecho en sí de clonar a un personaje histórico, un líder.

El Arzobispo se horrorizó.

—¡Es amoral, probadamente! ¡Va contra el Temor de Dios y el respeto a las más básicas leyes de la Vida y la Naturaleza!

—Sí, pero es eficiente.

—No le comprendo... ¿Adónde quiere llegar usted...?

—No sería la primera vez que nuestra Santa Madre Iglesia se corta un miembro para evitar la podredumbre de todo el cuerpo —el sentido figurado del opusino asqueaba al Cardenal Primado—. Hay que priorizar, y la prioridad es el retorno al orden, cueste lo que cueste.

—¿Moralmente?

—Incluso moralmente.

El cenecio sacerdote del Opus Dei sacó con parsimonia una pitillera de plata del bolsillo interior disimulado de su sotana. Sus dedos afilados, femeniles, de manicura impoluta, extrajeron un delgado cigarrillo pulcramente blanco que colocó en la comisura de sus labios crueles por lo inexistentes. Sonreía como un malo de James Bond. Dio candela con un Ronson también de plata y dejó ambas alhajas encima de la mesa velador, junto al vaso vacío. El Arzobispo pudo observar de refilón el grabado en la tapa de la petaca. Dibujo fino de cruz floreada bajo la que había un nombre y unas fechas: «*Juanita (1902-1975)*». La brisa y la repulsión volvieron a estremecer al Arzobispo.

—Herencia familiar —contestaba el opusino con laconismo hermético a la pregunta silenciosa colgada en los ojos del Primado—. Le decía, Monseñor, que el recurso de clonar a un líder carismático parece que comienza a extenderse como hábil propósito de grupos que, por diversas razones, se encuentran en triste crisis, como nosotros. Lo hizo la industria del cine en Hollywood, levantando expectación y dando nuevo impulso al marketing de sus productos, ahora recogen el testigo desde Falange y, ¿quién sabe?, ya han conseguido volver a estar de actualidad y solo Dios conoce a qué más llegarán con el paso del tiempo. No lo pintan mal del todo.

—Yo no estaría tan seguro...

—Sea como fuere, *resucitar* a según qué muertos siempre tuvo un efecto positivo sobre la masa. Hasta hoy de forma teórica, ahora de manera práctica, como se está viendo estos días.

—Las efemérides y sus beneficios mediáticos nunca han resultado de mi agrado —el Arzobispo elevó su rostro con gravedad de patricio en el senado—. Es una mala moda que tendrá que pasar. No aportan, solo confunden. Convierten fechas en productos. Muchas veces recuerdos dolorosos en pasto para la bestia vengativa que nos esforzamos en acallar. Dinero, en definitiva, a costa de vidas que ya pasaron, de obras que hicieron genios muertos, de errores ahora irremisiblemente irreparables. El asalto de la memoria. La necromancia de la sociedad de consumo. Un subproducto bien intencionado pero solo de boquilla.

—Interesante alegato —dijo el del Opus sin ápice de sinceridad—. Tal vez deba saber que nos encontramos en trato con ciertos individuos que pueden proporcionarnos nuestros propios medios para clonar.

El Arzobispo desorbitó los ojos pero no descompuso el tipo. Le paralizó la insania de las palabras que acababa de soltar el otro sacerdote con tanto cinismo gachoso e impuro. Echó el cuerpo hacia adelante y sostuvo la mirada firme, despótica, del opusino.

—¿Qué está usted diciendo?

—Lo que acaba de oír. En menos de una semana tendremos los datos y tecnologías necesarias para clonar a nuestro propio líder. Un nuevo impulso para la causa. Es tema de espionaje industrial, algo turbio, pero con buenas perspectivas. El fin, ya sabe, justifica los medios.

El Arzobispo se repuso con notable mano zurda.

—¿Y a quién clonarán? ¿No pretenderán hacerlo con nuestro Señor Jesucristo? ¡Supondría un horrendo sacrilegio!

El sacerdote del Opus Dei se permitió una risita de madrastra.

—¡No sea ingenuo, Ilustrísima! Eso sería, digamos, *contraproducente*. Para nada, para nada... Nos expondríamos a lograr todo lo contrario de lo que pretendemos. Aún no lo hemos decidido, con sinceridad, pero encontraremos a alguien probadamente virtuoso, de brazo fuerte, que guíe a nuestra Iglesia en pos de la nueva unidad.

Las últimas palabras fueron pronunciadas mirando, sin ningún disimulo, hacia la enorme estatua beatífica de Escrivá.

—Pero este es un proyecto conjunto —continuó el sacerdote del Opus—, no somos los únicos dentro de la Iglesia interesados en el asunto. Deberemos llegar a un acuerdo. Tal vez un Papa recordado como férreo defensor de la Fe, o el propio San Pablo, quién sabe. Buscaremos consenso. El gasto será considerable... pero todo sea para mayor Gloria de Dios.

—¡Todo esto es atroz, y aún más viniendo de religiosos como usted!

—A grandes males... —Lanzó una bocanada de humo azulado—. Le informo de nuestros pasos por expreso deseo del Vaticano, Ilustrísima. De no haber sido así todo hubiera permanecido en secreto para usted.

El Arzobispo cada vez estaba más sorprendido. El sacerdote del Opus rebuscó nuevamente entre su sotana y sacó una carta que cedió al Primado.

—Su Santidad me encarga que le sea entregado este documento. Sabedor de nuestros proyectos, da su venia y nos pide que hagamos llegar a usted esta misiva. Es cuestión personal de Su Santidad, de ahí que los medios no sean muy ortodoxos. Las valijas son poco seguras...

El Arzobispo leyó el contenido del sobre lacrado. Cuando terminó, enmudecido, dirigió una mirada estupefacta a su interlocutor. De nuevo el opusino interpretó la retina congestionada del Primado y contestó a sus pensamientos inconfesables.

—Sí, Ilustrísima —sonrió y aplastó la colilla del cigarrillo con la punta de su impoluto botín negro—. Tan solo le queda obediencia y cautela. Sabrá ayudarnos o, al menos, no entorpecer.

Se levantó del asiento con la incontestable firmeza de quien da un asunto por zanjado. La entrevista había concluido.

* * *

Falange y el nuevo Franco se iban convirtiendo en un vodevil y su protagonista. En la sede los asaltos de periodistas y curiosos se sucedían, pero no despertaba un interés mediático serio. Después del fracaso teatral de la presentación del Caudillo al pueblo, tras las equívocas muestras que diera a sus propios hombres y que no convencieron dentro de las filas, la desastrosa *primera imagen* fue todo lo contrario a lo pretendido.

El miedo a una nueva metedura de pata paralizaba a Redondo y a los suyos. Por acuerdo tácito se juró absoluto silencio fuera de las paredes del baluarte falangista, pero, a pesar de todo, algo se sabía del mal resultado en la reeducación del Caudillo. La cara del camarada Redondo era el primer motivo que daba qué pensar. Nadie hablaba, pero todos sabían. Y las lenguas se comenzaban a soltar en tabernas y bares, en tertulias matrimoniales de cama, en todos los sitios donde cada palabra corría el riesgo de volar más alto de lo acordado entre el cerebro y la lengua.

Era imposible que Franco aprendiera a ser Caudillo. Era imposible que sintiera como Caudillo, que actuara como Caudillo. Aborrecía la política, no alentaba ansias de poder, el gobierno le hastiaba tan solo con plantearle la posibilidad de ejercerlo. Solo pensaba en cháchara de comadre y en leer novelas policiacas. Le animaba el día un buen chocolate a la taza y observar a las mujeres escondido tras los cristales opacos de su cuarto. Hablaba con Valdecasas y le preguntaba que cuándo podría pasear. Quería viajar, hacer el Camino de Santiago. Veía televisión y se enternecía con los negros mal nutridos del Zaire. Detestaba la caza —ni en eso se parecía a su modelo precedente— y le aburrían los reportajes sobre jaras y sedales que Redondo se empeñaba en hacerle tragar. Las truchas le resultaban absurdas.

Rezaba poco y a su manera. La capilla de la sede, bien pertrechada de santos de Olot, no había sido visitada por el Generalísimo más que en tres ocasiones fugaces. No comprendió la liturgia, ni el boato de la misa en latín y de espaldas.

Redondo, materialmente demacrado a ojos vista, ya ni ocultaba su derrota. Su desilusión. Un sueño a hacer puñetas. Un sueño caro.

—¿Y mi inversión? —Así llamaba el empresario mallorquín al clon y toda la parafernalia—. ¿Le han salido los *cullons* ya?

Valdecasas tan solo observaba con atención. Franco tenía confianza nada más que con el doctor, que no le presionaba y con el que podía conversar y ser *él mismo*, con sus aficiones florecientes, sus rarezas..., el gallego socarrón con acentazo que ciertamente era y cada vez más.

La irritación crecía entre los falangistas, que miraban de soslayo a su pequeño adalid de pega. El choteo mediático goteaba. La gente no sabía, albergaba desganas esperanzas confusas. Los políticos callaban y la Corona desdeñaba hacer declaraciones. Solo el diminuto Partido Comunista y los nacionalismos violentos de segunda generación desfiguraban el peligro con rabia sectaria, agrandándolo en sus imaginarios maniqueos.

El ambiente estaba ciertamente enrarecido, pero solo entre cuatro chalados fanáticos con intereses oscuros. Al resto de los mortales todo le resultaba tan solo curioso. Una anécdota de la que esperaban con descuido la próxima entrega, si es que la había. Si no llegaba a haberla, nada importaba. Hipoteca, trabajo, colegio de los niños, qué guisar este lunes y comprar las pastillas del perro. Lo que ponen esta noche en la tele, un coche nuevo, tanto gasto y poco tiempo para juergas. Leer, hablar con los amigos, la suegra del jefe se ha muerto y hoy libramos, ponerle tapillas

nuevas a los zapatos. Parece que escampa, ha sido una tormentilla de verano, ¿y Jacinto, qué habrá pasado con lo suyo?, voy a llamarlo. Me ha gustado la ensalada. No me ha gustado el concierto. Buenas noches. Buenos días. Un beso en la frente, mi vida, lo eres todo para mí.

* * *

El doctor Valdecasas esperaba ser atendido en la videoconferencia. Su portátil desprendía una luz verdosa, fluorescente, que no parecía sana del todo. En tres ocasiones se atusó el cabello mecánicamente. Quería notarse acicalado y digno. Su tío le imponía siempre un gran respeto. Lo admiraba profesionalmente, había sido como un padre para él. Un padre excéntrico, genial, al que no podía ni compararse y por quien sentía una irreprimible veneración.

Apareció en la pantalla la nítida imagen de una mecedora caribeña. Unas manos trasteaban la cámara dispuesta sobre la mesa. Movimientos de encaje buscaban el plano perfecto. Una camisa de floripondios llamativos tapaba a ratos el paisaje de palmeras y mar que se abría a espaldas de la mecedora. Ventanal inmenso a ras de arena. Luz blanca.

—¿Tito? ¿Tito, me oyes bien? —Valdecasas se mareaba con el movimiento nervioso de la imagen.

De hito en hito una cara agigantada y abombada observaba de cerca el objetivo de la cámara. Decidió que ya estaba todo correcto. Se sentó en la mecedora, conectó cable a la salida de audio, se dispuso unos auriculares con micrófono y ante los ojos de Valdecasas apareció la imagen familiar del más acabado tipo de científico heredado por el imaginario colectivo. Delgado, con una frente ancha despejada en alopecia, pelos grises alocados le surgían tras las orejas en matas largas lo justo para el ridículo, bigote poblado y barba de chivo. Los anteojos redondos sin montura y el aspecto despistado eran calcos, dudosamente casuales, de algún comic belga.

—¿Tito, me escuchas?

—Y te veo.

—Vale —sonrió bajando la cabeza y vista al suelo—, muy bien. ¿Cómo te va, tito?

—Aquí, de vacaciones. Malibú ya no es lo que era, hijo. Mucha mafia y pocas negras.

Valdecasas tenía una sonrisa suave en los labios. Eran un niño y su tito.

—Hace mucho que no me llamas, rapaz —Jorge Luis Valdecasas frunció el ceño con reproche cómico—. Sé del resultado de tu proyecto. Enhorabuena.

—Pues ahí está... ¿Qué es lo que sabes?

—Aquí se cuenta poco. No conocen los yanquis ni quién fue Franco, así que lo único que les interesa es que se sepa que hay un nuevo clon en el mundo. Por Internet he buscado algo. La verdad es que parece que la noticia ha impresionado menos de lo

que esperabais.

—Y tanto...

—¿Y eso por qué?

—Me gustaría que fueras tú quien me respondiera esa pregunta, tito. Yo he hecho todo tal y como me enseñaste...

—¿Lo del compresor de ADN lo tuviste en cuenta?

—Sí, tito, sí.

—¿Y lo del agua destilada y el caucho natural para los filtros?

—Claro.

—Pues entonces... ¿La copia no es perfecta?

—Hombre, físicamente sí.

—Claro, físicamente.

—Pues eso, que físicamente sí, pero solo físicamente.

—Ya, y qué.

—¿Cómo que *y qué*? ¡Pues que no se parece a Franco, ni por asomo!

—En las fotos que encontré yo lo vi clavado.

—¡Sí, pero de aspecto nada más! ¡Tito, no me entiendes!

Valdecasas buscó cómo hacerse comprender por su tío, que lo miraba expectante desde la cercanía de la pantalla de plasma. Las olas rompían detrás de la mecedora y su ocupante. Hasta Madrid llegaba la brisa virtual despeinando al viejo científico y las copadas palmas, pero no traspasaba la ventana plástica del ordenador.

—Quiero decirte —Enrique Valdecasas gesticulaba— que no piensa como Francisco Franco, que no tiene los mismos sentimientos, el mismo carácter. Es un señor que se parece físicamente a Franco pero que no lo es en realidad. ¿Entiendes?

—Ya —el viejo científico miraba serio al joven médico—. ¿Y eso no te lo podías haber esperado, cacho de bestia?

—¿Cómo? Pero, pero... ¡tú no me advertiste de que pudiera pasar!

—Claro, porque me suponía que un tío inteligente como tú lo sabría. Vamos a ver, ¿para qué queríais el puñetero clon?, ¿no era un capricho de la Falange?

—Sí.

—Y qué más...

—Bueno, pretendíamos que liderara un nuevo orden nacional.

—¿Quién, la copia?

—Sí, la copia.

—¡La madre que os parió! —El científico se echó las manos a las sienes—. ¿Cómo no me dijiste eso en su momento?

—Pues, yo qué sé, porque suponía que...

—Tú supones mucho, Enrique, tú supones mucho. ¡En qué cabeza cabe!

Enrique se avergonzaba como un chiquillo pequeño que recibe una reprimenda por haber engañado a su padre. El científico enjugó su despejada frente con un pañuelo, tan playero como la camisa, sacado del bolsillo del pantalón.

—A ver, alma de Dios. Clonar consiste en sacar copias genéticamente exactas de un individuo. Las aptitudes de cada individuo resultante, como el devenir de su situación personal, son completamente distintas. Copia y original son iguales pero solo en la fachada.

El doctor Enrique Valdecasas se derrumbó, aunque con entereza ya que algo venía sospechando desde hacía varios días. Apoyó la cabeza en la mano derecha, sin mirar a su tío, y continuó escuchando en silencio.

—Cuando me hablabas de que queríais hacer algo especial para el centenario ese del Alzamiento yo me suponía que ibais a daros un capricho, pero, coño, con conocimiento. Además, ¿tú es que no te has parado a pensar? ¿No has visto lo que está pasando con el guaperas ese que les cloné a los del cine? —Enrique movió la cabeza en señal negativa y se sorbió los mocos—. ¿No te ha extrañado que después de tanto bombo como le dieron no haya vuelto a salir en la tele, ni haya hecho ninguna película todavía? ¿Eh? —El médico de Falange volvió a negar con la cabeza, ahora levantaba unos ojos congestionados—. ¡Pues porque no sabe actuar! ¡Porque no tiene ni pajolera idea de actuación el maromo! ¡No sabe ni juntar dos palabras y darles entonación! ¡Es tan expresivo como una pared blanqueada!

Enrique escuchaba con inquietud. Una sombra de comprensión mezclada con bochorno y «*mal de muchos...*» iluminó su privilegiado pero novato cerebro.

—Enrique, hijo —el tito Jorge se volvió indulgente en el acento—, los clones son solo antojos aparentes. No valen para nada más. Lo que constituye una personalidad singular se escapa a la mera copia física. Sí, algunas particulares predisposiciones son genéticas y las lleva consigo el clon, pero lo demás... La información sobre la personalidad se encuentra en la masa encefálica y al desaparecer por completo una vez cadáver es imposible de recuperar y reproducirse.

Enrique Valdecasas comprendía cada vez mejor. Se repuso con cierta agilidad, ya dejó de ser un niño y pasó a su posición de Doctor en Medicina.

—Entonces, no hay nada que hacer... —caviló mirando al vacío de aire entre la pantalla del ordenador y sus ojos.

—Nada.

—Menudo lío...

—¡Ay, rapaz! —El tío suspiró desde Malibú—. ¿Sabes para lo que sirve un clon? Mira, esto que quede entre nosotros. Desde lo del actor, y una vez que se han convencido los necios yanquis de que las copias son solo de cuerpos, me llueven encargos de viejos verdes adinerados. Que si uno quiere que le clone a Rita Hayword, que si otro me pide a Lauren Bacall, a Sofía Loren o a la Bergman... Mitos, mitos que ahora crían malvas. Yo se las clono, ellos me pagan un Potosí y todos tan contentos. Bajo cuerda, claro está. ¡Y venga: a follar!

Enrique Valdecasas abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Pero, tito, te has convertido en un chulo!

—Sí, pero más amoral.

—¡No me lo puedo creer!

—La ciencia no da para comer, sobrino. Yo solo le saco una aplicación práctica altamente lucrativa —el joven médico agrió el gesto—. ¡Venga, Enrique, no exageres! ¡Es como si vendiera muñecas hinchables!

—No me parece bien que... bueno, que comercies con...

—¡Vamos, Enrique, no me fastidies! ¡Tú has hecho lo mismo!

—¡Lo mío era por unos ideales, unos principios que...!

—¡Qué! ¡Qué mejores principios que pretender tirarse a una maciza! ¡Menos leches, Enrique...!

El doctor Valdecasas y el doctor Valdecasas se miraron a través de la cortina de verdades que había tejido la conversación. El joven parecía cansado de repente. El viejo inició una sonrisa con poco fondo de dientes.

—Mira Enrique, mira... ¡Cariño! —gritó dirigiéndose a una lejanía inexacta detrás de la cámara del ordenador—. ¡Ven, gorda, ven, que te voy a presentar a mi sobrinito de España! —Volvió a dirigirse a la cámara—. Verás, verás. ¡Ven, gorda! —Escuchó algo que no llegó a captarse por el micrófono—. ¡Pues échate cualquier cosa encima! ¡La batilla esa misma! ¡Sí, mujer, que hay confianza!

Se acercó una figura rotunda y generosa de formas, envuelta en la cubrición poco efectiva de un tul transparente. La cámara le alcanzaba brazo, torso, cadera y muslo del lado izquierdo. Sus pechos campeaban con la obstinada manía de dejar en ridículo a la Ley de la Gravedad. Era una mujer de pequeña estatura.

—Siéntate en mis rodillas, gorda, que te vea Enrique.

Se sentó, recibió un beso sonoro del científico albaceteño y una palmada aún más sonora en la cacha derecha. Ambos rieron con placer tontaina de enamorados adolescentes. El rostro de la hermosa le resultó tan familiar al doctor Enrique Valdecasas como el de su tío, pero por cuestiones distintas. Su tío era su tío, y lo conocía de toda la vida. Esa señorita era Norma Jean, y la conocía de toda la vida.

—Mi vida, gorda, saluda a Enrique.

Saludó con la mano y la boca totalmente abierta, con la frescura pactada con que su modelo original posaba ante las cámaras.

—¡Hola Enrique!

—Ho... hola...

—A ver cuándo vienes a visitarnos.

—Cu... cuando pueda... un día de estos...

El científico, desde su posición de magreador de tan glorioso cuerpo, volvió a hablar con su sobrino.

—Pues ya lo ves, mi Mariquilla me hace compañía y me alegra la existencia. Como advertirás está al natural, los clones no reflejan las operaciones de estética que se hicieran los originales en vida, como es lógico, y el caso es que resulta bastante más apetecible que con los retoques que se llegó a hacer cuando fue estrella rutilante. ¡Ay, mi vaquilla! ¡Qué buena que estás! —Y le agarró una teta con furia—. Qué,

Enrique, si quieres apuntarte al negocio familiar te paso un par de clientes. He perfeccionado un sistema de clonación rápido y en cuestión de días tienes los encargos listos. ¡Me salen como rosquillas!

* * *

El doctor Valdecasas bajó los escalerones de mármol con cierta aflicción. Muy al fondo de su alma se había quitado un peso, el de la incertidumbre, pero el problema que ahora se le planteaba, viéndolo irresoluble, alcanzaba proporciones filisteas. Cuestión de orgullo. Miedo masculino al ridículo.

En el espacioso primer rellano, bien iluminado por un sol radiante, se cruzó con una pareja de camaradas que lo saludaron con sendos gruñidos poco alentadores. Notó en su cogote la mirada despectiva de los falangistas y un sudor frío, distinto notablemente al propio de los calores estivales, le recorrió la nuca. No era bien visto. Redondo tampoco era bien visto, ni por sus «superiores» ni por sus subordinados. Valdecasas debido a su fracaso. Redondo por culpa de Valdecasas. Los resentimientos se entrecruzaban en un encaje de bolillos invisible pero áspero, que fraccionaba el aire enrarecido de la sede de Falange.

El salón principal había sido limpiado y reconstituido su aspecto, aunque sin mobiliario pomposo. Ya no se estaba para celebraciones. Después del episodio de la bomba no se recibía ningún tipo de paquete, carta o similar. Los que llegaban eran depositados, directamente, en el enorme contenedor a esos efectos dispuesto en el callejón lateral del edificio. Una vez recogido un buen montón de correspondencias con felicitaciones altisonantes, regalos de empresas o particulares y anónimas amenazas de muerte, se procedía a llenar de agua, con una larga manga de riego, el continente metálico. Hasta el borde. Cualquier explosivo habría sido neutralizado.

Un río de agua sucia, tiznada de tintas y pasta de papel, recorría la inclinación imperceptible del angostillo, gorjeando dificultoso en las cataratas mínimas de las alcantarillas.

Valdecasas observó el salón, abiertas de par en par sus puertas, y entró en él con cierta melancolía. Exageraba en sus sentimientos, lo sabía, pero no podía evitarlo. Ese salón preparado para el recibimiento del Caudillo, de una nueva era. Los ideales, las ilusiones de muchos. O de unos pocos. Comenzaba a desatinar.

Recordaba las primeras señales de que algo no iba bien. Reflexionó acerca de los días de infructuoso aprendizaje, el *proceso de reeducación*, aparatoso término que quedó reducido a patética intentona y depresión de caballo. Pensó en el camarada Redondo. Dejó el ordenador portátil que traía bajo el brazo encima de la mesa grande para reuniones, vuelta a poner en su sitio original, nimbada de sillas tapizadas en tela verde. En el escenario que hace pocos días fuera mimosamente transformado en trono del Pardo ahora tan solo languidecían dos banderas mustias pero nuevas de color: la bandera de España con el escudo de la dictadura y la anarquista transformada en

nacional gracias a un yugo y unas flechas estratégicamente dispuestas. Fijó su mirada en esa cincha y el haz. Luego pasó la ojeada a su pecho, sobre el corazón de su camisa azul. «Sobre el corazón no —reflexionó—, está sobre el bolsillo».

* * *

A sus espaldas, una vocecilla derritió el silencio de la habitación.

—¿Se puede?

Valdecasas se volvió con una irreprimible sonrisa de cariño.

—Pase, don Francisco, pase usted.

—¿Molesto? —El acento gallego.

—No, para nada, usted nunca molesta. Solo estaba... pensando.

—Pues, si usted quiere, le dejo que piense a gusto.

Franco utilizaba el tuteo o el usted, con total indiferencia, cuando hablaba con Valdecasas. Todo dependía de la situación y el ánimo que notara en el doctor. A veces jugaban el papel de amigos, otras veces de camaradas falangistas, el de un extraño padre y su criatura o como médico y paciente. Al principio Valdecasas se subordinaba, por lo que imponía la situación, al Caudillo de España. Pero tardó poco en dejarse de formalismos. Era don Francisco. Aún más: quería que lo llamaran Paco.

—No, bastante vueltas le doy a la cabeza últimamente. Además, me alegra verle esta mañana —hurgó en el amplio bolsillo derecho de la bata médica—. Le traía a usted un regalo, don Francisco.

A Franco se le iluminaron los ojos. Le encantaban los regalos, por eso le entristeció la drástica decisión, tomada por Redondo, de destruir los que le enviaban junto con las cartas. Por seguridad.

—¿Qué es?

—Algo que le va a gustar, don Francisco. Una auténtica pieza de coleccionista.

—¿No será otro trozo de muerto de esos? —arrugó la nariz.

—No, nada de reliquias. Sabe que esos regalos no son propios de mí. Tome.

Le acercó un libro en cuidada edición algo manoseada. Las páginas amarillas despedían un olor rancio, pero la encuadernación era recia y no se veía mutilada ni deslavazada. Faltaban las guardas de papel, por lo que para ver el título tuvo Franco que abrirlo por las primeras hojas. Le ilusionó lo que leyó.

—¡Toma, *Pitón Negro Pitón!*

—La primera edición, del año dos mil y pico.

—¡Me encanta! ¿Cómo lo has conseguido?

—En la Cuesta de Moyano, paseando la otra tarde. Que, por cierto...

Valdecasas rebuscó el teléfono móvil, acordándose de algo. Mientras tanto, Franco hojeaba la vieja novela de detectives con total fruición. En la portadilla con el título y el autor, una dedicatoria, rubricada, del puño y letra de Valdecasas: «Para Francisco Franco, deseando que te guste este librito que tantas ganas tenías de leer.

Espero que te acompañe siempre dándote buenos ratos. Con cariño, de tu amigo Enrique Valdecasas».

Franco miró al doctor después de leer las líneas manuscritas. Valdecasas estaba de espaldas, marcando un número en el teléfono. Franco se sonrió. Tenía un amigo.

* * *

—¿Carmen?... ¿Eres tú?... Te oigo muy mal. Muévete... Eso. Ahora. Mira, soy Enrique. Sí, cómo estás... Yo bien, tirando. Como siempre. Te llamo para quedar, como dijimos. ¿Te viene bien esta noche? ¿En Moyano, como el otro día?... Bien, muy bien... Nada especial, cenamos y eso... Hombre, si tú quieres hacer otra cosa... No sé, otra cosa... Vale, pues entonces a las nueve y media, ¿puedes?... Sí, espero...

Carmen Pla se hacía la interesante fingiendo que miraba su agenda, dejando transcurrir un rato prudente, cuando, por el auricular del teléfono que había dejado sobre el aparador de su habitación de hotel, escuchó una terrible detonación.

* * *

—¡Enrique, Enrique! ¿Me oyes?... ¿Enrique, qué ha pasado?...

«... El teléfono al que usted llama se encuentra apagado o fuera de cobertura en estos momentos. Pruebe a repetir la llamada dentro de unos...».

* * *

Carmen Pla bajó del taxi y tuvo que andar bastante hasta llegar al edificio que soltaba humo negro por los balcones. El colapso era morrocotudo. Varias calles habían sido cortadas al tráfico, los curiosos abarrotaban el entorno. Un cordón policial, amplio, permitía trabajar a los bomberos y las ambulancias, que atendían a falangistas sucios y medio ahogados. Los antidisturbios rondaban precavidos. Las sirenas tronaban, chillonas.

En un grupo de camisas azules que contemplaban el edificio arder se encontraba Valdecasas, con la bata renegrida. Carmen se abrió paso entre la muchedumbre, jaca briosa, a empujones y codazos. Llegó a la altura de Enrique. Se vieron. Él se terminó de acercar hacia la periodista y se abrazaron con una efusividad algo comedida en público.

—¿Otro atentado? —indagó ella.

—Otro.

—Pero ¿no tomasteis medidas?

—Todas las que pudimos. Pero esto ha sido un ataque desde fuera, desde algún edificio cercano —los barrió todos con la mirada—. Obuses, morteros..., algo de eso

ha sido. Reventaron los cristales, se llenó todo de humo y comenzó a llover fuego. Cuestión de segundos.

A Carmen le cruzó una idea por la mente. Con rapidez preguntó.

—¿Y el Caudillo?

Valdecasas miró a su alrededor, como para captar oídos indiscretos. Finalmente, con cierto misterio, se acercó a la joven.

—Teníamos previsto un plan de evacuación para una situación como esta. Ha sido trasladado inmediatamente a lugar seguro.

* * *

Del coche surgieron cuatro hombres. Redondo tomó por el brazo al Generalísimo, miró con disimulo si venía alguien sospechoso. Comprobado satisfactoriamente que no, empujó al Caudillo hasta el portal señorial de un edificio de la calle Alfonso XII. Los otros dos falangistas le siguieron. Tocaron al botón del portero automático, uno junto a la placa que rezaba «Miguel Redondo Ledesma: anticuario taxidermista». La voz de una mujer pronunció lacónicamente «suban». Entraron. Franco no soltaba el libro que acababan de regalarle. Aturdido por el miedo miró al exterior al cerrarse la puerta, hacia El Retiro. La estatua de Pío Baroja pasaba de la situación.

* * *

Trascurridas varias horas, los bomberos dieron por sofocado el fuego y los peritos comprobaron que la estructura del edificio no había sufrido daños que hicieran peligrar vidas humanas. Dejaron copia del informe al responsable, en este caso un subalterno musculoso del camarada Redondo, y se marcharon. Todo volvía relativamente a la normalidad, pero con curiosos desperdigados sin nada mejor que hacer que mirar y boletines informativos en televisión y radio sobre la explosión en pleno centro de Madrid.

Avisados y vueltos a reunir, los miembros de falange entraron en la sede para evaluar daños y comenzar a desescombrar lo antes posible. Pasaron una especie de revista. Faltaban los de esperar: el *Sujeto Uno* —en terminología de emergencia—, Redondo y los camaradas González y Aznar.

—¿Y el chavalillo de los granos? —Nadie se acordaba de su apellido ni de su nombre—. ¿No ha venido hoy?

—Claro que estaba. Lo dejé limpiando las ventanas de los despachos.

—¿Las ventanas? ¡No lo habrán reventado con las bombas!

—Puede ser, pobre muchacho...

—¡Serán hijos de puta!

—Una víctima inocente...

—¡Un héroe...!

El chaval no respondía al móvil. Del chaval no se encontró ni rastro en la habitación destrozada. Alguien recordó haberlo visto salir del edificio, como todos los demás, en los momentos de mayor confusión. Otro confirmó lo que decía ese alguien. Un tercero pareció reconocer que sí, que así era. Valdecasas recibía la llamada de Redondo.

—¡Mira, Enriquito, esto se ha ido de las manos y estoy hasta los huevos! ¿Entiendes? ¡Hasta los huevos! ¡La mierda de Franco que nos has hecho está llorando como una Magdalena! ¡Como una puta Magdalena!

Tras los gritos de Redondo, insultando ya sin pudor, se escuchaba nítidamente al Caudillo gimoteando con amargura. «¡Yo no he hecho mal a nadie! ¡Por qué quieren matarme, por qué...!»». A Valdecasas le partía el alma.

Enrique se mordió la lengua. No era momento para decirle al furioso camarada Redondo que en ese mismo instante se encontraba en el laboratorio, que no había sufrido daños con el ataque pero del que habían desaparecido todos sus apuntes, probetas, muestras y los aparatos más pesados que sirvieron para la clonación. La puerta trasera del edificio, por el callejón, había sido reventada y, en medio del barullo, habían desvalijado selectivamente toda la estancia del médico. Su despacho personal, en el piso de arriba, también estaba saqueado. Documentos, papeles, carpetas con fórmulas y el diario con todas las anotaciones pormenorizadas del día a día del proceso.

VII

En Montera había una casa, y en la casa una ventana, y en la ventana una puta. Respiró aliviada cuando vio aparecer, desembocando por Caballero de Gracia, la imagen sudorosa de un tipo que acababa de pisar, en aquella tórrida tarde de agosto, el único charco pestilente de todo Madrid.

—Ya está aquí —se volvió para comunicarlo, con acento venezolano, a Manolo, Felipe y Andrés.

Juan subió la escalera cochambrosa chorreando por la pernera. Un olor nauseabundo se abrió paso en la estancia, nada más entrar. El bochorno hacía más desagradable si cabe el horrendo pestazo.

—Lo siento —se disculpó avergonzado— he pisado no sé qué cuando llegaba y... lo siento, vamos.

—Adriana —Andrés reclamó a la prostituta—. Tráele algo de beber a Juanito y que le laven los calzones, anda, preciosa.

La morena bajita, no guapa pero morbosa, ayudó al gordo comunista con gafas redondas a quitarse los pantalones, dejándolo en unos apocados calzoncillos de *slip*. Se retiró del cuarto llevando la prenda sucia cogida por dos dedos a manera de pinzas y el brazo extendido para aliviar algo el repugnante contacto.

Una vez solos los cuatro hombres el de los calzoncillos diminutos recobró aliento, se limpió el sudor con los faldones de la camisa de cuadros y derrotó su corpulencia sobre una silla debilucha que estaba frente a un barato ventilador ruidoso. Resopló varias veces y dijo al fin unas palabras ahogadas.

—Ya lo tenemos. Han cumplido con lo pactado a la perfección.

* * *

En ese mismo instante, a las puertas del Museo Taurino, en las Ventas, tres aficionados a la Fiesta Nacional discutían sobre la faena de esa tarde, novillada de alternativa. Estaban en la terracita de verano de un bar cercano que se las daba de cañí. Un cuarto individuo, acicalado como los otros, se les acercó con el gesto inequívoco de a quien le duele la espalda.

—Como no te cuides las vas a pasar canutas.

—Si es que no tenía que haber venío, total, pa lo que hemo hecho...

—Reposo, reposo es lo que necesitas tú.

—Y jamoncito del güeno.

Rieron la puntilla, todos menos el recién llegado, fastidiado por el malestar.

—Mu bien, mu bien. Mu grasiosos. Totá, que ya vengo con la respuesta. La cabina de mierda se ma chupao tre euros pa un rato de na. Me cago en la Telefónica, que son unos ladrone. ¿Tú sabe el dinero negro que cobran por servicios que no

prestan, el dinerá tan grandísimo que ganan?

—Bueno ya, al quid de la cuestión. No te me enrolle...

—Que sí, vamo —se acarició con un masaje la curcusilla del culo—, que cuando queramo lo recogemo. Todo ha io bien.

Pidieron un vino caro para brindar y celebrarlo. Un blanco fresquito del Penedés.

* * *

Vino, pero dulce moscatel, se descorchaba minutos después en la enorme terraza superior de la Torre Picasso. Una decena de sacerdotes vistiendo sotana remangada jugaban al minigolf. Bajo la pérgola, otros cinco atendían el trascurso de los golpes y las alegrías comedidas por cada hoyo conseguido, siempre celebradas lanzando una mirada sonriente al cielo y santiguándose. Todos llevaban viseras de colores vivos.

—Gracias, Benito —despidió al mayordomo que acababa de servir el vino en copitas retorneadas de barroco cristal de Bohemia—. Brindemos por el éxito de nuestra empresa. He sido informado de que pronto obrarán en nuestro poder los artículos que tanto codiciábamos poseer. Enhorabuena a todos.

Los presentes aplaudieron amaneradamente.

* * *

—¿Dónde estás?

—En Méjico, Pepiniqui.

—¿Ya te has largado, cobarde?

—¡Qué quieres, me he tomado unas vacaciones!

—Eres un imbécil sin ideales.

—¡Qué ideales, qué ideales! ¡No exageremos, Pepiniqui! Estoy de vacaciones y punto, cuando se vean claras las cosas volveré a darme un garbeo por la Madre Patria.

—¿Y los otros?

—*Durmientes*. No sé nada de ellos. Nos hemos disuelto y cada palo que aguante su vela.

—No valéis un duro...

—Mira, Pepiniqui, sin faltar. Somos lo más parecido a un club social, a un casino de labradores. Nos reunimos, jugamos al tute, al mus, echamos un dominó y nos ponemos hasta arriba de carajillos y cerveza. De vez en cuando entonamos el gorigori y nos vestimos con mandilitos. Nos lo pasamos bien, Pepiniqui, pero tanto como para jugarnos el pellejo... no.

—Me habéis decepcionado.

—Tú a rezar que es lo tuyo. Y, a todo esto, ¿para qué me llamas?

—Para nada. Gilipollas.

* * *

Dada la voz de alarma, en las televisiones se levantó arduo revuelo. Hasta entonces todo había quedado en anécdota, ahora surgía la duda de la inseguridad. ¿Dónde se encontraba el Caudillo? Fuera de su jaula en la sede de Falange parecía como si algún peligro pudiera desatarse. ¿Qué movimientos esperaba dar el fascismo en el país? El atentado en pleno centro de la capital desestabilizaba la relativa paz conseguida en los últimos años. ¿De dónde procedía el ataque? Poco a poco se supo de su complejidad militar. ¿Habría sido el propio Estado para velar por su seguridad amenazada con la presencia de la sombra del Dictador?

Cada vez se discutía más sobre el asunto. El desconocimiento acerca del paradero exacto de Franco aumentaba la psicosis. ¿Se prepararía el golpe definitivo, el Alzamiento? Sí, temían algunos. Sí, anhelaban otros. Peleas de bares.

El Gobierno no hacía declaraciones. La Corona tampoco. La gente bullía. Lo que había sido tomado por un chiste algunas semanas atrás corría ahora el riesgo de convertirse en pánico.

Se desempolvaban malas almas.

Los nacionalistas de los muchos partidos radicales comenzaban a soltar la lengua. El PC enviaba comunicados incendiarios a las redacciones de los periódicos. La Iglesia pedía que sus fieles rezaran, no se especificaba para qué. El partido mayoritario, único que gobernaba en el país desde hacía décadas, el unificado OLE —*Organización Liberal Española*—, permanecía en un mutismo cauto, o cobarde, o sospechoso. Nadie lo sabía, pero todos opinaban.

Fuera, en el extranjero, comenzaba a preocupar la situación. Europa se interrogaba acerca de los sucesos de los últimos meses en España. Nadie comprendía. Estados Unidos, cauteloso de uñas afiladas, todavía desconocía cómo sacar tajada. China, ya despierta, tenía mucho que opinar acerca de la amenaza del resurgimiento fascista. El resto del Mundo confundía datos, racaneaba información. Le importaba un comino.

Fuegos de artificio.

El tema estrella de la semana anterior había sido la inmigración. El de la semana próxima podría ser el alto índice de paro. Ahora le tocaba al clon de Franco.

* * *

—¿Cómo te encuentras?

Carmen encendió el pitillo que sostenía descuidadamente entre sus labios, como un detective de película clásica. El cigarrillo tembló arriba y abajo movido por el voluptuoso colchón carnal matizado de *rouge* en que se hallaba felizmente atrapado. Prendió, sin dejar de caminar a la vera de Enrique Valdecasas, y aspiró. La noche,

suave y fácilmente soportable, anunciaba que septiembre con su otoño breve no tardarían en llegar. Pasear por Chueca una noche de viernes no era precisamente del gusto del doctor, pero la periodista catalana le había convencido no sin cierta mala intención por su parte, pensaba Enrique. Primero, cena en un castizo restaurante del Lavapiés más pegado a Tirso de Molina, con el consiguiente disgusto al comprobar tanta morería y sudaquismo. Después, la copa en un local fluorescente repleto de maricas sin ninguna intención de disimulo. Para el Valdecasas falangista aquello era demasiado. Pero no se sentía incómodo, realmente no. Tal vez sería motivo de la compañía. Quizás la saludable salida, después de tanto jaleo, le venía bien. Lo mismo era eso. Le sonrió al homosexual que con tanto ángel sirvió los *gin-tonic*. Compró un compact al negro que les asaltó en el pub, animado por Carmen. Probó después la limonada con hierbabuena en un pequeño puesto de comida turca. Don Enrique Valdecasas, de Falange Española, dijo «Está exquisito, gracias» a Mohamed Safar Abdallah. Levantó el vaso en señal de brindis y le dedicó un sorbo largo y refrescante al marroquí que se lo había servido.

—Bien, bien... Solo fue un susto.

El susto había destrozado la sede de Falange, pero no se lo podía decir. Los ánimos y la camaradería volaron por los aires con el edificio. El instrumental científico y los apuntes del experimento de clonación habían sido robados por alguien bien organizado con más que evidentes intenciones. Se les traicionó desde dentro, engañados por un adolescente con exceso de hormonas alteradas. Franco no era el Franco que esperaban. Redondo odiaba a Valdecasas y a su *criatura*. A pesar de las enormes ganas de desahogarse con alguien, el doctor no debía ser indiscreto. Carmen era periodista.

La luz parpadeante de un neón azulado, que gritaba a guiños, deformó los rasgos equilibrados del doctor. Su pelo negro entrecano cortado a tijera con meticulosidad cara, los ojos marrones, levemente almendrados pero sin feminidad, la nariz de busto romano, la cara curtida suavemente por el paso de unos años dominados por el ejercicio continuo, labios perfectamente dibujados, barbilla partida aunque de forma casi imperceptible. El cuerpo fibroso, de hombros enérgicos y dilatado torso, con la anchura nada equívoca que delata a un hombre con todas las letras. Miembros fuertes y ágiles, varoniles sin musculatura superflua. Y su voz, pensaba Carmen Pla, su voz era suave tono de humilde educación en colegio de jesuitas, ni una palabra más alta que otra, con un dominio aparente de los sentimientos que, para qué negarlo, le ponía muy burra. Carmen se estaba enamorando, y hacía dos ratos que se conocían. Ella no buscaba razones para ello, pero, ciertamente, el doctor Valdecasas era bastante parecido a Jaime, el «jefe», el contacto en Madrid. Hacía años que un hombre no desplazaba a Jaime de sus pensamientos, de sus deseos ridículamente reprimidos. Infantilmente. Carmen, a pesar de su imponente aspecto de hembra emancipada que devora el mundo, no era capaz de dar un solo paso para conseguir apagar sus ansias. Mientras miraba a Enrique Valdecasas le atacó una de sus «caloradas», como solía

llamarlas para sus adentros. Algo aturullada, pensando en abalanzarse al doctor, lo rodeó con sus brazos y, a todo correr, lo arrinconó en una esquina un punto sombría. Carmen besó sin misericordia, despeinándole, sacándole la camisa de dentro del pantalón, mordiéndole hasta hacerle sangrar un labio. Repasaba una sarta de obscenidades en su sofocada mente, pero ni una sola se escapó de la boca. Cuando Valdecasas comenzó a reaccionar y contestó al abrazo con abrazo y al beso con beso, Carmen se desembarazó de él con decisión. Pensaba barbaridades sexuales. En su cabeza hervía Sade.

—Espera, Enrique... Tengo que ir... un momento al cuarto de aseo...

—Pero ¿ahora?

—¡Sí, ahora, no achuches!

Volvieron a la calle, ella delante del doctor, que se recomponía el tipo. Un chino bajito, pintado como una folclórica, pasó al lado de Valdecasas mirándole penetrantemente el trasero.

—Te metía yo todo menos miedo, molenazo.

Valdecasas ignoró al oriental de burdo atrezzo y llegó donde Carmen le esperaba. Era la puerta con el letrero azul de neón. «*Priscilla*».

—Voy dentro, al retrete, y ahora salgo. Es un momento.

Carmen sonrió, alterada, y cogió la barbilla de Enrique con un gesto de mano demasiado maternal, dejando caer un beso desde lejos. El doctor no ocultaba su asombro. Dócil, como un niño que espera a su mamá a la puerta de una tienda, Valdecasas parpadeó varias veces y permaneció junto a una papelería cercana, pobremente poblada.

Paseaban muchos. Algunas parejas agarradas. Todos miraba al pulcro doctor, tan poco afín a la estética y las actitudes del barrio. A más de uno los ojos le delataron la opinión que le merecía el apuesto médico. Llegaron a darle varios repasos, mordiéndose los labios y todo. Valdecasas se sentía incómodo. Una pareja de altos y rubios arios, pelados a cepillo, enormes de brazos, de espalda, de cuerpo, se acercaron a Valdecasas. Vestían traje sastre de negro riguroso, como sendos guantes en sus musculadas anatomías. Ambos con gafas. Enrique temía un acoso sexual inminente, pero no se retrajo.

—¿Es usted el doctor Enrique Valdecasas? —preguntó uno de ellos, lo que intranquilizó aún más al médico, por lo inesperado. No obstante, contestó con firmeza temeraria.

—Sí, soy yo. ¿Quién pregunta por mí?

El otro enlutado, silencioso hasta ese momento, respondió esta vez.

—Opus Dei —y mostró una especie de cartera con placa, sacándola del bolsillo interior de la chaqueta como los policías de las películas—. Venga con nosotros.

Cada uno lo cogió de un brazo distinto, con firmeza. Entre esas dos moles Valdecasas parecía más pequeño de lo que en realidad era. Protestó sin ningún resultado.

—¡Oigan ustedes! ¿Quiénes se creen que son para tratarme de esta manera?
¡Oigan! ¡Oigan! ¡Exijo una explicación!

Carmen salía por la puerta del local, donde ya se habían parado unos cuantos, atemorizados por lo inusual de la escena. Ofrecía el semblante apropiado después de una reconfortante corrida de onanista. Semblante que le cambió al ver que dos brutos se llevaban por la fuerza a Enrique.

—¿Qué ocurre? —gritó y se abrió paso entre la gente.

—¡Carmen! ¡Carmen! —Valdecasas ya estaba casi al final de la calle, siendo introducido en un coche enorme, negro, que esperaba con el motor listo para salir a toda velocidad.

El doctor, una vez dentro del potente vehículo, custodiado a ambos lados por sus secuestradores, tuvo ocasión de volver la cabeza no sin dificultad. El coche arrancó casi arrollando sin miramientos a los tranquilos viandantes. Carmen corría detrás, gritando el nombre de Enrique, que pudo ver cómo la catalana se paraba, arqueaba las piernas y sacaba una pequeña pistola del bolso, con la que disparó un par de veces con intención de reventar un neumático. Había sido una noche de sorpresas, pero la última imagen de la periodista dando tiros dejó a Valdecasas, desde luego, con cara de bobalicón.

* * *

Franco solía preguntar insistentemente por su amigo el doctor. Redondo lo trataba con la punta del zapato.

* * *

En una pensión de la calle San Jerónimo, cuatro andaluces decidían si iban de vinos o de cervezas.

* * *

Un comunista fumaba ansioso, dándole vueltas a su efervescente mente colapsada por las circunstancias. Los otros compañeros charlaban con poco seso.

* * *

El Cardenal Primado de España rezaba, confundido y a la espera de una iluminación del Espíritu Santo. La Virgen de las Angustias, en San Ginés, permanecía circunspecta.

* * *

Un nuevo debate en la televisión. Todos hablaban a la vez y ninguno escuchaba. Opinaban, poco menos, que el clon arrastraría a una nueva Guerra Civil.

* * *

Un niño con granos iba de putas.

* * *

La espía de la Generalitat contaba a sus superiores por teléfono lo que acababa de ocurrir hacía media hora. En su habitación solo vestía con un tanga anaranjado y las gafas puestas. La ventana abierta de par en par, para que corriera el fresco, permitía a un cercano vecino jubilado dedicarle una paja a la morena que, gracias a los prismáticos, parecía como si la tuviera tan cerca como para oler el sudor suave del reborde de sus senos.

* * *

Enrique Valdecasas fue acompañado hasta una estancia poco amueblada. No mostraba intención alguna de zafarse, lo que no permitió de todos modos que la presión de las manazas de ambos matones clericales se redujera ni lo más mínimo. No sabía dónde se encontraba, ya que le fueron vendados los ojos cuando salieron a carretera. En poco más de tres cuartos de hora habían llegado al caserón en el que estaban. Muchos cuadros de tema religioso, con Cristos destrozados por el dolor de su martirio y Vírgenes ahogadas en llantos manieristas, colgaban de las paredes de unos pasillos largos y tenues de luz. Muebles caros, aparadores tipo Imperio, cornucopias limpiísimas, sillas tapizadas en terciopelo rojo apagado, mesas castellanas con herrajes bajos, mármol veteado en verde para los suelos. Ni una mota de polvo. Las ventanas cegadas por cortinajes pesados. Puertas nada comunes, muy caras. Tapices. Cojines con borlas. Un silencio absoluto y pesado inundaba el lugar. Cuando lo dejaron solo, se levantó del asiento y retiró la cortina de la única gran ventana de la sala. Tras una reja de forja, un paisaje oscuro e indeterminado, boscoso y tupido, en el que no se distinguía ni una sola luz.

—¿Dónde estás, Enrique? —se dijo para sí—. ¿Dónde te han traído?

En ese mismo instante escuchó el ruido inequívoco de una mano retorciendo el pomo de la puerta. Se apartó a toda prisa de la ventana y volvió a sentarse.

Un cura enjuto entró con una sonrisa falsa en los labios. Detrás de él, los dos matones. Por entre las piernas de los hombres se escurrió un gato blanco de angora

hermosa que saltó al regazo del sacerdote, que acababa de tomar asiento enfrente del doctor y había sacado una fina pitillera plateada y un mechero Ronson, pulcramente depositados al filo de una mesa cercana, todo ello sin borrar la sonrisa de su rostro.

Acarició al gato con parsimonia, antes de comenzar a hablar. El blanco resplandeciente del felino contrastaba con el negro escrupuloso del sacerdote. En el dedo meñique de la mano mimosa titilaba un anillo de sello con una piedra azul.

—Estimado doctor, disculpe la manera poco cortés de traerle hasta aquí. Espero que no fuera del todo desagradable, ordené los mayores escrúpulos para su traslado.

Valdecasas pensaba en los moratones que le saldrían en los brazos después de la brutal presión a la que los habían sometido sus captores.

—Nada que excusar, padre —le pudo la fidelidad de católico.

—Me pregunto cómo es posible que un hombre de su valía, con su prestigio, que estudiara con nosotros en nuestra universidad, no forme parte de la Obra.

—Bueno, ustedes me insistieron pero no hallé ocasión...

—¿Nunca ha participado en un retiro espiritual con nosotros? —inquirió el sacerdote.

—Sí, en varios de hecho. Pero... no me sentía inclinado a...

—Bueno, bueno... —Se carcajeó impidiendo las incómodas disculpas del médico.

Había conseguido ponerle en un aprieto. Su objetivo era confundir al aprensivo doctor. La situación, una vez sondeada, estaba clara en la mente del eclesiástico.

—Ese no es el motivo de nuestro encuentro, doctor Valdecasas. Dejaremos para otro momento la interesante reflexión que se acaba de plantear.

Valdecasas no la encontraba *interesante*, pero permaneció con un mutismo educado. Estaba absorto, expectante.

—La razón de su presencia aquí es bien distinta, no crea que se trata de una entrevista curiosa —sonreía en todo momento—, es un asunto delicado para el que se requiere la mayor discreción y sigilo. Por eso le hemos hecho venir de manera tan irregular.

Irregular era la palabra favorita del sacerdote. La utilizaba con inusitada y sospechosa frecuencia. A Valdecasas le pareció poco discreto y sigiloso un rapto en pleno centro de Madrid, pero no dijo nada.

—Quiero presentarle... —Hizo un gesto con la mano y uno de los matones clericales abrió la puerta por la que entraron otro par de curas mucho más pequeños de tamaño— a los padres Damián y Cosme, médicos y científicos como usted.

Valdecasas reconoció a uno de ellos, que le saludó con cierta timidez, como un antiguo compañero de carrera. El otro era un sieso estirado.

—Desearíamos que los formara en los rudimentos de la clonación humana.

A Valdecasas le sorprendió la petición, y más viniendo del estamento religioso, siempre tan preclaro batallador contra la duplicación experimental. No le gustaba el asunto, le causaba mala espina.

—Bueno, yo... Son años de estudio y no es fácil preparar a gente neófito...

—No son principiantes —interrumpió firmemente, como era su costumbre, el oscuro sacerdote—, llevan años trabajando con células madre, tejidos y regeneración artificial de órganos.

—Soy un fiel seguidor de sus experiencias desde hace años, doctor Valdecasas. Leo todo lo que usted publica.

El sacerdote del gato lanzó una mirada nada amistosa al pequeño cura que se había atrevido a romper el clima de aquella conversación con su estúpida cantinela de *fan* del antiguo compañero de universidad. Bajó la cabeza totalmente abrumado por los dardos de ira.

Valdecasas volvió a buscar una excusa incontestable para su desgana colaboradora.

—Necesito material complejo, difícil de proporcionar. La experiencia que se precisa para una buena formación en estos particulares pasa por experimentos complicados que son imposibles de aplicar a casos prácticos sin el correcto instrumental.

—No es problema.

El sacerdote pilló un mechón de pelos del gato con el anillo. El animal se erizó desagradablemente.

—Tenemos —prosiguió, después de consolar al animal con varios chasquidos cariñosos de lengua— todo lo necesario.

—Eso es imposible —protestó Valdecasas—. Solo existen dos equipos óptimos de clonación en el mundo, uno está en Estados Unidos y el otro en mi...

Cortó en seco la frase. La sonrisa del sacerdote cobró nuevo sentido para el doctor. Ahora comprendía.

—¡Cómo! ¡Han sido ustedes los que...! ¡No me lo puedo creer!

El opusino permanecía impasible. Valdecasas no pudo contenerse esta vez.

—¡Me traen aquí contra mi voluntad, quieren obligarme a realizar algo que para nada entra en mis propósitos y encima han sido ustedes los que desvalijaron mi laboratorio! ¡Qué clase de conspiración es esta! ¡Cómo pretenden semejante agresión! ¡Esto es inadmisibile! ¡Esto es un delito gravísimo!

—Nada —interrumpió el del Opus— de lo que se realice a mayor gloria de la Santa Madre Iglesia es un delito, mi querido doctor Valdecasas. Nada.

* * *

La primera manifestación en contra del clon y exigiendo al Gobierno una investigación clara de los hechos discurrió pacíficamente por la Castellana. A los pocos días, la segunda manifestación, esta vez a favor del Caudillo, trascurrió sin incidentes. Pero, a la mañana siguiente, pintadas, cristales rotos y contenedores incendiados desfiguraron las sedes de Falange y la del Partido Comunista. Por los

muros de Chueca y Lavapiés aparecieron graffitis amenazantes con frases como «Ahora os vais a cagar» o «Ya es hora de que se limpie España», vivas a Franco y rostros del Generalísimo pintados con molde y spray. En las puertas de numerosas iglesias de la capital se insultaba a los más conservadores con obscenidades y ofensas sacrílegas. Varios ministerios fueron acribillados con huevos y pintura. Ardieron coches. Hubo amenazas continuas de bomba en el Metro y en edificios públicos. Dos pequeños artefactos llegaron a estallar sin víctimas. Pasquines de distinto signo, con frases alteradas y agresivas, sembraban las calles de odio impreso. En otras ciudades de España, al principio con poquedad, al tiempo con igual virulencia, se imitaron los actos vandálicos de Madrid.

Grupos organizados perturbaban en uno u otro sentido. La policía reprimía con dureza, pero no podía hacer mucho. La mayoría de los vándalos eran jóvenes. Muy jóvenes. Estaban azuzados por las declaraciones que la televisión, la radio y la prensa repetían hasta la saciedad. Declaraciones encendidas de unos y de otros. Ideas trasnochadas. Furia y ruido, la sangre hervía en cerebros aún poco formados.

Los medios de comunicación empezaban a posicionarse, viéndosele el plumero a periodistas, informadores e incluso artistas y presentadores. Nadie callaba. Todos hablaban llevados por la pasión, el entusiasmo.

Nada se sabía del paradero de Francisco Franco, ni qué tramaba junto a los suyos. Redondo y los camaradas falangistas se guardaban bien de mantener ese clima de misterio, que les resultaba beneficioso. Nadie debía saber que el clon de Franco era en realidad un pobre hombre.

El Generalísimo permanecía como preso en el enorme piso propiedad del camarada Redondo. Tan cerca de todos, tan en el centro de Madrid, pero oculto a buen recaudo. Lo custodiaban dos falangistas permanentemente, turnándose. Un zulo nada improvisado entre un muro maestro esperaba listo para cualquier eventualidad. Un registro de la casa, un ataque. Las instrucciones estaban dadas.

Mientras tanto, los días trascurrían para Franco entre agobios y nervios. Estaba asustado. Leía su novela policiaca con cuentagotas y desgana. Preguntaba insistentemente por Valdecasas.

Redondo trataba al Caudillo con cierta deferencia refunfuñosa siempre que hubiera otro camarada presente. Si se hallaban los dos solos, el respeto desaparecía por completo y le maltrataba de palabra. A Franco le asustaban esos momentos. Le llamaba «media mierda» y «mala copia». Llegó incluso a zarandearle. Los demás camaradas sabían que el clon del Generalísimo era un pusilánime gallego de mediana edad, y nada más. Pero aún conservaban cierta veneración que les impedía llegar a los extremos degradantes de Redondo. Todo lo contrario. Si algo sentían por aquel Franco, lejos de odio, era lástima.

Una mañana, Redondo se desayunó con una tremenda exclusiva a bombo y platillo en primera plana de un periódico de tirada nacional. Se había filtrado que durante el incendio de la Sede de Falange habían sido sustraídos los instrumentos y el

material científico necesario que utilizaron para la clonación del Dictador. Corrió como la pólvora. A Redondo le puso enfermo que eso se supiera.

Los días venideros fueron febriles. Era el único tema a todas horas. Unos creían que los instrumentos se estaban usando para clonar un ejército de militares fieles al nuevo Franco, que, mientras tanto, urdía a escondidas el Levantamiento. Otros vieron en el robo la respuesta de los radicales de izquierdas, que producirían la copia de otro líder carismático para enfrentarse a los fascistas. Hablaban del propio Stalin. Se había sembrado el terror de la duda. El pánico.

De Valdecasas no se tenía noticia desde hacía una semana. A Redondo esto le preocupaba. No sabía si pensar en un secuestro, una desertión traicionera como la del mocoso de granos o un asesinato político. Todos los esfuerzos para localizarlo fueron infructuosos. Nadie lo reclamaba. Se guardó discreto secreto acerca del incómodo asunto.

España hervía. Europa comenzaba a tomarse el tema algo más en serio, pero con distancia, a la espera de acontecimientos. El Gobierno español continuaba empecinado en no hacer declaraciones. Su discreción comenzaba a irritar. Lo tachaban de cobarde, de tener medias tintas, de no querer posicionarse por si se pillaba los dedos. No tenía ideales, decían. Sus intereses eran más que sospechosos. Desde todos lados, de todas las extremas facciones políticas, llovían críticas inflamadas nada beneficiosas para el Ejecutivo y su imagen en la convulsa sociedad que se estaba estableciendo.

El Ejército denotaba movimientos extraños. Se hablaba de alineamiento.

Una tarde de mediados de septiembre, en un programa sensacionalista de la televisión, un mazacote de persona —vasco cuadrado y coloradote, sin cuello— anunciaba a las cámaras con esplendidez que él era el que tenía en su poder las herramientas de clonación. Redondo no sabía si creerlo.

—Pues sí —le continuaba contando a la periodista que lo entrevistaba—, con un par de apaños aquí y allá pretendo clonar a Sabino Arana.

—¿El motivo? —preguntaba la profesional.

—Bueno, orgullo de raza. Se van a enterar esos de Madrid de lo que es un vasco, eh. ¡Porque para vascos vascos, los vascos!

* * *

Carmen Pla llevaba días intentando localizar a Enrique Valdecasas, pero infructuosamente. Temía por su vida. Falange permanecía blindada, nada salía de las bocas de sus miembros. La policía no buscaba a un hombre adulto desaparecido, a pesar de las declaraciones de los testigos del secuestro y de la propia periodista. Consideraban que no había indicios claros para alarmarse y abrir una investigación. El motivo secreto de su desidia, Carmen lo sabía, eran las órdenes expresas del Gobierno de que ningún Cuerpo del Estado se implicara en asuntos en que Falange

estuviera de por medio, por muy turbios que estos llegaran a ser. Se decretó extrema cautela. Corrían tiempos confusos, un mal paso podía precipitar al Gobierno de la Nación a un callejón sin salida.

La espía pidió ayuda a la organización a la que pertenecía. Jaime le ordenó que permaneciera al margen. Ella era una mera observadora, le dijo, no debía implicarse. La respuesta irritó a Carmen, que decidió investigar por sus propios medios, sola como se encontraba y totalmente desamparada en este asunto.

Volvió a Chueca, ahora feamente pintada con frases homófobas por todos lados. Las papeleras estaban incendiadas y derretidas, las calles más vacías que de costumbre. Banderas del Arco Iris habían sido arrancadas violentamente de los balcones y sus restos estaban pisoteados, como harapos, a diestro y siniestro. Las macetas que embellecían con colores vivos todo el barrio habían sido destrozadas. Los carteles de los locales de ambiente, mutilados. Se mascaba el temor y la indefensión. Los pocos que se atrevían a hablar con la periodista le confesaban su miedo. La policía tampoco hacía nada, fiel a la orden de desentenderse de toda cuestión relacionada con los fascistas.

Carmen volvió a la puerta del pub en el que había entrado aquella noche a masturbarse irreprimiblemente mientras Enrique la esperaba en la puerta, pasmado. Era muy temprano para que estuviera abierto, e incluso sospechaba que difícilmente abriría, por el aspecto tan desastroso que presentaba la entrada, destrozada. El miedo haría también mella en el dueño. Husmeaba alguna pista mientras fumaba su aromático tabaco hindú.

Se sorprendió al escuchar cómo se abrió repentinamente la persiana metálica del pub. Dio un respingo. Del pequeño espacio, de no más de una cuarta, que se despegó la persiana del suelo, salió la mano cuidada de un hombre joven. Un gesto para que se acercara hizo a Carmen arrodillarse enfrente de la abertura. En sombras, una voz suave habló silenciosa.

—¿Tú eres la que ibas con el tío aquel que se llevaron la otra noche, no?

—Sí.

—Opus Dei.

—¿Perdón...? —Carmen no comprendía.

—Eso le dijeron. Que eran del Opus Dei.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estás seguro?

—Completamente. Lo escuchó el segurata bien claro. Y eso me contó. «Opus Dei» y lo cogieron por los brazos, como al Lute.

—Gracias.

—De nada. Suerte.

Carmen se levantó del suelo totalmente sorprendida. ¿Sería verdad aquello? ¡El Opus Dei llevándose a Valdecasas por la fuerza! ¿Y para qué? No comprendía nada. ¿Qué pintaba el Opus en todo esto?

Comenzaba a desandar el camino que la había llevado hasta ese rincón de Chueca

cuando volvió a escuchar cómo se subía la persiana, los mismos centímetros que antes.

—Por cierto —dijo la voz—, está muy bueno tu novio —y cerró de un golpe.

Carmen sonrió por la ocurrencia. Pero pronto volvió la sombra de los temores por lo que le sucediera a Enrique. Le preocupaba. Pensaba en él a todas horas, y no solo como objeto de sus investigaciones.

—Ja l'hem fotut —se decía, buscando un taxi con la vista—, un faixista cabró i mira com em te...

VIII

Por la mañana se levantó temprano, se afeitó y se duchó tiempo largo con agua fría. Vistió con escrupuloso nerviosismo. Desayunó feroz, como si la prisa adelantara la hora de la cita. Bajó las escaleras de su bloque, dejó el piso patas arriba. Con cara seria saludó a los otros tres que le esperaban en el portal. Chirrió la pesada puerta y no se escuchó ni un solo «buenos días». Caminaron con apostura hasta el coche rojo destartado y proletario. Se subieron. El interior apestaba a cigarro puro. Todos miraron a Manolo y él, al volante, ni se inmutó. Abrieron las ventanillas para que aquella sauna impura se ventilase. Cinturones. Sin intercambiar una palabra se condujeron con los nervios encrespados hasta la Estación de Atocha. Juan se retorció las manos. Felipe miraba el paisaje sin verlo. Atasco, tardanza que enervaba aún más, tacos entre dientes. Aparcando donde pudieron, con los intermitentes puestos, Andrés bajó del utilitario y cruzó casi a saltamata hasta que los otros lo vieron entrar en la Estación. Esperaron diez minutos largos. Uno tosió. Otro suspiró. El tercero miró al cielo y se explayó con un «parece que esta cambiando el tiempo». Salió Andrés. «Ya viene», advirtió Juan. Los otros lo comprobaron contemplando el estilo de su compañero para cruzar cuatro vías. Subió al coche. «Lo tengo». Miró la etiqueta que colgaba de la llave y leyó en voz alta para que lo escuchara, sobre todo, Manolo al volante. «Paseo de Extremadura número 36, bajo comercial con la persiana metálica color verde». Se pusieron en marcha. Demasiados semáforos. Demasiado silencio tenso. Mucho tráfico y casi un accidente al salir del Puente de Segovia, con los nervios.

Llegaron. Aparcaron. Bajaron los cuatro, quien más quien menos resoplando. Sortearon pavimento destrozado, basura desparramada por la acera y dos minoristas de hachís. La puerta verde. Llaves. Abrir. Ruido ensordecedor. Vecinos que veían movimiento, extrañados, en un local tanto tiempo cerrado. Interruptores de la luz. Suciedad, olor a humedad y tres enormes cajas como de frigoríficos en el centro. Pisadas en un suelo blanco de polvo de años y serrín: una antigua carpintería. Otras cajas más pequeñas a su alrededor. Cerraron la persiana metálica para impedir miradas indiscretas. Con una sonrisa victoriosa de Noche de Reyes canalla, Andrés comenzó a desembalar. Le siguieron los otros. Y la expresión cambió de golpe.

Maderas podridas entre los periódicos arrugados, tuberías mohosas y en algunas cajas ni eso. Maldiciones, patadas a los bultos de cartón. Corriendo al coche. Dejaron la persiana levantada y el local abandonado tan a prisa inquietó a los vecinos y comerciantes.

A velocidad suicida atravesaron un Madrid que de hito en hito se colapsaba como por ensalmo. A trompicones. Dejaron el coche mal aparcado de nuevo en Atocha, salieron los cuatro sin importarles un pimiento las voces y los insultos del conductor de un camión de colchonería que ya no podía salir del aparcamiento.

En las taquillas de consigna la número quince tenía la llave puesta y quedaba

abierta.

Por supuesto, Andrés, Juan, Felipe y Manolo no eran tontos. Sabían que el tipo se la había jugado. El sobre con la primera parte del pago por el material había desaparecido. Y el material no existía.

—¡Esto nos pasa por gilipollas!

A la vuelta, la grúa ya se había llevado el mal aparcado coche rojo proletario.

* * *

—Yo te juro por mi mae que si pilló al niño ese le pego dos guantás que me lo percho. ¡Cuidao con el media ostia! ¡No que me está entrando una malafollá que me cago en suputamadre!

—Os lo dije, na de meternos en camisa de once varas... y ni caso me hicisteis. Pos ahora nos jodemos tos.

—Y la panzá billetes que sa llevao el hijoputa.

—Que son mu espabilaos ya los niños de hoy. Que no se puede fiar uno de nadie.

—Cuando se lo digamos al jefe...

—Nos cae la de la burra...

—Una manta palos...

—¡Uffff, problemón...!

—Ya os lo dije. Y vosotros: «na hombre, no seas malaje, que es buen invento». Pues ahora tomamos por culo tos.

—¿Y cómo se lo decimos?

—Mejor no se lo contamos por ahora, ¿eh?, que a veces las cosas se arreglan sin que nos demos cuenta y es gana de darle una enrritación.

—Sí, se van a arreglar por los cozones...

—Si ya os lo dije...

—¡Qué te calles ya, coño!

Una furgoneta vacía.

* * *

Las primeras lluvias no tardaron en aparecer. Se debatía el tiempo entre una relativa comodidad de las temperaturas y un aire fuerte que despeinaba a los viandantes. Madrid se llenaba de remolinos incómodos de polvo o, en su defecto húmedo, de charcos embarrizados. La Plaza de Oriente estaba hecha una indigna pocilga, Moncloa y sus alrededores era intransitable, el Campus Complutense un lodazal. Los centros de poder eran polvo levantado que ensuciaba y atosigaba los ojos o fango escurridizo nada cosmopolita.

Franco espiaba con cuidado entre los visillos. Veía caer la melancolía del otoño

que se avecinaba sobre los hombros y espaldas encorvadas. Ridículos cardados de peluquería cara mandados a tomar viento, pieles de zapatos italianos echadas a perder, bajos de pantalones manchados, bufandas de marca que se caían a los charcos con la misma precisión que las que se compran en los mercadillos de pueblo.

Estaba marcada la página en la que se había quedado la lectura con una estampita de la Virgen del Perpetuo Socorro. El Generalísimo mantenía el libro apretado sobre su pecho. Cualquiera que le hubiera visto en ese momento —tristón, mirando disimuladamente por entre las cortinas de la ventana al otoño exterior, suspirante con el libro que le regalara su amigo antes de separarse de él tan traumáticamente— hubiera creído que, en lugar de un curtido tirano, se encontraba ante una princesita de cuento en espera anhelante de su amado caballero que la rescatase.

Entró alguien en la habitación y Franco se apartó de la ventana dando un repullo. No querían que se asomase lo más mínimo. Era cuestión de seguridad.

La señora de la casa le traía un chocolate caliente y hogareños bizcochos.

—Para usted. Ya se ha metido el frío. Muy pronto este año, ¿no le parece a Su Excelencia?

—Pues, si quiere que le diga la verdad no lo sé. Es el primer otoño de mi vida.

La señora tuvo la incuestionable sensación de haber metido la pata.

* * *

El despacho de Toledo permanecía en orden. Escrupulosamente limpio. El Arzobispo se encontró con que todas sus cosas habían sido removidas para eliminar el polvo acumulado y luego vueltas a ser depositadas en su sitio con precisión milimétrica. Sobre la robusta mesa de escritorio se amontonaban varias cartas y un paquete. Sabía que el paquete era el que llevaba esperando desde hacía días.

—Un mensajero lo trajo con carácter de urgencia. Es de la posta vaticana —le comunicó el fiel padre Figueras.

Efectivamente.

Monseñor lo abrió una vez quedó a solas. Era su deber y tenía que cumplirlo. Una pequeña caja de cartón rizado y un sobre con las instrucciones pertinentes en Latín. Lacrado y sellado por el propio Pontífice. Como máximo representante de la Iglesia Católica en España, al Primado le correspondía hacerse cargo de lo enviado en aquella cajita y llevarlo en propia mano a su destino final. Era el custodio de tan importante pieza: un trozo de hueso, tegumentoso aún.

Al abrir la caja contempló su contenido con detenimiento. No era veneración lo que sentía. Era cierto miedo, duda y responsabilidad.

—Señor... —habló a solas dirigiendo su mirada al crucifijo que pendía de la pared de enfrente—. ¿Qué hago? ¿Qué compromiso es este? ¡En menudos líos me metes!

La pieza en marfil de un pequeño cuerpo de Cristo crucificado, deliciosa talla en

miniatura, tenía todo el aspecto de hacerse el despistado pero estar escuchando.

—¿Qué hago? ¿Qué coño hago...?

El Arzobispo de Toledo y Primado de España dejó desbocar unas lágrimas entre sollozos viriles. Apretó las manos con fuerza, en gesto de oración y piedad. Le temblaban. Bajó la cabeza y lloró.

Tras unos instantes, se repuso con soltura y musitó un *Padre Nuestro*. A su término decidió iniciar el rezo solitario del Rosario para tranquilizarse, necesitado de una *mantra* que adormeciera sus nervios enquistados en la cabeza. Al abrir el cajón de su mesa y recoger el antiguo rosario de su madre, reparó en el folleto del recién celebrado Congreso Eucarístico, guardado con descuido entre los papeles. En él se veía la reproducción reducida del cartel del Congreso: un lienzo barroco de hermosa factura con la imagen de un humilde franciscano que humillaba su cabeza ante la despampanante custodia que él mismo portaba en sus manos.

—¡La leche...!

Aquel día el Arzobispo de Toledo había recibido un paquete y una revelación. Ambas cosas al mismo tiempo. El problema y la solución.

—¡Figueras! —gritó atronador, para que el medianías de su secretario pudiera oírle—. ¡El coche, rápido! ¡Nos vamos a Villarreal inmediatamente!

* * *

Redondo entró en la sede con cara de pocos amigos.

—¿Sabemos algo de Valdecasas? —Fue lo que le espetó al joven falangista que le abrió la puerta.

—Nada, camarada.

—¿Y del niño?

—Estamos en ello, en cuanto lo localicemos se va a enterar ese.

Subieron los escalerones de mármol. Las habitaciones del piso superior olían a pintura. Cuadrillas de falangistas arrimaban el hombro y daban los últimos retoques a la reparación de ventanas, puertas y mobiliario, escaso y nuevo, recién desembalado, a los que quitaban las manchas del pegamento de las etiquetas de precios con un algodoncillo empapado en acetona. Raspaban los pegotes de pintura en el aluminio lacado. Comprobaban el funcionamiento correcto de la nueva instalación de la calefacción.

—¿Y sabemos quién tiene el instrumental del laboratorio? —continuó interrogando Redondo.

—No, nada aún. Seguimos investigando.

—¿Cree que ese vasco...?

—¿El de la tele...? No, yo creo que es un fanfarrón. Mire... —Le acercó un periódico del día que estaba arrumbado en una silla—. También sale hoy en la prensa.

En un titular chiquitito, bajo la primera plana casi exclusivamente ocupada por la

enorme foto de la Sagrada Familia, finalmente concluida, en el día de su fastuosa inauguración, un pequeño epígrafe remitía a las páginas de sociedad. En el reportaje, el mismo vasco coloradote y sin cuello que se autoproclamara poseedor de los desaparecidos instrumentos para la clonación hablaba esta vez de sus avances en el experimento. Inquirido por el periodista que firmaba la crónica confesó que la clonación de Sabino Arana iba viento en popa y anunció que, animado por los buenos resultados de esta experiencia, pretendía iniciar una nueva duplicación. «Pues sí, pretendo conseguir lo mismo pero esta vez con el Infante Don Carlos. Se van a enterar esos señoritos de Madrid. ¡Porque para españoles y monárquicos, los vascos!».

—Lo ve... No creo que este tipo sea el que tenga realmente nuestro instrumental.

Redondo arrojó el periódico sobre la silla donde instantes antes descansaba deshojado.

—Tenemos que hacer algo, maldita sea...

—Camarada Redondo, si me permite la pregunta, ¿cómo se encuentra nuestro amado Caudillo?

—Como siempre, hecho un imbécil.

* * *

La iglesia, oscura y dorada, mantenía un cupo de vaciedad verdaderamente notorio. Y era domingo. Desde que la misa volvió al Latín y de espaldas, la poca clientela que venía teniendo la institución se vino a pique.

—*Dominus Vobiscum.*

Dicho esto se volvió el sacerdote y sus fanales se clavaron en la destacable anatomía de Carmen Pla entrando al templo. Toda una rareza subrayada por la poca afluencia de público, salvo una docena de beatonas nada apetecibles. El oficiante no le quitó ojo en su contoneo hacia el confesionario. La garita de los pecados ajenos estaba cerca de la gran capilla lateral en la que el pastiche irreprochablemente correcto de una Virgen Macarena con paso incluido se pavoneaba con absurda falta de originalidad.

Carmen se sentía inútil, ridícula. Desde que dejara de lado su servicio la misión que le fue asignada como espía para buscar a Enrique Valdecasas desesperadamente no daba pie con bola. La catalana se estaba dando cuenta de que si pretendía resolver algo por sí misma, al margen de su organización, solo se le ocurrían planes pueriles, sin saber a dónde ir, qué hacer, ahogada por una sensación aplastante de inutilidad y torpeza. Carmen Pla, sola, no valía un pimiento. Todo este tiempo había sido una agente de éxito porque contaba con el apoyo de las más punteras tecnologías al servicio del espionaje político y la información. Sus armas eran las que le proporcionaban. En solitario incluso tenía la imaginación atrofiada. De no haber sucedido el secuestro de Enrique y no tomar ella la decisión de ir en su rescate por

cuenta propia, no se habría llegado nunca a dar cuenta de hasta qué punto era un instrumento zafio en manos de unos intereses y un organismo poderoso. Un instrumento impotente por sí mismo.

Carmen se arrodilló frente a la celosía del decoro y se dirigió al confesor con la fórmula usual.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, hija. ¿Qué te aflige?

—Casi me da vergüenza contárselo, padre —sacó su más perfecta voz de párvula inocente—, pero... es que...

—Qué es, hija, no tengas miedo. Delante del Señor somos todos pecadores.

—No, no es pecado lo que vengo a confesar.

—¿No? ¿Cómo? Entonces ¿qué te trae aquí?

—Yo... esto... Vengo confundida, a por consejo.

—Te escucho.

—Pues bien. Aunque parezca increíble, y yo misma me lo he dicho continuamente, «no Carmen, no, que no es lo que parece», «no puede ser verdad», «¿por qué a ti, que eres una pobre pecadora?», pues, el caso... vamos... que he tenido una visión.

—Ahá.

—Y que... pues... que quiero abrazar La Obra.

—Muy bien hija, pero ¿eso lo has meditado suficientemente?

—Sí, padre.

—No es fácil el camino.

—Ya lo creo, padre.

—¿Qué tipo de visión ha sido?

—La Virgen Madre de Dios en persona.

El confesor ya la tomaba por loca exaltada y borracha desde el comienzo de la charla. Ahora empezaba a creerla drogada. Con mucha prudencia, sondeó el asunto antes de mandarla a freír monos.

—¿Has consultado con un experto, hija mía? A veces la imaginación nos juega malas pasadas y creemos ver lo que no hay.

—¿Se refiere a un parapsicólogo?

—No hija, a un psiquiatra digo.

—¡Claro, mi padre es psiquiatra!

—¿Su padre?

—Sí, don Sebastián de las Heras y Vélez de Benaudalla.

El sacerdote se puso recto, con las orejas que pareciera tiesas, como olfateando la presa.

—¿El eminente neurólogo?

—Sí, el mismo.

—¿Y Marqués de Sierra Harana?

—Y Conde de La Sagra. Sí, mi papá.

El interés del confesor pareció renovado.

—Continúa, hija, continúa narrándome tu extraordinaria experiencia.

—Bueno, como soy hija única...

—Y heredera universal...

—¿Cómo dice, padre?

—¡No, nada, hija, cosas mías, cosas mías...! Prosigue...

—Pues eso, que como soy hija única a papá no le hace gracia mi decisión revelada, pero se atiene a las consecuencias y, tras duras reticencias, me anima a continuar la senda marcada por La Madre de Dios que, en sueños, me ha dicho en más de veinte ocasiones «hijita, consagra tu alma a la oración, sé tan virtuosa y pura como yo lo fui y muere para el mundo naciendo para tus hermanos en Cristo». Entonces decidí buscar el entorno adecuado para dedicarme a mi humilde misión revelada y topé con los escritos del santo padre fundador de ustedes. Por todo esto, vine a ver qué debo hacer para convertirme en humilde sierva numeraria de la Obra.

El confesor se quedó perplejo. Opinaba que aquella pobre idiota era una chalada. Dio gracias a Dios por tan grande golpe de suerte y le respondió en un tono meloso y aterciopelado.

—¡Milagro!

—Padre, me emociona y me sonroja.

—Hija mía, debes rellenar una solicitud ordinaria, enviarla y esperar pacientemente la respuesta. Es necesario el aval de un miembro de La Obra. Si me permites que te conozca tras algunas sesiones de entrevista y oración personal yo mismo podría firmar ese aval. ¿Qué te parece, hija?

—¡Nada me alegraría más!

—Entonces, hija, me comprometo a ser tu director espiritual para ayudarte a alcanzar tu seráfico objetivo.

—¡Gracias, padre!

—¿Permites entonces que te vea y conozca el rostro de la que será nueva sierva de Jesucristo?

—Por supuesto, padre.

Salió del cajón de madera consagrada. Carmen se había puesto en pie. Entre la mal iluminada penumbra de la capilla se recortaban las formas rabiosas de la hembra alta y recia que era la catalana. El cura la miró de arriba a abajo y no pudo reprimir una exclamación de mayor gozo. Casi se le saltaron las lágrimas. No solo recibiría una buena comisión por hacer de proselitista intermediario ante sus superiores sino que, además, la pavoncia iluminada era todo un bombón.

—¡Hija mía, a mis brazos!

* * *

Llovía a cántaros. Lo escuchaba Enrique Valdecasas a través de los cristalones de seguridad de la habitación que ahora era laboratorio para sus experimentos. Debía ser una tormenta cerrada, ya que el sonido se filtraba con violencia a pesar del grosor de los vidrios.

Desde hacía días se había dedicado a ordenar el instrumental, realizar reparaciones y puesta al día de los más delicados elementos científicos y a instruir con desgana a sus ayudantes, los padres Damián y Cosme. Uno de ellos, estirado y mal encarado, hablaba poco y aparentemente despreciaba al doctor. El otro lo admiraba de manera saltona hasta el babeo. Eran buenos, ordenados e inteligentes. Lo que mataba a Valdecasas era la manía de interrumpir lo que estuvieran haciendo, con puntualidad alemana, para rezar la Salve cada mediodía. Le enervaba. Era una ciencia acientífica o animista. Un barullo poco serio, opinaba el falangista.

Siempre estaban acompañados por uno de los dos matones rubios con alzacuellos, que se turnaban para vigilar que todo transcurriera correctamente, sin nada sospechoso. Informaban a su superior con absoluta precisión de los avances y evoluciones de la preparación de los científicos por parte de Valdecasas. En todo lo demás, lo atendían con cortesía y hasta deferencia en todas sus necesidades, haciendo su estancia cómoda y lujosa, agradable de no ser por permanecer contra su voluntad y no permitirle ni tan siquiera un paseo por los alrededores de la casa que era su jaula. Necesitaba aire fresco y no el pulcro ambiente climatizado de aquellas paredes.

Valdecasas pensaba en sus compañeros falangistas, en su corta familia, su clínica y en Carmen. Sobre todo pensaba en Carmen. No se quitaba de la mente la imagen última de la periodista pegando tiros al coche en que lo llevaban secuestrado. Sentía una extraña mezcla de gratitud y confusión por su intento desesperado de liberarlo. ¿Una periodista llevando y usando armas como toda una experta tiradora? ¡Cómo habían cambiado las mujeres en pocos años! Bendita emancipación, recapacitaba.

También se acordaba de Franco, de aquel Franco indefenso que resultó ser como un chiquillo. Su chiquillo. Le intrigaba la suerte que podía haber corrido. Lo tomaba como algo suyo, personal, casi carnal. Al estar completamente aislado no le llegaba ninguna noticia del exterior. Había dejado una situación conflictiva y hasta peligrosa. Mal manejada podía causar grandes males a la gente que él quería. Se sentía culpable y se derrumbaba, pero sacaba fuerzas con el ánimo de acabar cuanto antes el misterioso trabajo que le encargaban aquellos curas alterados y abandonar esa casa para retomar las riendas de su vida e intentar, lo había decidido firmemente, subsanar tantos errores. Pero temía que el retraso obligado le hiciera llegar tarde y que todo fuera irreparable.

Aquel retiro forzoso también le estaba sirviendo para recapitular. La imagen del camarada Redondo, tan carismática y seductora antes, ahora se le hacía incómoda. Lo veía como un radical peligroso, así se le había descubierto a tenor de los chascos llevados con la experiencia del clon. Y Valdecasas comprendía, desde fuera, que se había comportado como un inmaduro tan peligroso y extremista como Redondo. El

doctor, por un ego desatado o por snobismo, o chulería, se notaba estúpido ejecutor de una chiquillada que había llegado demasiado lejos. En su soledad, daba vueltas a su carné de Falange Española, como una rueda de la fortuna rectangular, y su foto sonriente vestido de azul se le representaba poco menos que antipática. Pensó que los juegos de niños se convierten en tragedias cuando se realizan de mayores. Los mismos juegos. Policías y ladrones. Indios y vaqueros. Buenos y malos.

Valdecasas odiaba a los comunistas sectarios. Para combatir su nefasta influencia y frenar su fantasiosa expansión se hizo igual aunque distinto. El paralelismo de los extremos. Las discusiones de salón y mesa camilla, las charlas exaltadas de bar tienen mal final si se trata de llevarlas al terreno de la realidad, donde la gente sangra si le cortas, donde mueren si les disparas. Todo era más sencillo. Reír, llorar, amar, detestar, creer en algo por lo que merezca la pena una lucha. Y ese algo enfermaba, olía, cagaba y meaba, tenía dolor de cabeza, se tronchaba a carcajadas o se hundía en llanto. Todo era lo mismo. Todos eran lo mismo. Y pensaba en Carmen.

A Valdecasas, ahora que tenía tiempo, se le apilaban las reflexiones básicas, adolescentes, y se iban sustituyendo los ideales abstractos por miedos y anhelos tangibles. Cada vez que se miraba al espejo se fijaba más en sus canas. Crecían en número. Y las arrugas del rostro. «¿Cuánto me puede quedar de vida?», se decía. «¿Treinta años, cuarenta? ¡Si parece que fue ayer cuando jugaba con mi madre en el Retiro! Tomé la Primera Comuni3n, me licencié, comencé a trabajar, y todo ha ido tan rápido. Cada vez más rápido... ¡Cómo pasa el tiempo, parece que fue ayer...! ¡Parece que fue ayer...!» Y pensaba en Carmen.

Se encontraba indicando a sus discípulos cuatro rudimentos básicos sobre el uso de los decantadores moleculares eléctricos, cuando la puerta del laboratorio fue abierta para dejar paso al gato de angora seguido de su dueño.

—¿Todo listo al fin? —preguntó el oscuro sacerdote.

—Sí, todo dispuesto —se adelantó el pequeño Damián a contestarle.

—Las herramientas se encuentran en óptimas condiciones, y mis distinguidos colegas aprenden rápido —puntualizó Valdecasas.

—En tal caso he llegado en buena hora —sonrió el del Opus—. Acompáñeme, mi querido doctor.

Valdecasas le siguió. Detrás iban los dos curas científicos, el cachas rubio y el gato cruzándose temerario entre las piernas de todos. Entraron en otra habitación limpia y elegante, con artesonado de madera, en la que dos figuras humanas esperaban sentadas en sendas sillas, con el rostro tapado por unas bolsas de tela negra. A Enrique Valdecasas aquella visión le horrorizó.

—Suponiendo todo en orden y que comenzara usted con la operación hoy mismo —el opusino no borraba su característica sonrisa—, ¿en cuanto tiempo tendríamos listo el, digamos, *producto*?

Enrique Valdecasas no podía despegar la vista de aquellas dos figuras espeluznantes que permanecían encapuchadas.

—No menos de un mes —contestó.

El oscuro cura del Opus sonrió con una carcajada seca de superioridad.

—Craso error, amigo doctor. Usted debe obtener el clon óptimo en cuestión de días.

—¡Eso es imposible! —protestó el falangista.

—De eso nada...

Ordenó al vigoroso rubio con un chasquido de dedos y un gesto de cabeza que quitara las capuchas a los dos extraños invitados. Enrique Valdecasas no pudo contener una exclamación.

—¡Tito!

—¡Enrique!

Al destapar el hermoso rostro de la secretaria particular del doctor Jorge Luis Valdecasas, el que exclamó fue el padre Cosme, tan inexpresivo hasta entonces.

—¡Marilyn Monroe!

La bella Norma Jean sonrió a duras penas y esbozó un «hola» dedicado al sorprendido sacerdote científico.

—¿Cómo es que...? —Enrique Valdecasas comenzó a decir, aturullado.

—Sencillo. Nuestra organización supo que su tío había logrado perfeccionar el sistema de clonación que usted utiliza, consiguiendo adelantar el resultado y abreviar el tiempo de espera y, bien, lo hemos *invitado* a venir hasta aquí con el propósito de que le ayude, doctor. Mera cuestión de eficiencia.

Enrique se abrazó a su tío. Los dos se preguntaron si estaban bien, si habían sufrido algún daño.

—Y después de este entrañable reencuentro, tío y sobrino tendrán la amabilidad de acompañarme a otra sala.

De nuevo se inició la comitiva por los pasillos vacíos del caserón. Al llegar al que parecía un despacho enorme y de barroca decoración, plagado de imágenes de santos en talla policromada y lienzos bíblicos, los Valdecasas y su cortejo se encontraron ante otro sacerdote desconocido. Era grande de cuerpo y nada mezquino en sus gestos. Sus ojos parecían preñados de inteligencia sosegada. La melena canosa, tupida, y el rostros sereno. Emanaba dignidad.

—Doctores, les presento a Monseñor José Amigo Romero, Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España.

El Arzobispo extendió su fornida mano derecha, firme y bien cuidada. Enrique Valdecasas se la estrechó con igual firmeza.

—Mucho gusto.

—El gusto es mío, doctor Valdecasas. Encantado de conocerle al fin.

* * *

La noche había caído. Tras una cena ligera pero basada en exquisiteces, el Arzobispo

y los cuatro científicos quedaron solos en el laboratorio.

—Saque las muestras que sean necesarias —dijo el Cardenal, al tiempo que desenvolvía el paquete que contenía el trozo de hueso.

—Permítame Su Ilustrísima que muestre mi desacuerdo con la presente experiencia y me niegue a seguir adelante con esta farsa.

Al Arzobispo le sorprendió la educada pero segura contestación del joven Valdecasas. Albergaba la idea de que el científico participaba de los planes del Opus Dei. Le agradó la reacción del falangista, pero no mostró expresión alguna en su rostro. Le gustaba el cariz que estaba tomando la cuestión.

—Usted haga lo que se le ordena —le dijo el Primado por toda respuesta.

Enrique Valdecasas accedió con entereza y cogió la reliquia que se le tendía.

—¿Puedo preguntar a quién pertenecen estos restos?

—No quiera saberlo.

—¿No serán de Nuestro Señor Jesucristo?

El Arzobispo carcajeó un «ja» seco.

—No, hombre, si fuera así otro gallo nos cantaría.

—¡Además, Nuestro Redentor resucitó en cuerpo y alma! ¡No puede ser un hueso de su sagrado cuerpo resurrecto!

El que puntualizó fue el recalcitrante padre Damián. Todos lo miraron con una inequívoca expresión de desprecio.

—Que conste —reseñó Valdecasas— que cedo contra mi voluntad, ya que me tienen retenido y obligado a colaborar con ustedes.

—No es usted el único en esa situación.

La frase del Arzobispo se subrayó con una mirada de inteligencia que hizo comprender al falangista.

—¿Está seguro de que esto debe continuar? —Escrutó Enrique.

—Confíe, doctor Valdecasas. Dios es Sabiduría.

Al falangista le pareció que el Primado le guiñaba sutilmente un ojo. La seguridad del Arzobispo produjo un extraño descargo de tensiones en el joven científico, y se puso manos a la obra, microscopio listo, en separar los distintos elementos necesarios para comenzar la experiencia. A la vista de la actitud de su sobrino, el anciano Valdecasas se dirigió con presteza hacia el ordenador que controlaba las funciones de la cápsula de clonación, calculando presión, humedad y temperatura óptimos del útero artificial. Modificó algunas variantes y solicitó a los dos ayudantes sacerdotes que le proporcionaran ciertos aparatos necesarios para perfeccionar y transformar los parámetros reproductores asistidos. La operación estaba en marcha.

* * *

—¿Cuándo dice que llega? ¿Mañana? ¡Uy, pues no sé si estará la cosa lista, es que se retrasa el tío que entiende de los ensamblajes de...! Bueno, sí, de toas maneras

puede usted vení... Claro, claro, faltaría má... No hombre, no se lo tome usted a mal... Que lo que quería era evitarle un viaje en balde... vamos, en balde... quiero decí, pa esperá porque no está el... vale, bueno, desde luego que sí. Na, usted déjelo en nuestras manos. Sí, otros dícas más... Todo perfectísimo... En cosa de un par de días le tenemos listo el chiringuito y, eha, a cloná.

La noche se presentaba flamenca, pero las empanadillas precocinadas se le habían atragantado nada más ver el número que estaba llamando al móvil. Los demás comieron a gusto y dieron fin a la bandeja de boquerones fritos mientras que su compañero hablaba. No dejaron ni las cabezas.

—Pue eso, que pa lo que usted quiera... ¿Entonce, mañana al finá?... Pue mañana nos vemo, que ya va haciendo falta, que hace mucho que no tengo el gusto de verlo a usted.

Sonrió con un «jeje» que pretendía hacer amable la gracia. Las ondas hertzianas parecían confirmar que al otro lado del auricular la gracia no había resultado graciosa. Colgó.

—Buffff... —bufó al desconectar el teléfono—. Sabes tú que está la cosa buena.

—¿Qué es? —pregunto uno de los compañeros terroristas, con la boca llena de escarola.

—Nos va a caé la del pulpo. Viene mañana...

—¿Mañana al finá?

—Mañana. Y con el *adesene* ese, el *aseene*, el *asdesene*...

—El *ADN*.

—Esa cosa. Y nosotros aquí, con cuatro cacharras marranas pretendiendo que se crea que son las herramientas esas pa cloná.

Detrás de ellos, prácticamente ocupando la mitad del salón comedor del piso franco alquilado por el comando, unos cuantos electrodomésticos exóticos destripados y reensamblados de forma inverosímil configuraban un pintoresco laboratorio. Probetas, decantadores, dos ordenadores con programas médicos, una nevera industrial y un arcón congelador. Todo ello unido por cables y sembrado de lucecitas. Los cuatro hombres miraban el panorama mientras masticaban.

—Nos van a pillá, ya verás tú, que el jefe no es tonto.

—¿Y a quién quiere cloná?

—Buena pregunta.

—¿No será a Blas Infante?

—Aviáos íbamos.

—Como no sea al moro ese del que nos habla tanto...

—Aben Humeya.

—Ahí...

—No creo, vamos.

—Yo me parece que estamos haciendo el gilipollas.

La noche invitaba a más vino, y bebieron.

—¡Ya me habéi dejao sin boquerones! ¡Me cago en vuestra putísima madre!

* * *

Carmen Pla dio otra vuelta en la cama. No podía dormir. Le asaltaban temores y su mente enfebrecía con la velocidad de una maquinaria desatada. Se figuraba a Enrique torturado de cien maneras distintas, preso en un rincón inmundo, incluso muerto. La espía de la Generalitat no parecía tener nervios de acero, no era la máquina al servicio de unos intereses políticos que siempre había sido. Le flaqueaban las fuerzas, se sentía débil, indefensa. En el duermevela de pesadilla, juntaba reflexiones etéreas, filosóficas, sobre el sentido de la vida, con fríos cálculos planificando la búsqueda de Enrique. Hacía varios días que no había llamado a Jaime para darle el informe diario de la misión. Un lacónico «sin novedad» enviado por e-mail desde su ordenador portátil le proporcionaba unas horas más de retrasar lo inevitable: la llamada de sus jefes. La sospecha de inoperancia, si no de insumisión.

Hasta ese mismo instante solo había dado palos de ciego en su búsqueda de Enrique. No tenía ni idea de cómo hacerlo, de cómo conseguir algún indicio. Y eso que sabía perfectamente quienes lo habían secuestrado. Se sentía una fracasada. Lo más ingenioso que se le ocurrió para seguir alguna pista había consistido en hacerse pasar por una rica heredera tonta con intenciones de entrar en el Opus. Y ese plan le parecía una soberana gilipollez. No estaba pasando por su mejor momento. Darse cuenta de que no valía para nada si se alejaba de su organización, si iba por libre, no era, desde luego, un buen momento.

Despegó su cabeza despeinada de la maltratada almohada. Bebió agua de un botellín pequeño que siempre le acompañaba en la mesita de noche. Se sentó al borde de la cama y encendió uno de sus cigarrillos. La habitación se llenó de un aroma dulzón, mezcla del invisible humo y el calor de un lecho recién destapado. Encendió la luz de la lamparita. Se levantó y caminó con poco *sex appeal* hasta el cuarto de baño. Se bajó los pantalones del pijama de perlé blanco con florecitas lilas minúsculas y, seguidamente, encalló las bragas a la altura de las rodillas. Fumando con el pitillo en la boca y los ojos entornados por el humo que le picaba con saña, esperó unos segundos hasta sentir la dilatación deseada. Meó largo y tendido.

* * *

En la cama, la novela policiaca se peleaba con las arrugas del cobertor. Franco movía nerviosamente los pies. Tenía una pesadilla. En su cabeza se enlazaban los más vagos recuerdos con el terror de su encierro, lo incierto de su destino. Todo tomaba la forma de pesados monstruos, empalagosos y turbios. Percibía el tacto de globos oculares tensos, a punto de estallar. Veía en su imaginación el lento caminar de enormes seres

paquidérmicos. Notaba el vértigo de una caída desde una escalera bien alta, con la imposibilidad de agarrarse a nada que le salvase, como en ralentí. Una y otra vez, sin golpe final. Era la tortura de sentir la muerte repetidamente, sin el consuelo del silencio de después. A la imaginación desatada por el sueño de pesadilla llegaban los primeros recuerdos de su vida. Las primeras imágenes de su existencia. Y se veía a él, a Francisco Franco, de cuarenta y cuatro años, completamente desnudo y encharcado en líquido amniótico. Medio ahogado, en brazos del doctor Enrique Valdecasas que le golpeaba la espalda para que abriera las vías respiratorias. Y, pocos días después, vestido con sus galas de General de los Ejércitos, en el momento de la recepción pública. El momento de su puesta de largo. «Llamadme Paco, muchachos».

* * *

Ya casi clareaba la mañana. Su Ilustrísima había pasado mala noche en vela, sentado en las habitaciones privadas que le habían dispuesto en la casa del Opus Dei. Su estancia le era desagradable y los nervios le enervaban el espíritu. Rezó concienzudamente una docena de rosarios y en todos pedía el éxito para su propósito. Cuando vio abrirse el día a través de su ventana, un cierto hálito de luz le hizo sentirse reconfortado. De repente todos sus temores desaparecieron con las sombras, que se retiraban a enorme velocidad, espoleadas por un sol claro ausente de niebla alguna. Cosa rara en la sierra de Madrid.

* * *

A primera hora de la mañana, el camarada Redondo llegó para dar el visto bueno a la reorganización de la sede. Había sido todo un éxito y un orgullo casi patriótico lograr una reconstrucción prácticamente definitiva de las instalaciones en poco más de una semana. «Esto les enseñará a esos cabrones que Falange resiste y renace de sus cenizas —pensó—. Cuantas veces nos destrocen, otras tantas que volveremos. Y con fuerzas redobladas».

—¡Qué coño! —dijo en voz alta.

Un camarada falangista se le acercó con una carpeta negra tendida. Cogido por las gomas, un albarán del estudio de peritos aparejadores esperaba su firma. Le tendió un bolígrafo barato.

—Pues, ya está todo.

—Eso parece —dijo Redondo, mientras firmaba pomposo.

Carpeta y bolígrafo saltaron por los aires cuando los dos falangistas se echaron a tierra al tiempo que un enorme boquete se abría en la pared del pasillo.

IX

Bomberos. Ambulancias. Policía antidisturbios en furgones y dinamiteros. Helicópteros. Gente gritando. Curiosos. Colapso en las calles del centro de Madrid. Los periodistas. Directo para todas las cadenas. Redondo, congestionado y cubierto de yeso y cascotes, roja la cara, sale por su propio pie acompañado de dos camaradas más. Sorteando la multitud, desprecia los cuidados médicos que le ofrecen, aparta a periodistas de un manotazo. Los otros dos le van a la par. Del portalón salen camillas con falangistas que han corrido peor suerte. Heridos. Sangre. Todavía es pronto para saber si hay algún muerto.

Dentro del coche, Redondo se limpia el rostro con un pañuelo de papel que le proporciona uno de los falangistas. El otro, al volante, conduce. Cuesta salir de entre el barullo. Cuando lo consiguen y se alejan de la zona siniestrada disminuye el ruido atronador de las sirenas desatadas, los curiosos no miran el coche, y es Redondo el que observa a través de la ventanilla.

—Se acabó... —murmuraba bajito, entre dientes, como para sí mismo aunque le oigan sus dos acompañantes.

«Fíjate —iba pensando—. Ese negro y ese otro y ese otro, vendiendo *compacdises* falsificados, como si esto fuera... Mierda de país. Los mandaba a todos a su tierra, a cultivar Cola Cao. Qué se habrán creído, con la peste que echan. Y el moro, el moro de los cojones, otros que bien bailan... Y anda que hay pocos, que son como chinches. Cada vez más. Como nos dejemos avasallar nos comen, y estos no entienden de libertades individuales y mariconadas de esas. Si les sale de las narices te cortan el cuello. Quisiera ver yo a las feministas, con el por culo que dan, tanto defender a los moritos, pobrecitos, que se tienen que ir de su tierra porque no tienen posibilidades... y vienen aquí a quitarle el pan a una familia española, y bien que se asientan, que no los sacas ni con agua hirviendo, y exigen los tíos vagos, que son vagos y fanáticos. Religión islámica en los colegios... ¡Y una mierda! Se nos están subiendo a las barbas. Y luego ya verás. Ahora somos unos fachas racistas, pero luego ya verás. Cuando un moro de estos o un negro te viole a tu niña te acordarás. Y las feministas, marimachos... ¡Un moro de los que tanto defienden tenía que trincarlas! ¡Iban a ver lo que es igualdad! ¡Se iban a enterar de lo que es que te discriminan por ser mujer! Ahí van otros tres. Y hablan en su idioma ese que tienen. A saber lo que estarán diciendo. Se estarán cagando en nuestra puta madre y nosotros sin enterarnos. Pero esto se va a acabar... se va a acabar de una vez por todas. ¿Y esos dos? ¡Maricones! Los hay como nunca. Y no les da vergüenza, que hay niños. Por la calle, a plena luz del día. Mucho vicio es lo que tienen. Enfermos, guarros, degenerados. Así los moros nos están invadiendo, cuando ven a tanto maricón suelto se animan y para adelante... A esos les cortaba los huevos y los colgaba en la Puerta del Sol, para que escarmentaran. Mierda. Un ejemplo bueno le estamos dando a la familia de toda la vida. Entre los maricones y las feministas con lo del aborto... ¡Un

restaurante chino! Estos sí que son hijos de puta. Ni se les oye, ni se les ve. A saber lo que estarán liando por lo bajini. Comunistas... ¡Niño asqueroso, quítate las greñas y lávate de una vez, con tanto pañuelito palestino...! ¡Vete y estudia, que tus padres te están pagando una carrera, no para que estés hinchado a porros y de manifestación! ¡Qué sabrás tú de lo que es una lucha! Los ideales que tienes es porque a los socialistas les ha dado la gana. Luego cuando tengas que ganarte el pan verás cómo te metes el pañuelito palestino por los cojones. Niñato. ¿Y estos van a defender España si pasa algo? Los moros nos comen. ¡Vamos que si nos comen! No se andan con tonterías de feministas, ni maricones, ni niñatos alternativos... Una juventud de media hostia es lo que tenemos... Así nos va en este país... como el culo. Ahora, que se van a enterar. Ya está bien de andar aguantando a tanto imbécil. Se van a terminar los problemas en dos patadas. ¡En dos patadas! Tanto esperar... tanto callar... ¡Ahora sí que no aguanto ni un día más!».

El compañero falangista sentado al lado de Redondo, al ver a este tan silencioso y mirando a la gente que pasa por la calle mientras atraviesan Madrid, observa el cogote del ensimismado y no se atreve casi a articular palabra.

—Camarada, ¿se encuentra bien?

Redondo reacciona. Despierta de su ensoñación. Con rabia y firmeza le responde.

—Estoy perfectamente. ¿Has llamado a los de las *brigadas* para advertirles que vamos para allá?

—Sí, camarada.

—Se va a terminar la tontería.

—No sabemos quiénes han sido...

—¿No? —Le sacó de quicio—. ¿No sabemos los que han sido? ¿Tú crees?

—Camarada, yo solo... Debemos estar seguros de quién nos ha atacado para asestar el golpe correcto.

—Tú te callas. ¿No quieren guerra? Pues tendrán guerra. ¿O es que acaso no hemos aguantado lo suficiente? Yo creo que hemos aguantado demasiado.

—Desde luego, camarada, yo también creo que hay que darles su merecido, pero no sabemos de dónde nos viene el ataque...

—¡Los rojos! ¡Los putos rojos!

—Sí camarada...

—¡Pues eso!

Quedaron los tres sumidos en un silencio tirante mientras salían de la ciudad en dirección a Móstoles. Al rato, Redondo soltó una parrafada que sonó a orden tajante.

—Lo del Caudillo nos ha salido mal, pero, aunque no podamos contar con este elemento la *Operación Hispanidad* debe seguir adelante. Convocad a todos los camaradas de España para que acudan inmediatamente a la capital. El *Alzamiento* en Madrid es cuestión de días.

* * *

El Gobierno en pleno era asaltado a preguntas. Los periodistas especulaban. Ninguna declaración. Aparente normalidad en una ciudad de la que se apoderaba el caos. Manifestaciones espontáneas. Disturbios. Poco a poco se enrarecía el ambiente.

* * *

Aquella misma tarde, a la salida de un cafetería en la calle de Bailén, un coche frenó bruscamente delante de Andrés, que acababa de dejar a dos de sus compañeros dentro del local, uno pagando los tres cafés consumidos y el otro en el cuarto de baño. Había salido a encender un cigarrillo. Al ver a dos hombres mal encarados bajar de aquel coche que había colapsado inmediatamente el tráfico, sintió en su cerebro como una chispa de intuición. Tiró el cigarrillo y entró a toda prisa en la cafetería. Chocó con Felipe, que estaba saliendo a su encuentro una vez pagada la cuenta. Tres disparos y el coche arrancó a toda velocidad ante los ojos atónicos de los otros conductores. Las *brigadas* habían atentado contra un miembro del Partido Comunista.

* * *

Andrés había sido alcanzado por dos de las balas. Una en el hombro derecho y otra rozándole el cráneo. Heridas superficiales pero aparatosas. Era todo un milagro seguir con vida. Vendado lo mejor posible y recostado dentro del pequeño coche rojo, los tres comunistas se dirigían a toda velocidad hacia el hospital.

—¿Cómo va? —preguntaba Manolo, que ejercía de chofer.

—Estoy bien... vivo, al menos... —contestó el herido en lugar de Felipe, al que iba dirigida la pregunta.

—Hasta que no te vea un médico yo no me quedo tranquilo.

—Pues a eso vamos...

—Anda, calla, calla que ya falta poco.

Andrés, con las manos de Felipe presionándole al mismo tiempo y como buenamente podía el hombro y la sien, miraba a través de los cristales de la ventanilla, desfallecido por el punzante dolor. Su mente, enfebrecida, trajinaba pesadamente.

«Míralos —pensaba—. Tanta gentuza. Se creerán que un país se saca adelante sin esfuerzo. Todos a su puñetera bola, sin interés. Una sociedad acomodaticia y falsa, basada en dependencias mediocres que nos meten en la cabeza por cojones. Si no tienes el coche, la televisión de plasma y la ropa de marca eres un parásito. No llegan a fin de mes porque todo se lo gastan en gilipolleces. Ahí va ese. Ropita de marca. Estamos vendidos. Parecemos subnormales, descerebrados. No pensamos, nos manejan con una facilidad que me da asco. Y esa juventud. ¿Qué puedes esperar de

una pandilla de aburguesados, con sus videojuegos y sus botellones, y todas las semanas a la discoteca como borregos a gastar el dinero de sus padres? Porque no piensan por sí solos. Hacen lo que les enseñan, para lo que les programan. No hay libertad, este mundo es una mierda enorme y a nosotros nos da lo mismo. Parece mentira. Qué mezquinos. Con las motitos y con las carreras universitarias para creernos que tenemos la vida resuelta. Y luego, a acomodarse. A sobrevivir atados, amordazados y, encima, consintiéndolo. Hipotecados hasta las cejas y los grandes señores engordando como cerdos. Nosotros esclavizados. ¡Y nos conformamos! ¡Cobardes! ¡Menos misa, señora, meta fuego a la iglesia! Siempre nos dominan los mismos, coño, no hemos cambiado en toda nuestra puta vida, tantos siglos y revoluciones para nada, para estar bailándole el aire a la misma escoria. Curas... ¡Todos ardiendo! ¡Y las monjas! Chupándonos la sangre. Y nosotros mientras, encantados, mirando para otro lado. Con la prensa del corazón y el fútbol, todos los males olvidados. Y, mientras, calladitos como putas. Pan y circo. Parece mentira... aguantando todavía a los mismos. Somos el hazmerreír del mundo. ¡Cobardes! ¡No tenéis sangre en las venas! Niñatos aburguesados, ya sabréis lo que es un pico y una pala y levantar un país. Y los que sobren, al paredón. Le tengo ganas a tanto señorito... Este es un país de señoritos. ¡Hasta de señoritos socialistas! ¡Traidores! ¡Se van a acabar las medias tintas, se van a acabar...! ¡Qué asco me dais! ¡Qué asco me dais...!».

—¡Manolo, dale caña! —Felipe notaba cómo el herido Andrés estaba perdiendo el conocimiento.

—¿Dónde voy? ¿Para dónde tiro?

—¡Al *Doce de octubre*, cagando leches!

«El *Doce de octubre*, el *Doce de octubre*...» repetía Andrés en su imaginación, justo antes de desmayarse.

* * *

En el laboratorio, dos días de duro trabajo ya comenzaban a dar sus frutos. Los doctores Valdecasas y los eficientes Cosme y Damián avanzaron considerablemente. Los nuevos cálculos y las revolucionarias técnicas de Jorge Luis Valdecasas sorprendieron bastante al propio Enrique. Todo era más fácil y rápido. Más limpio, incluso. El trabajo de equipo era supervisado continuamente por el oscuro sacerdote que los tenía retenidos y por el Cardenal Primado, don José Amigo, que ejercía como observador necesario del Vaticano. Las visitas del opusino exasperaban a Enrique. No tanto cuando este se encontraba en compañía del Arzobispo Primado, al que le suponía una cierta complicidad no declarada desde que le entregara el hueso de la reliquia a clonar. Transmitía a Enrique una desesperada confianza.

El Arzobispo llegó aquella tarde, cerca de las seis, para constatar la evolución del experimento. Llevaba a cabo su cometido, por más que le pesase. En una de sus

preguntas rutinarias y desganadas al joven doctor Valdecasas, ambos se dieron cuenta de que se encontraban prácticamente solos, apartados del ajetreo de los otros tres científicos y la hermosa ayudante. El matón que vigilaba al lado de la puerta estaba ensordecido por el ruido cercano de los dos potentes motores del enorme útero artificial. Valdecasas se envalentonó.

—¿Cómo permite esta comedia, padre?

—¿Qué?

Enrique miró a su alrededor, comprobando que no había oídos indiscretos.

—Sí, padre, esta comedia. ¿A quién clonamos, y para qué?

—Un líder que domine, que controle... Poder, en definitiva.

—No lo aguanto más —Valdecasas pareció agotado de repente—. Cometí un error, lo admito. No debí jugar a ser Dios...

—*Resucitar* a los muertos siempre ha traído problemas. Se lleva haciendo desde que el mundo es mundo, justificándolo en todo momento por una *noble* intención, pero nefasto a la larga. Con los avances de ahora, usted lo conoce bien querido doctor, la cosa resulta aún más evidente... y peligrosa. Si no se sabe qué hacer con lo que se desentierra, mejor estarse quieto.

—Esto no debe continuar...

—Usted lo empezó. Bien pensado, fue el culpable de que hayamos llegado a esta situación.

—Destapé la caja de Pandora...

—El baúl de los recuerdos, diría más bien.

Enrique Valdecasas volvió a comprobar que nadie escuchaba la conversación, mientras seguía con el Arzobispo como si estuvieran revisando y explicando cálculos y anotaciones en la pantalla del ordenador.

—Algunos muertos —continuó el religioso— es mejor que sigan enterrados. Y más en este mundo en el que vivimos. Desenterramos los muertos de hace siglos y aún nos parece que siguen sangrando. ¿Me comprende, doctor?

—Sí, por supuesto.

—Luego nos los tiramos a la cabeza y los usamos como justificación para nuestras propias atrocidades. Los pobrecitos no tienen culpa, bastante con lo que pasaron para que encima... Debemos tener mesura, dignidad, honradez, y, si no... mejor quietecitos.

—Esto es horrible.

—¿Por qué lo hiciste, hijo?

—¿El qué?

—Clonar a Franco.

—Bueno... —Valdecasas buscaba en su memoria profunda—. Pensé que era el mejor aval de mis ideales.

—Fue idea tuya.

—Animado por los camaradas.

—¿Y por qué?

—Para defender nuestros ideales, ya le digo. España... España está pasando un mal momento.

—¿Tú crees?

—Sí. Es una crisis de moral, de dignidad. Libertinaje...

—Ya...

—Y esto con él... no pasaba.

El Arzobispo de Toledo suspiró profundamente y se cruzó de brazos.

—Enrique, ¿sabes lo que es una guerra?

—Claro, yo...

—Quiero decir, ¿has estado en alguna?

—No.

—Pues dale gracias a Dios.

La mirada del Arzobispo le pareció a Valdecasas cargada de un fuego abrasador. Sintió como si se le fundiera el alma. El sacerdote apartó a Enrique del sitio en el que se encontraban con un sutil movimiento de muñeca. El doctor comprendió y se dirigió cauto hacia donde le llevaba el Arzobispo. Estaban siendo observados por el matón de la puerta, pero no pareció notar nada sospechoso. Pura rutina. Los otros científicos pululaban de un lado a otro del laboratorio, sin reparar en la subrepticia conversación. Enrique y el Primado, en la mesa más alejada de toda la sala, hicieron para el vigilante el teatro de comprobar ciertos gráficos de las constantes vitales del clon, impresos en un largo rollo de papel continuo. El Arzobispo deslizó su carpeta portafolios, que siempre llevaba consigo cuando bajaba al laboratorio, de la que sacó un periódico de aquella mañana. A Enrique Valdecasas le había sido ocultada toda información del exterior desde que llegara a la casa del Opus. Leyó los titulares con avidez y se le fue ensombreciendo la expresión.

Disturbios en Madrid que habían causado numerosos heridos, extendiéndose a distintas partes del país, donde las manifestaciones eran puntuales aunque cada vez más violentas. El nuevo atentado contra la sede de Falange había desencadenado un clima de tensión en la capital de España. Un tiroteo en la Calle Bailén con resultado de un herido que se recuperaba en el hospital *Doce de octubre*. Las fuerzas del orden actúan con prudencia. Al fin, roto su silencio, la única declaración del Gobierno: Se trata de hechos aislados. La Casa Real pide calma y sosiego.

De otra parte, las noticias nacionales se complementaban con la euforia de los aficionados por la clasificación de la Selección española de fútbol para el próximo Mundial. Un popular cantante superventas sacaba nuevo disco al mercado. Subía el precio de los lácteos. La Conferencia Episcopal en pleno visitaba la recién inaugurada basílica de la Sagrada Familia, en Barcelona, iniciándose solemnemente los actos de culto.

—¿Esto es lo que queríais conseguir? —El Arzobispo inquirió en voz baja.

—Debemos hacer algo... Dios...

—Esto avanza a pasos agigantados.

—¿Qué he hecho, Señor... qué he hecho?... —Valdecasas pareció encontrar de repente una leve luz de esperanza—. Pero todavía no ha habido ningún muerto, estamos a tiempo de evitar males mayores.

—¿Ningún muerto?

El Primado resultó teatralmente misterioso. Pasó las páginas del diario rápidamente hasta llegar a la sección de *Internacional*. Señaló con el dedo y Enrique leyó.

«Roma. En la tarde de ayer, un ciudadano de nacionalidad española protagonizó un dramático suceso en la iglesia del Gessú. Tras encaramarse a la estatua-relicario de San Ignacio de Loyola después de confesar que pretendía sacar muestras del cuerpo del santo con la intención de clonarlo, y haciendo palanca para abrirla al grito de “¡Os vais a enterar, porque para hombres universales: los vascos!”, la enorme pieza de orfebrería cedió ante los asustados parroquianos, cayendo desde su considerable altura con gran estruendo. Este incidente ha dado como resultado una víctima y dos cadáveres, ya que los restos del fundador de los Jesuitas terminaron dispersados por el suelo de la monumental iglesia, mientras que su gigantesco relicario aplastó mortalmente al desencadenante de este grave percance. Se cree que el individuo sufría de algún tipo de enfermedad mental, lo que pudo haber sido...».

Valdecasas dejó de leer y cerró los ojos. Escuchaba la voz del Primado, muy cerca de su rostro.

—Ese pobre idiota... La *enfermedad mental* de la fama, es lo que tenía. Pretendía pasar a la Historia con la mentira que se había montado él solito. Una mentira que no era más que la imitación patética de algo que hiciste tú, Enrique: realizar *algo grande*. Eso fue, Enrique, lo que te llevó a la clonación. Pasar a la Historia, hacer *algo grande*. Como también pasó a la Historia el que clonaste, que a su vez *imitó* a otros que antes que él tuvieron las mismas ansias. Siempre ha sido lo mismo, doctor Valdecasas: una mera cuestión de narcisismo. Desde el origen de los Tiempos. Desde Caín...

Enrique Valdecasas parecía contener las lágrimas.

—Y siempre —continuó el Primado— ha actuado el ser humano bajo el mismo disfraz: los ideales. La capa que cubre la fetidez de las bajezas. Narcisismo, presunción, vanidad... *Egolatría* es la palabra que creo más acertada. De *ego*, yo, y *latreía*, adoración. En nombre de unas ideas. Otras veces, por desgracia demasiadas, en nombre de Dios. Y todo, a la hora de la verdad, por mera cuestión de poder, de narcisismo... Somos un animal acomplejado acostumbrado a ocultar nuestras debilidades bajo montones de cadáveres. Y gira la rueda, y sigue girando...

Valdecasas apretó los dientes con todas sus fuerzas. Abrió los ojos y se encaró con el sacerdote.

—Entonces, señor Primado de España, si es eso lo que cree, ¿cómo puede permitir lo que estamos haciendo ahora mismo aquí? ¡Usted es parte de este

asqueroso plan para clonar a *nosé quién* con las mismas intenciones con que nosotros clonamos al Caudillo! ¡No ha hecho nada para impedirlo! ¡Incluso ha sido el que ha traído en propia mano el material genético necesario para el experimento! ¡Podía haberse negado, o haberlo destruido! ¡Usted es también un instrumento en esa lucha de intereses, o culpable incluso, quién sabe!

—Amigo Valdecasas, calma. Sepa que para combatir el radicalismo de unos no basta con el radicalismo contrario de otros. Ahí se encuentra el error, la madre de todos los conflictos. Las mismas actitudes aunque de distinto signo son igualmente contraproducentes. ¿Acaso no ha leído a Orwell?

Enrique Valdecasas pasó por alto la sorpresa que le produjo escuchar al Cardenal Primado de España hablando de George Orwell. No interrumpió al Arzobispo, que continuó su razonamiento con una sonrisa incipiente en los labios.

—Contra soberbia, humildad, amigo Valdecasas. Contra ira, paciencia. Pasito corto, a la chita callando y tener dos dedos de luces.

Valdecasas parecía no comprender.

—A la chita callando...

—A la chita callando, querido doctor.

En ese mismo instante, el padre Cosme se acercó a Enrique Valdecasas para preguntar un par de dudas acerca del proceso, dándose por finalizada la peligrosa conversación. Tras unas cuantas indicaciones al ayudante volvieron a quedar solos el Primado y el falangista. Enrique parecía contrariado y no dejaba de repetir entre dientes una misma frase, obsesivamente: «la culpa es mía, tengo que hacer algo».

Al momento, el joven doctor Valdecasas se alejó del sacerdote para acercarse a su tío. Algo terrible acababa de asaltar su memoria.

—Tito —habló muy por lo bajo—, te parecerá una tontería pero ¿con este nuevo clon pasará como con el de Franco, verdad?

—Sí, ¿porqué lo preguntas?

—¿En todo?

—En todo.

—¿Incluso lo de la ausencia de personalidad?

—Sí, por supuesto.

—Precisamente en este caso es eso lo que me gustaría, que el clon saliera inservible. Es mi único consuelo, algo que ellos no saben y por lo que sigo adelante con esta locura.

—Desde luego, saldrá inservible, como tú dices. A no ser que quisieras que experimentáramos...

—¿Cómo?

El joven Valdecasas parecía desconcertado. Su tío, que le miraba con sonrisa socarrona, continuó en tono de confianza.

—Pues sí, Enriquito, después de que tú me llamas contándome la historia de tu fracaso con el clon de Franco me puse manos a la obra para ver lo que se podía hacer

para próximos experimentos. Como te dije, la personalidad no reside en el registro de ADN del individuo. Tan solo algunas predisposiciones, pero nada más. El devenir lo hace todo: la experiencia acumulada durante la vida. Y eso se encuentra en la masa encefálica y, al desaparecer en los cadáveres, es imposible de recuperar y, por lo tanto, de reproducir. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—Pero, nene, se puede hacer una chapucilla.

Chapucilla era un término que no le resultó nada científico al joven doctor. Pero Enrique empezaba a estar acostumbrado a la manera, casi de personaje de TBO, que tenía su particular tío de ejercer los más altos ensayos científicos. El viejo Valdecasas continuó con la exposición del tema.

—Si a un determinado individuo, aún vivo, se le consigue extraer la suficiente *información cerebral adquirida* como para clonarla aparte, puede serle implantada a quien deseemos. ¡Es una puñetera revolución! ¡Imagínatelo: a un niño se le podría transmitir los conocimientos adquiridos durante toda la vida de un catedrático de física cuántica, o un pintor, o un músico virtuoso...! Y con los clones, igual. En mi caso, por ejemplo, los burócratas de Hollywood me dejarían en paz de una vez por todas si les proporcionara el clon de un actor, el que ellos quisieran, con las habilidades para la interpretación de cualquiera de las estrellas del momento que hubiera sido formada en el *Actors Studio*. Así de fácil. Solo haría falta un *donante* de talento.

Jorge Luis Valdecasas rio satisfecho con su revolucionario hallazgo. Se había emocionado visiblemente. Levantaba la voz, lo que llevó a Enrique a hacerle callar con una precisa pregunta.

—¿Y eso, tito, lo has podido constatar o es solo teoría?

—Bueno, pues... venía trabajando en ello, cuando una cuadrilla de matones con alzacuellos asaltaron mi bungalow en Malibú, y aquí me tienes. Pero es factible, de eso estoy seguro. Precisamente conseguí aislar material cerebral activo de un cómico de televisión, ya solo falta probar a implantarlo.

—Muy bien... —Enrique estaba más preocupado que consolado con las palabras de su tío.

El viejo Valdecasas había tratado de encontrar la solución al problema que su sobrino tenía con el clon del Caudillo y, ahora precisamente, al sobrino le desagradaba esa solución. Lo que hace unas semanas hubiera sido su salvación ahora le producía un profundo e inquietante desasosiego. Verdaderamente Enrique había cambiado.

Dejó de lado a su tío y continuó con el control de los parámetros vitales del ser humano que prácticamente ya había tomado su forma en el enorme útero artificial. Se trataba de un cuarentón fornido. A Enrique le producía un cierto respeto.

Hablaba con los científicos sacerdotes, aclaraba sus dudas, y ellos seguían pendientes de que todo saliera bien. Eran realmente eficaces. En otras circunstancias

más amables, pensaba Enrique, hubieran resultado de verdadera utilidad.

Mientras observaba constantemente números y más números, gráficos incomprensibles y mediciones de toda clase, Enrique Valdecasas no dejaba de repetirse mentalmente una y otra vez la misma frase: «tengo que hacer algo». A veces, incluso, se le escapaba en voz baja. Era una obsesión, una sensación de culpabilidad opresiva que le torturaba. Nada parecido a la frescura y temeridad inocente, casi infantil, de los días que pasó realizando su primer clon, el del Caudillo. Entonces se sentía orgulloso, inteligente, hasta sabio y algo poderoso. Orgullo. Un inconsciente motivado por el orgullo. La vanidad de hacer *algo grande*. Habían sido las palabras utilizadas por el Primado y no se le iban de la cabeza. «Debo hacer algo», no dejaba de repetirse. De pronto, un par de neuronas se agitaron, como movidas por un resorte hasta ahora oculto, en la mente de Enrique Valdecasas. Ese día, el doctor estaba reaccionando a sobresaltos.

En ese mismo momento, la puerta del laboratorio se abrió para dejar entrar la figura, ya habitual, del oscuro sacerdote del Opus Dei y su gato, seguido de un cura guardaespaldas. Solamente pronunció una frase con su entonación amanerada y escalofriantemente preñada de beatitud falsa.

—¿Cuándo tendremos listo el *alumbramiento*?

Enrique Valdecasas dudó antes de responder. Fue su tío quien se le adelantó.

—Para mañana, seguramente.

El opusino sonrió con absoluta expresión maquiavélica. Ensombreció el rostro de manera inexplicable y se frotó ambas manos.

—Excelente —pronunció, mostrando unos dientes perlados hasta el delirio.

Se dio media vuelta y marchó por donde había venido. La brevedad de aquella visita la hacía aún más inquietante. Enrique Valdecasas comenzaba a sentir que se le iba la cabeza. «Debo hacer algo», repetía con aires de manía persecutoria. «Debo hacer algo, pero ¿qué?». Observó el cuerpo flotante de su próximo clon, a punto de salir al mundo. Lo miró sin verlo, hasta que una burbuja del líquido verdoso que lo contenía hizo que el cordón umbilical de aquel ser se moviera como un látigo que sacó a Enrique de su ensimismamiento. Aquel señor de mediana edad iba a ser su segundo *hijo*. La barbaridad le produjo náuseas. Esta vez no pudo refrenarlas y se dirigió a todo correr hacia el cuarto de baño anexo al laboratorio.

* * *

—Bien, señorita, continuemos con nuestra pequeña catequesis. Ahora, averigüemos unas cuantas cuestiones acerca del Sexto Mandamiento, ¿está preparada?

Carmen se sentía incómoda en aquella sala. Era la segunda tarde de infructuosa indagación haciéndose la estúpida heredera y, tras haber resultado satisfactoria su prueba de acceso a la preparación previa para entrar como numeraria, tenía que pasar por las inaguantables sesiones catequéticas de su recién adquirido *director espiritual*.

En todo momento aprovechaba cualquier excusa para sonsacar al sacerdote algún tipo de información que le pudiera resultar útil en su búsqueda de Enrique. Carmen tenía claro que se encontraba retenido en alguna casa de retiro espiritual, o en la sede central, en la Torre Picasso, aunque necesitaba algún indicio para tomar tal o cual dirección. Pero, nada. Y una vez que lo supiera, qué. ¿Se iba a presentar ella sola en el sitio que medianamente dedujera que era el correcto, con la pistola en ristre y preguntando a un puñado de sacerdotes acojonados que si tenían secuestrado a alguien? Se sentía torpe, falta de imaginación, de ingenio. Aquello era una memez y un paripé que no le llevaba a ninguna parte. Se encontraba perdida. Inútil.

La sacristía en la que estaban tenía todo el aspecto poco acogedor de un almacén de antiguallas, empezando por el cura.

* * *

Hacía varios días que Francisco Franco no se había podido afeitarse y la barba, que comenzaba a espesarse, le daba un aspecto completamente desconocido. Era otro hombre, en apariencia. Ya tenía prácticamente terminada de leer la novela que le regalara Enrique Valdecasas. Lo había hecho con cuentagotas, para conseguir así que se dilatara el bálsamo de la ficción policíaca, lo único que le permitía evadirse de sus problemas, sobre todo del agobiante panorama de incertidumbre que se le abría delante de sus ojos. Era un rehén. Pero no sabía muy bien por qué ni de quién. De los suyos. Tal vez de los suyos.

* * *

En la habitación del hospital, Andrés descansaba convaleciente de sus dos heridas de bala. Por suerte no habían sido demasiado graves y dentro de poco le darían el alta. Juan y Felipe se encontraban con él, uno leyendo las páginas de deportes del periódico, el otro contemplando el poco evocador paisaje de carretera que se veía desde la ventana. Manolo, que llegaba de tomarse un cortado en la cafetería del hall, entró en la relajada estancia con la cara visiblemente alterada.

—Andrés —dijo sin cambiar la expresión de su rostro—, ha venido tu hermano a verte.

Los tres hombres dieron un eléctrico respingo casi al mismo tiempo. Manolo dejó pasar al hombre que le acompañaba, que irrumpió sonriente, enfundado en una gabardina de la que no se deshizo. La visita iba a ser rápida.

—Hombre, chiquitín, te veo recuperado. Me alegro de veras.

La frase no había resultado del todo grata a los oídos del herido. Los demás, casi como al acecho, permanecían en un incómodo silencio de guardia.

—Cabrón —el herido le respondió con los dientes apretados—, qué falso eres.

—Venga, chiquitín, no me digas eso que me ofendes.

—Bien que te gustaría verme en el otro barrio.

—De eso nada —respondió la visita, tajante—, pero te tengo dicho que las tonterías en que te metes van a traerte problemas, y tú sin hacerme caso.

—¡Eres un ser repugnante, me avergüenzo de ser tu hermano!

—No creas que me tienes contento tú a mí.

—¡Vete a la mierda!

—Tranquilo, chiquitín, que solo he venido a ver cómo estabas.

—¡No necesito tu interés! ¡Vete inmediatamente de aquí o te sacan estos a patadas!

—No creo que tengan cojones.

Los tres compañeros de Andrés hicieron el ademán de abalanzarse contra el incómodo visitante. El herido les reprimió con una orden seca.

—¡Quietos, no le demos excusas a este capullo para buscarnos problemas! ¡Ya has visto cómo me encuentro, ahora vete! ¡Si no lo haces llamaré a la seguridad del hospital!

—Tranquilo, chiquitín, tranquilo. Ya me doy cuenta de que ha sido una mala idea venir a visitarte, sigues tan terco y desagradecido como siempre. Solo quería hablar contigo, ver como te iba la vida...

—Vete, que ya has conseguido lo que pretendías.

—Me voy, sí, pero sin que me hayas demostrado que has recuperado la cordura, después de tantos líos en los que te has metido.

—Te vas, cabrón, después de comprobar con tus propios ojos que esos hijos de puta han fallado el tiro...

X

A primera hora de aquella mañana, el Cardenal Arzobispo de Toledo hizo llegar el periódico a Enrique Valdecasas del mismo modo que el día anterior. El joven médico lo agradecía sobremanera. En un momento de descuido de su guardián y los dos colaboradores del Opus, Enrique pudo informarse fugazmente sobre la evolución del conflicto. Un titular hizo que casi exclamara una desafortunada palabrota, muy poco acorde para estar al lado del Primado de España. Los falangistas realizaban un llamamiento a la unidad de sus fuerzas dispersas por todo el país y convocan una reunión en Madrid para el ya cercano Día de la Hispanidad.

—¡La *Operación Hispanidad!* —susurró Enrique al Arzobispo—. Yo creí que con el fracaso del clon de Franco habían desechado los planes. ¡Dios, pero me equivocaba!

—¿El... el *fracaso* del clon de Franco? —Al Arzobispo le llamó la atención el término que usara el médico.

—Bueno... sí, es algo que... ya se lo explicaré padre, ahora hay cosas más importantes en las que pensar.

Enrique volvió a pasar sus ojos por las palabras impresas en el papel. La noticia de esa reunión convocada había despertado en él un miedo hasta entonces apartado de su mente. Todo era aún peor de lo que imaginaba. Con el fiasco del nuevo Franco tan solo había una opción plausible: el propio camarada Redondo pretendía liderar el flamante Alzamiento. Todo seguía adelante. Aunque habían pretendido encontrar un líder carismático que hubiera constituido el golpe de efecto para movilizar a las masas —para resucitar los fantasmas olvidados del fascismo español— resultando todo un rotundo fracaso, eso no había desanimado a Redondo, que continuaba con sus planes seguro que todavía más embravecido por los recientes acontecimientos. A Valdecasas aquello le supuso como el tiro de gracia para su voluntad. Se sumió en los más oscuros desánimos. Todo era peor de lo que había imaginado.

—Tengo que hacer algo... Dios... tengo que... pero... ¡No puedo, no puedo, Dios mío...!

Se derrumbó en una silla. El Arzobispo, con una cierta sorpresa nada disimulada por el inesperado efecto tan devastador que había producido la noticia, trató de consolarle.

—¿Qué sucede, Enrique, qué ocurre?

Valdecasas observaba al individuo a punto de ser parido que flotaba dentro de la horrible maquinaria clonadora. Lo miró con odio, con rabia. No sabía quién era ni a quién iba a servir, para qué fines, para qué ansias de poder. Por eso lo odiaba. Y por ser una creación suya. Fue entonces cuando volvió a su mente su participación en la clonación de Franco. Ahí sí sabía a quién y para quién serviría su obra. Los intereses para los que nacía. Fue un nuevo mazazo en su talento agotado. La conciencia de tener perspectiva le abrasaba el entendimiento. Lo mismo que alegremente había

hecho para los suyos le resultaba terrible cuando se trataba de otros. Se sentía defraudado consigo mismo. Había llegado a una conclusión de adolescente, a un destello de madurez primeriza: estar del lado de los buenos o de los malos solo depende de un atrofiado punto de vista.

—Yo he sido idiota...

Sus ojos no se despegaban del cristal tras el que flotaba el nuevo clon. Sentía náuseas, ganas de romper a sillazos aquella probeta gigante. Se encontraba acumulando veneno en sus venas cuando, casi de manera física, notó un «clic» que descomprimió su atosigado cerebro. Se le iluminó el rostro.

—Claro...

—¿Claro qué?

El Arzobispo seguía a su lado. Enrique no había reparado en él durante su fugaz conmoción. Seguía con una expresión luminosa, como desde hacía días que no tenía. El Arzobispo notó ostensiblemente el cambio en el joven médico.

—¡Claro...! ¡Es una locura pero... pero puede que... tal vez sea la única opción que tengamos para...!

—Tranquilízate, Enrique, ¿qué es lo que estás diciendo?

—¡Sí...! —Miró al Primado a los ojos, casi lo tomó de las solapas de la chaqueta y le habló rápido y preciso—. Carmen Pla.

—¿Cómo, no comprendo?

—Carmen Pla, una buena amiga mía. Debe ir a verla, padre, y decirle en qué condiciones me encuentro. Me estará buscando desesperadamente. Tranquilícela y cuénteles mi situación.

Escribió en un pequeño trozo de papel la dirección del hotel en el que se encontraba alojada la periodista. Subrepticamente, el Arzobispo lo guardó en un bolsillo interior de su chaqueta.

—Carmen Pla.

—Sí, efectivamente. Debe saber dónde estoy. Una vez que la localice, usted y ella deben seguir al pie de la letra las instrucciones que voy a darle. ¡Es nuestra única oportunidad para frenar esto, padre, la única! ¡Absurda, surrealista, estrambótica... pero como toda esta maldita historia!

—Bien, hijo, confía en mí.

—Puede que entrañe algún riesgo, pero... parece usted atlético y decidido... no tenemos otra posibilidad. ¿Usted y Carmen podrán...? —recordó la imagen de la periodista catalana disparando su pistola—... Sí, qué puñeta, claro que podrán.

Los dos hombres observaban de reojo a los otros atareados moradores del laboratorio. No había moros en la costa. El vigilante parecía cada vez más aburrido y descuidaba sus funciones. No le habían dado en todo este tiempo motivo para desconfiar del trabajo que venía desarrollando Valdecasas, y sospechar de una conspiración urdida entre él y el Arzobispo era completamente absurdo. Era una cuestión de confianza entre religiosos. El Primado no podía fallarles. Craso error.

—Ilustrísima, ¿cuántos hombres vigilan este edificio?

—Yo solo he visto a estos dos, que se turnan, otro más a la entrada y su jefe, que va y viene desde la Casa Madre. Sin contar a los dos pánfilos médicos.

—Cinco.

—Sí, yo creo que sí.

—Es bueno saberlo. Nosotros también somos cinco: mi tío, la chica que es su ayudante, Carmen, usted y yo. Estamos igualados.

—¿Piensa usted escaparse?

—Nada de eso —Valdecasas sonreía como un estratega satisfecho con el cariz que de pronto habían adquirido las circunstancias en su mente—. Lo que pretendo es tomar esta casa y hacerme fuerte en ella por unos cuantos días.

El Arzobispo abrió desmesuradamente los ojos. Estaba extrañadísimo. Llegó a creer que Valdecasas se había vuelto al fin completamente loco.

—¿Pero, qué dice? ¡Está como una cabra! ¿No debería tratar de escaparse?

—Nada de eso. Lo que se me acaba de ocurrir es descabellado, pero es lo único factible, y necesito disponer de mi instrumental por unos cuantos días más. Hoy es cinco de Octubre... —Hizo cálculos mentales—. Tenemos el tiempo justo, justísimo. Nada debe fallar. ¿No querían líderes? ¡Pues toma líderes!

Las dos últimas frases resultaron bastante insólitas para el Arzobispo. No quería ni pensar lo que se le había pasado por la mente a aquel dichoso científico que ya había causado demasiados problemas con sus experimentos.

—¿Está dispuesto a todo, padre? Mire que tal vez nos va en ello la suerte de todo un país...

—Sí, sí... confíe en mí, todo lo que yo pueda...

—Pues bien, una vez que tome contacto con Carmen, los dos deben ir a esta otra dirección —y la escribió Valdecasas en el mismo papel—. Seguirán las instrucciones precisas que le indicaré a continuación. Yo, mientras, habré finiquitado este nuevo clon para los que lo encargaron y un problema menos.

—¿Qué significa todo esto?

—Usted escuche, padre, y hagan todo lo que le digo...

* * *

Carmen se sentía como una idiota inútil. No había sacado nada en claro, se había dado cuenta de que era una perfecta incompetente trabajando por sí sola, estaba a punto de perder su trabajo a juzgar por el mensaje que le había dejado su jefe, Jaime, en el buzón de voz del móvil.

—Ese cretino...

No sabía para dónde ir, cómo buscar a Enrique, en el que no dejaba de pensar día y noche. Un desastre patético, nada acorde con la imagen de *hombre de acción* de los agentes secretos. Esperaba estúpidamente un milagro, una luz que le hiciera ver el

camino a seguir, porque otra cosa...

En su habitación, ese mediodía, se dedicaba a beber güisqui sin reparo ninguno. No había comido, por lo que el brebaje le sentaba como una patada en el estómago, y no digamos en la sesera. Estaba despeinada, abrumada por su fracaso, en zapatillas de casa y con los pantalones desabrochados mostrando el estampado floral de las bragas. Una enorme margarita azul, como dibujada por un niño pequeño.

Llamaron a la puerta. Pasó de abrir. Volvieron a llamar. Seguro que era alguna tontería del hotel, alguna equivocación incluso. Solo cuando escuchó una voz inequívocamente varonil preguntando por ella a través de la puerta inició el ademán de incorporarse de la cama. La habitación le daba vueltas.

—¿Señorita Pla? Me han indicado en recepción que está usted ahí.

Carmen anduvo unos cuantos pasos. Envuelta en la espesa niebla que ella misma había formado dando fin a una cajetilla entera de cigarrillos en poco menos de dos horas, intentó modular la voz.

—¿Quién... quién es... qué quiere usted de mí?

—Señorita Pla, soy un amigo. Tengo algo importante que decirle.

A Carmen aquello le resultó muy raro. No era una contestación nada convincente. Aunque le costó horrores reaccionar, su cerebro abotargado por el alcohol tomó la decisión más correcta para una mujer en su situación. Volvió sobre sus pasos tambaleantes, abrió el cajón de su mesita de noche y cogió la pistola que descansaba en su interior. Comprobó que estaba cargada, amartilló el gatillo y se dirigió de nuevo con poca firmeza hacia la puerta. Abrió teniendo la precaución de ocultar detrás de su cimbreada espalda la mano con el arma dispuesta para cualquier eventualidad. Se encontró con la figura de un elegante cura entrado en años.

—Señorita Pla... —extendió la mano en educado saludo.

—¿Yo... yo a usted le conozco? —Ella no hizo caso de la cortesía del gesto—. ¿Le he visto alguna vez?

—Es más que posible. Soy don José Amigo, Cardenal Arzobispo de Toledo.

—¡Coño! ¿Y qué hace usted aquí?

No pudo reprimir esa característica sinceridad de los borrachos. Quería exclamar «coño» y lo había hecho. Delante del Cardenal Primado de España. Él, por su parte, había reparado en la margarita azul, visiblemente señoreada sin ningún disimulo. Algún robusto pelo del bello púbico dejaba asomar su rizado palmito por los bordes de la prenda íntima.

—Estoy aquí para comunicarle algo importante.

Carmen parecía asombrada, pero tomaba tan absurda escena como una cosa la mar de normal. La pistola estuvo a punto de caérsele de la mano en un par de ocasiones. Hubiera sido lo que faltaba.

—Vengo de parte de Enrique Valdecasas.

Carmen no llegó a creérselo en un primer momento. Incluso pensó que se trataba de una trampa de los del Opus Dei, que tal vez la hubieran descubierto en sus

majaderos planes. Ella se lo esperaba, de algún modo. Sentía que era una inútil.

—Quiere que usted y yo le ayudemos.

—¿A qué? —Carmen no se fiaba.

—Es largo de contar, ¿puedo pasar?

En cuanto flanqueó la entrada y sin pensárselo dos veces, Carmen cerró la puerta de un puntapié y redujo al sacerdote retorciéndole el brazo izquierdo en la espalda. Apuntaba el cañón de su pistola en la cintura del hombre.

—¿A ver, qué es lo que usted pretende?

—Nada, yo...

—¿Quién le envía?

—Enrique Valdecasas, ya se lo he dicho.

—No le creo.

—Confíe en mí.

—Dígale a los suyos que no se les ocurra hacerle nada al doctor Valdecasas o lo van a pagar muy caro.

—Pero... ¿quiénes son los míos?

—El Opus, no se haga usted el tonto.

—¿El Opus? ¡Usted se confunde, yo solo...!

—¡Cállese y camine hacia esa silla de allí! ¡Veremos qué puedo sacarle por las buenas o por las malas!

Dos pasos hacia la silla y el Arzobispo giró su corpachón con agilidad felina, se deshizo de la llave con la que Carmen le tenía reducido y se apropió del arma de la mujer, todo en un santiamén. Arrojó a Carmen encima de la cama. La periodista no salía de su asombro. A pesar de estar ella borracha, no era nada fácil lo que acababa de hacer aquel venerable sacerdote. Casi se le había ido la tajada de la sorpresa. El amplio pecho del religioso se agitaba presa de la alteración propia de aquella descarga de adrenalina. Apuntó a Carmen con la pistola arrebatada.

—Oiga, señorita, no voy a hacerle nada. Soy amigo, ¿entiende? Solo le pido que me escuche, y luego juzgue.

Desde la posición de Carmen el enorme sacerdote parecía más grande aún. Su rostro, maduro y viril, estaba desdibujado por una aureola proveniente de la lámpara del techo de la habitación, al interponer su cabeza entre la mujer y el haz de luz. Eso, y que Carmen seguía notando los efectos del alcohol, hacía que aquel decidido personaje tomara tintes casi celestiales. Era el milagro que ella estaba esperando.

* * *

Los del *Grupo Terrorista Armado de Liberación Andaluza* miraban con expresión de estupidez rutilante a su recién llegado jefe. El señorito jerezano observaba con semblante serio el amasijo de panoplias y zarandajas que constituían el laboratorio de clonación supuestamente adquirido a aquel anónimo chaval de perfil granudo que lo

birlara a bombo y platillo de la sede de Falange. Sus buenos dineros había costado.

El señorito jerezano observó como entendiendo. Remiró cada cable, cada máquina y aparatejo como si de un experto en sistemas de esa calaña se tratara. Iba a dar el visto bueno en cualquier momento. O a descubrir la engañifa de sus chasqueados vasallos. Se mordía los labios. Asentía de vez en cuando con la cabeza. Su pelo engominado brillaba en negro azabache casi como nunca.

Sin duda, el grupo de temerosos terroristas esperaban la frase. Se la esperaban. «¿Pero vosotros os habéis pensado que yo soy gilipollas?». Pero no llegó. En su lugar, el parlamento fue bien distinto.

—Muy bien, muchachos. Os habéis portado como valientes.

Se les debió notar la sorpresa.

—No, en serio. Estoy muy contento con vuestra actuación. Generalmente me sacáis de mis casillas, pero en esta ocasión os habéis lucido. Un golpe fino, vamos.

No querían ni creérselo. ¡Le habían engañado! A su jefe, a su todopoderoso superior.

—Lo de hacernos con esta maquinaria nos va a servir de mucho. Sí, señor. Desde luego. Es un giro sustancial en nuestra política.

No entendían.

—¿Veis esto?

Les mostró una caja acolchada que sacó de un bolsillo. En ella dormía el sueño de los justos un tubo transparente con un líquido blancuzco en su interior.

—Pues esto y el maquinejo que os habéis afanado nos va a sacar de pobres.

La expresión *nos va a sacar de pobres*, pensaban silenciosamente los cuatro terroristas andaluces, carecía de toda lógica pronunciándola quien la pronunciaba.

—Me lo proporcionaron a buen precio. Algo caro, pero lo amortizaremos. Es esperma de caballo.

Arquearon el gesto con asco.

—Pero no de cualquier caballo, no... ¡Del mejor semental que hay ahora mismo en el mundo! Una joya: el alazán de pura raza española que posee el jeque Abdalha, en Kuwait. ¡Uno de los pocos ejemplares purísimos que quedan! ¿Comprendéis?

Primero se atrevió uno. Luego otro y los dos últimos a la vez. Dijeron «no» con la cabeza.

—¡Pues claro, ineptos! ¡Vamos a clonar caballos de pura raza española y a hacernos de oro!

Ni Blas Infante, ni Aben Humeya. Caballos de pura raza española. La máquina de clonar era para caballos de pura raza española. El *Grupo Terrorista Armado de Liberación Andaluza* iba a montar un picadero.

—Muchachos —tenía una sonrisa de oreja a oreja—, con esto vamos a ganar mucho dinerito. Sin engorros de crianza, sin impurezas de cruces... ¡nada! ¡Todos iguales! ¡Hermosamente idénticos al del jeque Abdalha! ¡Caros como su puñetera madre!

Los cuatro terroristas se miraron los unos a los otros. El jefe seguía a lo suyo.

—¡Un negociazo...!

—Usted disculpe... —le interrumpió uno de sus subordinados—, pero ¿y lo de liberá a nuestro Paí Andalú del sometimiento que durante siglos viene ejerciendo el gobierno opresó y centralista de Madrí, eso pa cuando lo dejamo?

Hablaba en nombre de todos. Eso quedó claro con una mirada.

—Olvidaros de zascandiles, pandilla de burros. Esto es mucho mejor, más beneficioso.

—¿Pal Paí Andalú?

—Pues... claro. Nos colocaría en una posición privilegiada para ejercer la lucha armada. El dinero siempre es necesario a la hora de iniciar revoluciones y con este negocio de los caballos lo conseguiremos a espuestas. Lo tengo todo pensado, ¿o qué os creéis? Además... —Se acercó a ellos, alejándose de su *mina* de oro— en el momento en que intenten hacernos sombra otros empresarios del ramo utilizamos la coacción violenta y no se nos sube a las barbas ni Dios. ¡Como ETA, coño, como ETA! ¡Eso sí que es defender unos ideales!

A los de la cuadrilla todo esto les sonaba a mafia poco romántica y no a libertadores de una patria oprimida. El jefe siguió explicándoles con todo lujo de detalles la verdadera razón de las naciones: la economía. Fue una lección magistral. Los ideales políticos y la lucha por la independencia debían tener un reflejo directo en una economía fuerte. Les habló de Cataluña y del País Vasco. «Ahí tenéis el ejemplo», les decía. Apoyaba sus juicios con un aluvión de datos financieros. La independencia era una cuestión de dinero. Una nación solvente podía emprender con éxito la lucha por su libertad.

—De otra manera no puede ser —concluía—. Y ahí entramos nosotros y la crianza de caballos. ¡Creamos riqueza para nuestra patria!

—¿Y lo de la identidad culturá?

—Claro... claro... eso también.

—¿Y aquello de una Historia milenaria que nos avala?

—Sí... la Historia... la Historia...

—¿Y nuestra propia lengua, el Andalú?

—También...

—¿Nuestro carácter diferenciador también...?

—También... también...

—¿Y liberarnos de la opresión política...?

—La opresión... la opresión... Todo eso también, pero después de la economía solvente, ¿entendéis?

Asintieron como niños de escuela.

—Y ahora, ea, a embalar todo esto que nos vamos para el cortijo inmediatamente, que hay mucho que hacer y el tiempo es oro —sonrió con la última palabra—. Mañana a ver si hago un par de llamaditas y me consigo a dos tipejos que trabajan

como becarios en el *Banco de Células Madre* de Granada. Esos sabrán cómo usar estos aparatos y por cuatro duros nos hacen el apaño los muertos de hambre. Y si vemos que no, me conseguís que venga el facha que inventó el cacharro. Por las buenas o por las malas.

—¿Por las malas? —preguntó uno, que ya enrollaba cable y desenchufaba un monitor.

—Sí, sí, por las malas. Me lo secuestráis si hace falta.

Mientras guardaban los aparatos a toda prisa, el jefe contemplaba las luces nocturnas de Madrid con una inconfundible expresión de satisfacción en la cara. Sonreía bobamente, formándose en el interior de su lustroso cráneo el cuento de la lechera. Los otros permanecían en silencio comprometido, fruto eficaz del *orden* y *mando* de su superior. Se lanzaban miradas fugaces cargadas de «cuando nos pillen...» y «mejor callar y que sea lo que Dios quiera». Todos, como si hubieran puesto de acuerdo las imaginaciones, se veían de nuevo vareando aceitunas.

* * *

Enrique Valdecasas no podía apartar su atención del plan que albergaba en la mente. Rellenaba bases de datos con las ingerencias de su nuevo clon, realizaba comprobaciones continuamente, de manera mecánica efectuaba tal o cual precisión para optimizar el resultado, todo, absolutamente todo sin prestar la más mínima atención a lo que hacía. Su pensamiento estaba puesto en el éxito o el fracaso de Carmen y el Arzobispo al seguir las pautas por él marcadas. Esperaba su llegada con absoluto nerviosismo. Su tío Jorge Luis le preguntaba continuamente por lo que le sucedía, al verlo tan ensimismado. Enrique contestaba con evasivas, ya que no quería poner sus planes en conocimiento del viejo científico. Mejor así. Evitaba riesgos innecesarios. La joven y hermosa ayudante del doctor y los padres Damián y Cosme trabajaban a destajo.

El clon para el que el Opus Dei había secuestrado a Enrique Valdecasas estaba al fin listo para nacer.

* * *

La ducha fría le sentó maravillosamente. Se encontraba despejada, aunque conservando el puntillo de fanfarronería valiente que proporcionaba el alcohol. La desinhibición del guerrero.

Llamaron al portero automático de uno de los pisos del bloque. Contestaron. «Una carta certificada», mintieron. Se les abrió la puerta. Subieron, pero no al piso que habían llamado. El inocente vecino se quedaría esperando su carta certificada. Así de fácil.

Dos plantas por encima del lugar en que esperaba el estafado vecino, Carmen y el Arzobispo tocaron el timbre. Oyeron claramente ruidos de pasos, cuchicheos y el arrastrar inequívoco de algún mueble de cierto peso. Un chasquido sordo de portilla cerrándose. Todo tal y como había advertido Enrique que pasaría. Una voz de mujer.

—¿Sí, quién es?

Y la, típica en esos edificios antiguos, mirilla circular en forma de estrella calada que se abre para dejar entrever la imagen de un ojo escrutador. Un ojo que se extraña, pero no desconfía. De todas maneras, está ante un sacerdote de aspecto distinguido que le sonrío.

—¿Se encuentra el señor de la casa?

—No, yo soy su ama de llaves, ¿en qué puedo ayudarle?

Ama de llaves. Aquello resultaba casi antediluviano. Al menos eso caviló Carmen desde su escondite fuera del campo de visión de la mujer.

—Traigo un importante mensaje del Grupo de Amigas de Yepes. ¿Le importa que pase?

La señora no dijo palabra. Esperó unos segundos, como pensándose. Conocía el grupo y las importantes aportaciones que habían realizado al proyecto del camarada Redondo. Cerró la mirilla. No tenía que temer de un sacerdote que venía en nombre de esa sociedad piadosa. Se escucharon goznes y cerrojos.

Al abrir la puerta se sorprendió de la presencia, hasta ese instante inapreciable, de Carmen Pla. El Arzobispo, en respuesta al interrogante silencioso del ama de llaves, presentó inmediatamente a la periodista.

—La señorita que me acompaña es Carmen Pla, secretaria de la asociación.

Ambas se dieron la mano. «Mucho gusto». «El gusto es mío». Pero el ama no quedaba muy convencida del aspecto nada recatado de la escultural catalana. Vestía un elegante traje de dos piezas color perla con un chaquetón rojo apagado con cuello negro. Sus piernas, enfundadas en medias de rejilla nada decorosas, desafiaban las miradas más castas.

Entraron. En el salón recibidor se encontraron con un joven que les saludó con un geto de cabeza.

—Mi sobrino.

Pero ellos sabían que el ama mentía. Se trataba de un falangista. Custodio del nuevo Franco.

—Tomen ustedes asiento.

—No, muchas gracias —se disculpó el Arzobispo—. No le molestaremos mucho rato. Le dejo la carta que vengo a entregar en mano y nos marchamos inmediatamente.

Hizo ademán de sacar un sobre del bolsillo interior de su abrigo negro.

—Yo a ella —pronunció el sacerdote.

—Perfecto —dijo Carmen.

Los otros dos no comprendieron estas palabras, hasta que sintieron sobre sus

anatomías el pinchazo inequívoco de sendos dardos paralizantes disparados por unas pistolitas plateadas, silenciosas y muy monas, que desfundaron el religioso y la periodista. Los dos custodios se desplomaron al mismo tiempo, sin mediar palabra y como al ralenti. La moqueta amortiguó los golpes de sus cuerpos al caer.

—Buen invento este —dijo el Arzobispo a Carmen, mirando con curiosidad su arma recién disparada.

—Un equipo resultón que tiene una —fue la respuesta de Carmen—. Toda mujer emancipada debiera tener uno, es mucho más útil que los sprays antivioladores.

—Como ha cambiado la vida...

—El periodismo, que es un empleo de riesgo.

Se dirigieron a la habitación indicada por Enrique. Movieron sin dificultad un aparador de pega. Escucharon a través del muro maestro el sonido de una persona que se incorpora. Empujaron la pared, que se deslizó gracias a un ligero engranaje. Ante ellos se abrió un estrecho zulo iluminado por una bombilla floja. Un falangista uniformado se sorprendió al verlos. Esperaba encontrarse a sus camaradas y no cara a cara con una señorita despampanante que le disparaba un dardo somnífero. Se desplomó. Detrás de él, en una silla, con cara de susto, un hombrecillo barbudo y tembloroso.

—¿Vi... vienen ustedes a matarme?

Aquella frase, pronunciada con un acento gallego lloroso, fue tal vez lo que más sorprendió a la periodista y al sacerdote.

Carmen estaba, al fin, frente por frente con el peligroso clon del Caudillo. La misión que le habían encargado desde la Generalitat pasaba por eliminarlo si era necesario. Y ahora lo tenía ahí mismo, indefenso, a tiro. Solo debía sacar su arma reglamentaria que llevaba en la sobaquera, un par de disparos y todo habría acabado. Habría cumplido su misión con absoluto éxito: deshacerse de quien constituía una seria amenaza para su país, Cataluña.

Pero cumplir correctamente su cometido habría supuesto el fracaso de los planes de Enrique. Unos planes arriesgados y poco probables de obtener el triunfo deseado, pero quizás la única esperanza de evitar males mayores.

Su labor como agente secreto o la ayuda al doctor Valdecasas. Los elevados intereses a los que debía servir o algo mucho más abstracto aún, pero tal vez más importante. Cataluña o España. Jaime o Enrique.

Recobró de nuevo la fría lógica del mercenario, del espía, que había perdido en los pasados días de debilidad e impotencia. Dudaba. La voz del Primado, a su espalda, interrumpió sus pensamientos.

—Tranquilícese, nadie quiere hacerle daño.

* * *

Las instrucciones del oscuro sacerdote del Opus habían sido escuetas y claras.

Aséenlo, vístanlo y llévenlo a la Casa Madre. La Torre Picasso esperaba, limpia y peripuesta, la acogida temporal de tan distinguido huésped.

Debía hacerse todo de forma discreta. Uno de los amplios y elegantes coches negros de alta gama que poseía la Orden llegaría a última hora de la tarde. El individuo debía estar preparado para el traslado. Aquella mañana ya habían llegado las ropas, caras, elegantes y confeccionadas para la ocasión, con que debían vestirle. Sin ampulósidades: sotana negra con bordes de oro fino dibujando motivos alegóricos de la Pasión en mangas, cuello y filo.

Nadie debía dirigirle la palabra. Reverentes, el idioma de los gestos sería el único para comunicarse con aquel hombre santo. Hablarle por primera vez era privilegio personal por exclusivo deseo del Santo Padre, que esperaba aquella visita ansioso en el Vaticano. Una visita preparada con reserva, sin alzar la voz, a espaldas de los medios públicos. Luego, en una segunda fase, se comunicaría la buena nueva al pueblo.

Nadie debía ver el rostro del hombre santo. Para ello, las monjas Clarisas de un convento de Asturias, reconocidas en sus primores bordados, habían confeccionado en tul de luto, sin saber para qué, algo muy parecido a un *velo purificador* para cubrir reverencialmente el Copón. También le correspondía al Santo Padre, por expreso deseo suyo, ser el primero de la Cristiandad en admirar sus facciones. Solamente los médicos que atendieran el parto, lógicamente, incumplirían esta norma. Nadie más.

Llugaría a la Torre Picasso para descansar una primera noche en sus habitaciones dispuestas a todo confort. A la mañana siguiente, en vuelo privado, dejaría España para ser convenientemente recibido por el Papa.

A Enrique Valdecasas lo que verdaderamente le preocupaba era lo que pasaría con ellos una vez listo el encargo. No quería pensar en un final violento, pero visto lo visto hasta la fecha se podía esperar cualquier cosa. Lo lógico era creer que lo mismo que lo llevaron hasta aquel misterioso chalet, lo devolverían a su ambiente habitual. Pero eso tampoco le interesaba. Quería ganar tiempo, tener su instrumental unos cuantos días más.

—Señorita Jean.

Enrique Valdecasas apuró un café con leche en vaso que tenía en la mano, con la cucharilla dentro, como buen madrileño.

—¿Sí, doctor?

—Dispóngalo todo tal y como es acostumbrado. Ha llegado el momento.

* * *

Franco, una vez afeitado, aseado y vestido con sus mejores galas militares, volvía a tener el aspecto del inequívoco Caudillo de España.

* * *

Hicieron falta cuatro horas para que su motricidad fuera la deseada. Comenzaron los balbuceos del habla. Enrique se dirigía a él con palabras de cariño, como una matrona. Su tío Jorge Luis Valdecasas comprobaba la corrección de las constantes vitales. La asistente Norma Jean no dejaba de mirar a los genitales de aquel santo desnudo. Damián y Cosme, con la boca abierta, casi estaban paralizados por la emoción. No tenían ni idea de quien era, pero lo reverenciaban.

Vestido tal y como se había indicado, fue trasladado al mismo salón que Enrique ocupara nada más llegar a aquella casa y donde conociera al maquiavélico sacerdote que ordenara su secuestro.

Allí permanecieron de pie, el recién nacido con algo de dificultad todavía, en espera de la llegada del oscuro opusino.

Entró, como siempre, flanqueado por sus dos matones. Esta vez llevaba el gato blanco de angora en sus brazos y un cigarrillo delgado y largo, como de cabaretera, encendido entre sus labios crueles. Lucía una boquilla de ámbar azul cobalto con un anillo de oro que abrazaba el elegante tabaco. Era la primera vez que Enrique se la veía. Automáticamente pensó que se la habría comprado para la ocasión. Era una idea absurda, gratuita, fuera de lugar, pero se enquistó en la mente del médico y no podía deshacerse de ella.

Sonrió con aquella sonrisa suya de dientes blancos hasta el delirio, tan maligna en el fondo, tan satisfecha, acentuada por lo apretado que necesitaba tener la dentadura para sostener el cigarrillo.

Al contemplar la figura ensotana y velada del fruto de sus desvelos no mostró ninguna emoción descompensada. Siempre con la sonrisa equívoca pronunció una sola palabra.

—Excelente.

Era su *leit motiv* casi exclusivo en los últimos días.

Inclinó la cabeza con respeto, pero no con admiración o devoción. Aquel santo vuelto a la corporeidad era, para el sacerdote del Opus, un arma, una herramienta de sus intereses, y como tal lo veía. No podía sentir por él veneración ninguna. Ese *efecto* le estaba reservado al vulgo, era la función de aquel clon. Los que tiraban de los hilos entre bambalinas eran, frecuentemente, unos descreídos. Este era el caso del opusino.

Se apartó dando unas sutiles instrucciones a los dos médicos sacerdotes. Estos tomaron amablemente al santo varón de los dos brazos y le indicaron, siempre mediante gestos, el camino hacia el coche que les esperaba fuera. Lo último que hizo el santo antes de abandonar aquella habitación, instintivamente, fue volver su rostro velado buscando con la mirada a Enrique Valdecasas. Enrique adivinaba debajo de esa vaporosa tela la interrogación desesperada que aguardaba respuesta. «¿A dónde

me llevan?». El joven médico solo hizo un gesto leve con la mano a medio alzar. Un «adiós» acentuado por un mohín de la boca. El mohín de la impotencia.

Una vez había salido de la habitación, el opusino y sus dos musculosos guardaespaldas con *clerigman* se acercaron a Enrique, su tío y la joven y atractiva Norma Jean. Casi metió el extremo encendido de su enorme cigarrillo en la boca del joven Valdecasas.

—Gracias por su colaboración, mis queridos doctores. Sepan que serán bien recompensados por su buena acción en la otra vida, sin duda. Han contribuido incalculablemente a la perpetuación del Imperio de Dios sobre las almas de este mundo —sonrió de aquella manera—. Permanecerán con nosotros hasta que yo regrese de Roma. Será cuestión de pocos días. Compréndanlo, hasta que no esté comprobado el resultado de esta experiencia no puedo dejarles marchar, sepan que lo siento muy sinceramente. Debe transcurrir un periodo de *rodaje*, ¿no creen? Y para cualquier eventualidad he de tenerlos perfectamente disponibles, ¿no les parece lógico?

Enrique sabía que el motivo para relamer tanto las palabras con fórmulas exquisitas y corteses no era otro que producir un efecto aún más devastador en sus *víctimas* al darles la noticia de que su encierro se prorrogaba indefinidamente. Pero en Valdecasas surtió el efecto contrario. Precisamente lo que quería era permanecer cerca de sus aparatos un tiempo prudencial para ejecutar, antes de escapar, el plan que tenía en mente. Y mucho mejor si el siniestro opusino, mientras estuviera en el Vaticano, le dejaba trabajar tranquilo por unos días. No mostró ningún sentimiento en su rostro, al contrario que su tío, indignado hasta el punto de soltar una enorme retahíla de improperios al tiempo que el opusino, junto con los suyos, se alejaba con la sonrisa maquiavélica en la boca. Norma tuvo que retener con mimitos al soliviantado Jorge Luis, evitando así que le partieran la cara los guardaespaldas del intrigante sacerdote. Uno de los guardianes se quedó en el salón, ocupando su papel de vigilante.

—Ea, ea, doctor —puso la cabeza del científico entre sus mullidos pechos de algodón dulce—. Ya pasó, ya pasó...

* * *

En la inmensa nave, Carmen, el Cardenal Arzobispo de Toledo y el clon del Dictador se pudieron manos a la obra. La docena de benedictinos les había dejado solos, tal y como habían solicitado, tras ayudarles, no sin esfuerzo, a mover la losa sepulcral.

—Nunca podía haber imaginado que resultara tan fácil —hablaba Carmen con el Arzobispo, mientras trajinaba la tapa del ataúd.

—Era de esperar, venimos con el *dueño* de todo este cotarro.

Carmen casi tenía lista la apertura del féretro. En una de su manos sostenía una jeringa grande y una cajita de plástico transparente.

—A propósito, ¿dónde se ha metido él?

El sacerdote miró a su alrededor sin encontrarlo.

—Parece ser que no le gusta esto de profanar tumbas.

—Como buen gallego —dijo Carmen abriendo al fin la tapa— ha salido supersticioso.

—Simple respeto por los difuntos, hija mía. Los raros somos nosotros.

Lejos de sus dos acompañantes, al otro lado del Altar Mayor circular, el Caudillo se encontraba de pie delante de una enorme lápida de mármol. Contenía las ganas de llorar. Nada comprendía. Nada había comprendido desde el comienzo de toda esta historia.

Observaba con cierto pavor el nombre grabado en esa lápida con formidables caracteres dorados. Su nombre. No pudo evitarlo y se echó a llorar silenciosamente, con hipidos temblorosos. Estaba delante de su propio sepulcro. De su propia cuna.

* * *

Enrique Valdecasas se intranquilizaba. Jorge Luis Valdecasas se aburría. Norma Jean acariciaba los ralos cabellos de su jefe. El cura cachas que los vigilaba, los vigilaba.

Enrique tomaba un té. Jorge Luis y Norma se daban el lote. El canclero ni se inmutaba.

Enrique escuchó la puerta del final del amplio pasillo que conducía al laboratorio. Ya se conocía los sonidos de aquella casa.

Palabras blandas que no se acertaban a entender. Estaban lejos. Golpetazo en el suelo, alguien se había partido la crisma.

Enrique se puso de pie y continuó escuchando atentamente. El sacerdote matón frunció el ceño. Se oía lo que parecía una carrera alocada.

Se abrió la puerta de aquella sala de par en par. El guardián reaccionó al ver que el Arzobispo don José, acompañado de una mujer desconocida, entraba jadeante.

—¡Ilustrísim...!

Fue acallado de un certero y demoledor rechazo en la mandíbula. Se lo había propinado el Cardenal Primado de España que, al tiempo, preguntó a Enrique fugazmente.

—¿Cuántos?

—Este y el de la puerta —contestó el joven médico, comprendiendo al instante.

—¿Seguro?

—Yo creo que sí.

Carmen y el Arzobispo se miraron. Estaban sin aliento, con los músculos y los sentidos puestos en una operación que preveían más complicada. La adrenalina les salía por las orejas. La catalana disparó al noqueado, que comenzaba a incorporarse tras el puñetazo.

—¡No! —gritó Enrique.

—Tranquilo, es un dardo paralizante. Lo justo para dejarlo fuera de combate durante media hora. Luego lo ataremos a una silla.

Enrique recordó a la catalana disparando al coche que se lo llevaba. Y ahora esto. Aquello era una forma muy rara de hacer periodismo.

Carmen y Enrique se abrazaron con pasión. No pudieron reprimir un beso lúbrico y tórrido.

—He pensado mucho en ti.

Carmen quería decir *me he masturbado mucho pensando en ti*. Enrique la volvió a besar en la boca como única respuesta.

—Es cierto, no hay nadie más en la casa.

El Arzobispo acababa de llegar tras hacer una rápida verificación. Jorge Luis Valdecasas no pudo reprimir un comentario nada más entrar el religioso.

—¡Menudo derechazo, Ilustrísima!

—Fui boxeador en mis años mozos —fue la respuesta.

—¡Bueno con el Primado de España, está lleno de sorpresas! —apostilló la bella ayudante del científico, dándole un repaso de arriba a abajo al seductor jerarca.

—No lo sabe usted bien...

La frase fue pronunciada por Carmen Pla, con una expresión escrutadora en el rostro, al tanto que intentaba sondear las profundidades psicológicas del sacerdote. Carmen tenía muy marcado en su mente el instante en que el religioso se zafó de su llave militar, en la habitación de hotel. Fue obra de todo un experto.

—¡Venga, no perdamos ni un segundo más! —Enrique interrumpió el momento innecesario de tertulia—. ¡Tenemos el tiempo justo! ¿Trajisteis todo lo que se os indicó?

Carmen le entregó las muestras recogidas. Jorge Luis Valdecasas no salía de su asombro.

—¿Cómo... qué...? Enriquito, ¿pero no nos vamos de aquí?

—De eso nada, tito, aún nos queda la traca final.

Se puso inmediatamente manos a la obra, dando resueltas indicaciones a su tío y a la ayudante. Paró en seco, de repente algo se le había clavado en la mente.

—¿Y él, lo habéis dejado en lugar seguro?

Carmen dirigió un gesto de asentimiento al Arzobispo de Toledo, que salió al instante de aquel salón, y contestó a Enrique.

—No ha querido quedarse en mi habitación de hotel.

—¿Cómo?

—Sí, dijo que quería verte y ha venido con nosotros.

—¡Pero... estáis locos! ¡Lo habéis puesto en peligro! ¡A quién se le ocurre!

El Arzobispo entró de nuevo, pero acompañado por un Franco temeroso aún, al que los ojos le hicieron chiribitas cuando vieron a su amigo Enrique Valdecasas. No pudo reprimir la alegría y se lanzó a los brazos del médico con la lágrima saltada.

—¡Enrique!

—Don Francisco, me alegra volver a verlo.

Se abrazaron con verdadero cariño.

—¡Qué mal lo he pasado! —El acento gallego era supino—. ¡Cuánto susto, Enrique, cuánto susto! ¡Me consoló la novela que me regalaste y la idea de volver a verte! Estos señores me contaron que estabas preso, como yo. ¡Con razón no venías a verme nunca! ¡Ya me extrañaba a mí!

Enrique sonrió paternalmente y acarició el cabello de aquel Franco suyo al que quería como a un hijo. Notando la perplejidad del Cardenal Arzobispo y de Carmen, sintió la necesidad de pronunciar algunas palabras a modo de aclaración de lo que no comprendían.

—Sí, me imagino que ya lo habréis notado desde la primera toma de contacto con Francisco. Es una copia exacta del Caudillo en todo menos en el carácter. Ese es el fallo, el traspíe oculto de todo este lío. Es Franco, pero sin serlo. Es... es... un bendito —Franco sonrió vergonzosamente—. Quizás tenga algo que ver el que no haya tenido un padre alcohólico, una madre beata, que no se hayan burlado de él continuamente por su estatura o su voz, que no tuviera que sentirse inferior a su hermano Ramón, que no le hayan negado la entrada a formar parte del club selecto de la Masonería..., no sé, todo eso que nos hace ser como somos. Las frustraciones, los fracasos... Total, que este hombre es un señor gallego que se llama Francisco. No hay más.

Carmen apretó los dientes. Don José algo se olía desde aquella movida jornada debajo del balcón de Falange. Un silencio espeso cubrió la habitación y a sus moradores. Franco fue quien rompió la tensión.

—Pero podéis llamarme Paco...

El cardenal Arzobispo de Toledo soltó una carcajada.

—Desde luego —dijo—, debí haberlo supuesto y me habría ahorrado más de un sofoco innecesario. A veces hay que dejarse llevar... Pero, bueno, las precauciones nunca están de más.

El resto de los presentes no entendía la reacción del Primado. Don José pasó a explicarse mejor.

* * *

La Sala Clementina del Vaticano lucía espléndida. Cortinajes de raso, tapices bien aspirados de polvo, y luz, mucha luz. Un grupo selecto de representantes del Colegio Cardenalicio aguardaba entre cháchara de comadres la llegada del esperadísimo invitado. En el centro, de fabuloso blanco inmaculado, el Sumo Pontífice departiendo con su secretario personal.

La entrada de la Guardia Suiza los hizo callar. Era la señal de que el momento se acercaba. El Papa estaba emocionado. Los Cardenales, conocedores del secreto y puestos en antecedentes, muchos de ellos promotores de la experiencia, se sentían

nerviosos, con un cosquilleo en el estómago como de niño en Noche de Reyes.

Se aproximó el grupo por el pasillo. Cuatro guardias suizos, una figura velada y enlutada en el centro, detrás de ella el oscuro y sonriente cura del Opus Dei, los dos científicos sacerdotes y, cerrando el séquito, un par de matones con alzacuellos.

Caminaban lentamente. La emoción crecía en los corazones de los allí congregados. Era aquel un momento histórico, mágico, casi una aparición celestial.

Entró el grupo en el salón. El Santo Padre se puso en pie. Se acercó a la figura de sotana negra y velo del mismo color. En un instante en que todas las respiraciones se contuvieron, el Sumo Pontífice tomó las manos de aquel misterioso personaje, al que dijo, en un español clarísimo, «Sea bienvenido en nombre de Jesucristo».

Una novicia que nadie sabe de dónde apareció, como accionada por el resorte de las palabras del Papa, corrió a cumplir el honor de descubrir el rostro de aquel hombre sobre el que pesaban todas las miradas. Lo hizo casi temblándole el pulso. Ante los ojos del Papa y toda su Corte se manifestaron las facciones humanamente bellas de un varón enjuto y delgado de mirada dulce y labios en perpetua sonrisa algo socarrona.

—No se parece nada a los cuadros que yo conozco —dijo un cardenal gordo al oído de otro.

—Desde luego, no sé de iconografías que lo hayan representado nunca de esta manera —contestó el otro, aseverando.

Al Santo Padre tampoco le resultó conocido. Incluso el maquiavélico opusino borró de su cara su sempiterna mueca de displicencia. No era *él*. Eso parecía, al menos.

Pasando por alto la sorpresa, el Sumo Pontífice inició el aplauso que estaba previsto como calurosa acogida. Le siguieron los demás cardenales. La Sala Clementina se llenó de aplausos retumbones, jaleosos.

El santo recién descubierto asentía con la cabeza en señal de agradecimiento. Aplaudían. El santo asentía. Seguían aplaudiendo. El santo lo agradecía con un gesto de manos. Continuaban los aplausos. Movía el cuerpo rítmicamente, animado por las palmas.

Así, de pronto y sin que nadie se lo esperara, el santo se agarró los faldones bordados en oro de la sotana e inició un taconeado brioso y ligero. Con arte. Animado por las palmas del Colegio Cardenalicio, el santo, con la sonrisa de oreja a oreja, se estaba marcando un bailoteo.

Todos se quedaron boquiabiertos.

El opusino, irritado, a punto de estallar de ira, se dirigió al padre Cosme señalando al santo que con tanto arte hacía cabriolas y daba brincos.

—¿Pero... este quién es?

* * *

—¡San Pascual Bailón! —Casi chilló Enrique Valdecasas, estallando en risas.

—Ese mismo —explicaba don José—. Me vino como una iluminación y marché de inmediato a la iglesia en la que se veneran sus reliquias. Había que sustituir el trozo de hueso que enviaron desde Roma por el de algún santo inofensivo, para que se clonara a este en lugar del otro.

—Y, a la chita callando, como a usted le gusta decir, reventar los planes del Opus Dei —apostilló Valdecasas.

—Efectivamente.

A Enrique le divirtió la buena cabeza del Arzobispo.

—Pues sepa que será clavadito a San Pascual, pero seguro que no bailará ni nada parecido.

—De haberlo sabido antes...

—No se lo llegué a decir —continuó Enrique— porque, realmente, no estuve seguro hasta el final de su verdadero interés en este asunto.

—Lo comprendo.

—No obstante, permítame decirle que estuvo muy hábil, padre.

De inmediato, Enrique dio por terminado el interludio y, como si las prisas le espoleasen de repente, retomó el brío.

—¡Al laboratorio!

Siguió dando indicaciones que eran órdenes que los otros obedecían sin rechistar.

Por los pasillos, a grandes zancadas, su cerebro hervía. Era su batalla. Ganar o perder dependía de la habilidad a la hora de administrar este golpe de efecto que hasta entonces se trataba solo de una intuición.

—¿Os habéis hecho con el uniforme?

—Sí —contestó Carmen—, lo tengo en el maletero del coche.

—Bien, tráemelo. —Volvió la cabeza hacia el Primado, que le seguía muy de cerca—. Ilustrísima, quiero que se encargue de escribir un discurso grandilocuente, inspirado, que hable, en resumidas cuentas de que todavía no es el momento, que se debe esperar y tener fe y cosas por el estilo. Vamos, pura retórica. Mucho pero sin decir nada.

—Descuida —sonrió—, me conozco la técnica.

—Quiero que se nombren continuamente los términos *Patria, Tradición, Valores, Historia, Moral...* pero también *Progreso, Futuro, Nueva Generación...* ¿entiende el planteamiento?

—Sí, desde luego.

—Y todo ello con aires apocalípticos. «Se aproxima nuestra hora y esta es la hora del Triunfo» y cosas así. Pero que al final quede claro el mensaje principal: yo soy vuestro guía, vuestro líder, y tenéis que esperar mis órdenes. ¿Entiende, padre?: *esperar* mis órdenes. Lo que deseamos está por venir, pero no es este el momento.

—Correcto.

Habían llegado al laboratorio.

—Norma, tenga listos los aparatos.

—Sí, doctor Valdecasas.

—Y tú, tito, ven conmigo.

Enrique apartó al viejo científico a una esquina discreta del laboratorio.

—¿Cómo es eso de aislar la información cerebral?

—Bueno, pues es bastante sencillo, aunque pudiera parecer lo contrario...

—Al grano, tito, ¿qué tendrías que hacer?

—Extraer una muestra concreta de la masa encefálica, clasificar la información, seleccionar la concretamente deseada y reproducirla mediante una partenogénesis simple.

—Vale... Dices que tienes localizado el lugar en que se almacena la habilidad para actuar...

—Sí, en el cerebelo.

—Pues bien, ¿tienes aquí el instrumental necesario para extraer dicha muestra?

—Sí, es el mismo que utilizamos en las clonaciones que venimos haciendo. Pero lo que nos falta es un donante.

—Lo tienes delante de ti.

El doctor Jorge Luis Valdecasas se asombró desmesuradamente.

—¿Qué? ¿Tú? ¿Estás loco, rapaz?

—De eso nada, estoy bastante cuerdo. En la Universidad hice mis pinitos como actor y no soy del todo malo, ¿o no lo recuerdas?

—Claro, Enriquito, pero... ¿qué pretendes hacer?

Enrique Valdecasas suspiró como abatido por una enorme responsabilidad.

—Salvar España, tito, salvar España...

XI

A Enrique le dolía la cabeza. Bastante. La persistente jaqueca le mantuvo alejado del laboratorio todo aquel día.

—No te apures, Enrique —le había dicho su viejo tío—, es normal. Se te pasará en unas cuantas horas.

Carmen, que no era de utilidad en el laboratorio, estuvo en todo momento con Enrique. Hablaron de sus cosas. Se acariciaron la cara.

El cardenal Arzobispo de Toledo se exprimía en un primer borrador del discurso.

Los dos guardianes estaban encerrados bajo llave en el salón principal.

Tan solo fue un pinchazo en la base del cráneo, diminuto, pero Enrique notaba como un mazazo continuo que le oprimía hasta la arcada. Lo pasó mal.

En el laboratorio había dado comienzo de nuevo todo el proceso. En tres días habría un nuevo clon en España. El tercero en cuestión de pocos meses.

* * *

Andrés deliraba por las fiebres en su cama de hospital. La visita de su hermano le había afectado de manera exagerada. Repetía solamente dos palabras entre babas calenturientas.

—Los símbolos... los símbolos...

* * *

Don José Amigo Romero pasó el perfilado discurso a Enrique. Este lo leyó. Corrigió un par de expresiones, aconsejó menos *tufillo curial* y se lo devolvió al Primado. El doctor buscó con ansia a su tío.

—¿Todo marcha bien, tito?

—Todo marcha bien, hijo.

* * *

El camarada Redondo hacía llamadas de teléfono constantemente. Escribía en su despacho hasta altas horas de la madrugada. Se miraba en el espejo y sonreía.

* * *

El nuevo clon se configuraba como un hombre adulto, en su madurez plena. Atlético. Guapo. Norma Jean no dejaba de contemplarlo en su desnudez fetal dentro de aquella

cápsula. Lo miraba con deleite. Le gustaba. Jorge Luis Valdecasas lo había notado. Le incomodaba que la hermosa joven se fijara con tan mal disimulada lubricidad en aquel hombre. No dijo nada, no obstante. Era de esperar. Lo había esperado con temor, siempre. Desde el primer día de su sueño con Norma Jean. Su *Mariquilla*. Él era un viejo. Ella, un volcán.

* * *

Andrés, en un momento de tregua de la turbia convalecencia, habló a Juan, que velaba a la cabecera de la cama adormilado en un incómodo sillón.

—¿Seguimos teniendo la dirección de... del que nos proporcionaba las... las bengalas para...?

—Para las manifestaciones —concluyó Juan la agónica frase.

—Sí, ¿podemos localizarle?

—Por supuesto.

—Bien...

Andrés quedó envuelto en una tranquilidad plomiza. Juan no comprendía.

* * *

—Ahora es el momento. Cruza los dedos.

Hablaba Jorge Luis a Enrique.

La *transfusión de conocimientos*, una experiencia pionera en la Historia de la Medicina, se estaba llevando a cabo en ese mismo momento. Eran las cinco de la tarde de un ocho de octubre.

* * *

El camarada Miguel Redondo seguía pegado al teléfono. Animaba a sus interlocutores en términos gruesos y patrioterros. Estaba satisfecho. Lo pintaban bien. No dejaba de sonreír.

* * *

Cuando *lo parieron*, sucio, mojado, no adquiría la prestancia que luego resultó tener bien vestido, bien peinado hacia atrás. Ojos grandes, inteligentes. Labios apetecibles. Eso pensó Norma. Eso captó en ella el viejo Valdecasas.

El discurso estaba listo. Un día de logopedia. Los clones aprendían rápido a hablar. Aquel mismo día: motricidad. Los clones aprendían a andar casi al instante. Y una tarde para que se preparara el discurso. No era *él*. Se parecía a *él* pero no tenía su

misma personalidad. Eso lo sabían ya todos. Era el gran fallo de la clonación. De ahí lo de implantarle dotes interpretativas: Enrique Valdecasas se proponía que actuara convincentemente. Que pareciera realmente *él*.

Le enseñaría cómo debía hacerlo. Había que confiar en que lo aprendería sin mayor dificultad.

Su alternativa sobre las tablas de un escenario: nada menos que en el Teatro de la Comedia.

* * *

Andrés sonreía con la mirada perdida. Manolo acababa de llegar a su lado.

—Andrés, Andrés... —le hablaba en susurros—. Ya tienes lo que encargaste.

* * *

Aquella mañana, llegados de todas partes de España, uniformados con la camisa azul mahón, más de doscientos falangistas aguardaban, ajetreados, el comienzo del deseado acto que iban a celebrar en el Teatro de la Comedia. Sus muros, de tan grata historia, les hacían sentir como en casa. Se saludaban. Hacía tiempo que no se veían. Preguntas de rigor, por la familia, la salud... Fuera, unas cuantas decenas de manifestantes les increpaban. Ellos no oían los gritos desde dentro. Bastantes antidisturbios vigilaban por el buen desarrollo de aquella reunión, legal, de Falange Española. No querían más de lo que había. Ya estaba el ambiente bastante caldeado.

Por megafonía les avisaron para que tomaran sus asientos.

Entre bambalinas, el camarada Redondo, henchido de orgullo y responsabilidad, era escrupulosamente retocado por los suyos para que la puesta en escena fuera efectiva. El pelo perfecto, engominado hacia atrás. La camisa sin una sola arruga. Las correas. Las botas lustrosas. Mientras, Redondo repasaba los papeles de su arenga. Gesticulaba con el puño en alto. Bisbiseaba entre dientes, como un niño aprendiéndose la lección. En lápiz rojo, sobre las líneas de texto, estaban apuntadas las inflexiones de la voz «más ardor», «casi gritando», «pausa», «recalcándolo», «con sentimiento» y otras por el estilo. No había cabida a la improvisación. Estaba todo medido.

El escenario del teatro, alquilado por seis horas a precio de oro, estaba dispuesto para la ocasión. Banderolas rojas y negras colgaban de los palcos. En el centro de la escena, con focos que buscaban un efecto solemne, un único y robusto atril de caoba falsa. Tras el solitario estrado, una enorme bandera de la España fascista. «Una, Grande y Libre». El lema campeaba sobre el oscuro fondo, en intensas letras rojas, justo detrás de la enseña desplegada.

—¿Qué hay de los militares que nos secundan? —preguntó Redondo a su más

directo colaborador, que le estaba cogiendo el bajo de los pantalones con un par de alfileres.

—Están preparados, camarada.

Redondo esbozó una mueca que quería parecer una sonrisa.

Otro falangista llegó para dar aviso. Ya todos estaban sentados. Esperaban. Había llegado la hora.

—Suerte, camarada Redondo.

—La tendré.

* * *

En la Castellana, el tradicional desfile de las Fuerzas Armadas estaba a punto de dar comienzo. La gente, en un número altísimo, prácticamente se amontonaba sobre el perímetro de seguridad. Todos querían ver a los Reyes.

Ya estaban en su lugar el Presidente y los ministros del Gobierno del OLE. Las principales autoridades del país se concentraban en unos pocos metros de tribuna. Los que manejaban el destino de toda una nación. El Estado en bruto.

Cuando llegó la comitiva miles de personas estallaron en aplausos. Banderas que se movían. Flashes. Música militar. Fanfarria. Los altavoces anunciaron: «Señoras y señores, Sus Majestades los Reyes de España».

La Guardia Real en traje de gala y a caballo se abrió para dejar paso. Bajaron del Rolls Royce acharolado.

El saludo de los monarcas fue recibido con euforia desatada.

* * *

Redondo hizo acto de presencia en el escenario. Aplausos comedidos. Sin mediar palabra, se cuadró. El teatro rebosante de falangistas se puso en pie. Sonó el inconfundible «Cara al Sol», cuya letra fue cantada por todos, a viva voz. Después, la «Canción del falangista» recibió el mismo trato de honor. Terminadas ambas, nuevos aplausos.

* * *

Al pie de la tribuna esperaban las altas autoridades militares y políticas. Saludaron a la Familia Real. Subieron todos a ocupar sus asientos. Pero antes, de una manera imperceptible para el gran público, un aguerrido hombre de ojos gris claro y mentón cuadrado, vestido por un traje de chaqueta que no disimulaba la sobaquera y la pistola, se acercó a los monarcas, acompañados por el Presidente del Gobierno, justo al comienzo de la escalinata que les llevaba al palco.

—Majestad, señor Presidente, todo el dispositivo está listo. Cuando ustedes lo ordenen...

La figura egregia que destilaba realeza dirigió una mirada al Presidente. Este asintió con la cabeza.

—Proceda.

—Sí, Majestad.

Soberanos y Presidente continuaron el ascenso pausado hacia su sitio en el palco. El hombre que les había dirigido la palabra hizo un disimulado mutis y tal como había venido se fue.

* * *

—Camaradas —Redondo estaba resplandeciente—, hoy, doce de octubre, *Día de la Hispanidad*, es una jornada histórica para todos nosotros. Nos reunimos en este Teatro de la Comedia, tan querido, para celebrar el espíritu que nos une como herederos morales de la defensa de esta Patria tan maltratada que es España. Nuestro mensaje es el de la Tradición, la Historia y la Fe de un País titán de titanes que de tal manera se ningunea por la acción destructiva de una política corrupta y repugnante, carente de los más altos Valores, que nos mantiene sometidos y esclavizados bajo el yugo atroz del liberalismo podrido y falto de Moral cristiana. Malos tiempos corren para esta España nuestra que está en manos de los más bajos intereses y el desorden antinatural de las costumbres.

Aplausos.

* * *

Los soldados que iban a participar en la parada militar estaban nerviosos pero destilaban orgullo. Comenzaban a formarse en los distintos cuerpos del ejército. Llegó el momento que tanto habían estado esperando durante meses de dura preparación. Todo debía salir a las mil maravillas. Los vehículos blindados tomaban posiciones.

* * *

—Falta Amor a la Patria. Carecemos de Espíritu patriótico, que es, en definitiva, amor propio. Estamos presos, engañados, por una sociedad vacía que solo piensa en consumir y no en trabajar por un futuro de prosperidad, industria y Paz. Nosotros, camaradas, somos el último valuarte de la Dignidad en esta sociedad emponzoñada y bostezante, sin anhelos, sin porvenir. ¡Basta de esa sumisión malsana y cobarde!

Aplausos.

* * *

Prácticamente en sus posiciones, los soldados esperaban que llegara su momento.

El hombre de los ojos gris claro, que hablara con los Reyes y el Presidente, en posición estratégica, observaba los movimientos con unos prismáticos de campaña. Habló por un comunicador que colgaba de su oreja derecha.

—Ahora.

* * *

—¡Esta posición de postración ante las circunstancias es impropia de hombres y debe finalizar! —continuó Redondo—. ¡Es momento de pasar a la acción! Nuestros jóvenes piden trabajo y no les responde un Gobierno corrupto. Nuestras mujeres claman la seguridad de unas calles por las que puedan pasear sin ser atacadas por la bazofia del mundo, llegada hasta nuestras fronteras en oleadas de inmigrantes peligrosos que nos roban lo que conseguimos honradamente con el sudor de nuestras frentes. Nos quitan el trabajo, exigen como si fueran dueños de una tierra que no les pertenece, afean nuestras ciudades, causan la inseguridad, el terror... ¡Y deben ser barridos de nuestra Patria! ¡Ellos son los culpables de nuestra decadencia! Los buenos españoles se sienten desprotegidos. Un mal gobierno que no garantiza sus derechos. ¡Los derechos de los Hijos de España!

Aplausos.

* * *

La Policía Militar rodea las filas de soldados. No se sabe de dónde han surgido tantos y tan bien armados. Cercan a dos generales, dos comandantes y un capitán de distintos cuerpos.

Hombres tan bien vestidos como el de los ojos grises se acercan a estos cinco mandos. Casi al mismo tiempo les dirigen una educada pero incontestable orden.

—Acompañeme.

Los cinco mandos se sorprenden por lo inesperado. Preguntan a qué se debe tal irregularidad. Protestan.

Mientras tanto, los conductores de cuatro tanques y tres blindados con artillería pesada son obligados a bajar de los vehículos.

Una treintena de soldados rasos son igualmente requeridos selectivamente. Se les desarma y son conducidos a varios camiones que esperan con el motor encendido.

La resistencia es mínima.

El resto de los militares se sorprenden de lo que está sucediendo. Pronto se les

ordena que continúen en sus posiciones. Nadie comprende nada. Obedecen a sus superiores.

—Actúen con normalidad. Que todo siga como estaba previsto.

* * *

—Minan nuestra sociedad desde dentro de nuestra amada Patria. También son enemigos aquellos que pretenden romper su unidad con ideas egoístas de naciones fantasmas dentro de la Gran Nación que es España. ¡Falso todo! ¡Son enemigos de la Patria y este Gobierno de pordioseros mafiosos venden la posibilidad de desangrarnos, de fracturarnos en taifas dañinas, cuando debieran vigilar por la Unidad y la Fortaleza de nuestro país! ¡Son carroña a eliminar!

Aplausos y reacciones airadas. Se caldeaba el ambiente.

* * *

Las filas de soldados volvían a una aparente normalidad. Los mandos apartados del desfile son reemplazados por otros que toman las riendas en su lugar. Se reorganizan las columnas.

Al mismo tiempo, en la Tribuna de Autoridades ha terminado el acto a la bandera y el homenaje a los caídos.

Comienza el desfile.

* * *

—¡Los amorales, los homosexuales y toda la caterva de degenerados que nacen como chinches son la suciedad que corrompe nuestras Costumbres, el Orden y la Decencia!

Redondo es interrumpido por su público cada vez con más frecuencia.

* * *

Los altavoces anuncian que, en primer lugar, sobrevolarán en formación los mejores aviones de batalla del Ejército Español. Miles de cabezas se alzan hacia el cielo, esperando el espectáculo.

* * *

—¡Y Europa, esa falacia, nos obliga a agachar la cerviz ante intereses que no son nuestros, que no nos pertenecen, de países incluso hostiles a nuestra Patria, todo para

beneficiar a los gerifaltes de un Mundo absurdo que nos avoca irremisiblemente a la autodestrucción! Camaradas, ¿hemos de seguir permitiendo todo esto?

Un gran «No» se elevó en las voces de tantos hombres allí congregados.

* * *

—Majestad —le dirigía la palabra el jefe de organización, que permanecía al lado de los Monarcas, luciendo todas sus condecoraciones, para explicar puntualmente el desfile—, la *Patrulla Águila* está configurada este año por tres nuevos aviones de combate más poderosos y efectivos. Es una adquisición que ha supuesto un enorme desembolso al Estado Mayor, pero ya verá Su Majestad qué presencia, cómo imponen los aparatos. Unas auténticas fortalezas volantes. Son menos que otros años, pero más potentes. Creo que ha sido una buena inversión.

* * *

Redondo levantó una mano con terrible gesto.

—¡A nosotros nos corresponde encauzar las tornas que toma esta exasperante situación! ¡Devolver a España su prestigio perdido, pisoteado! ¡Ya fuimos en una ocasión los adalides de la Patria, la élite que salvó a esta Nación de su destrucción moral y física, de su desaparición histórica entre las fauces del Comunismo, el Liberalismo y el Ateísmo! ¡Y ahora estamos llamados a liderar una vez más el Resurgir del Espíritu Nacional!

* * *

Aparecieron los aviones en el horizonte. La formación en uve era imperceptible. En cuestión de segundos sobrevolarían las cabezas de los presentes.

* * *

—¡Y ya lo estamos haciendo desde hoy mismo! ¡Estamos reunidos para comenzar un nuevo Alzamiento! ¡El advenimiento del Orden! ¡La democracia está podrida, se ha demostrado su inutilidad manifiesta! ¡Es nido de ratas, de corrupción y de descrédito! ¡Le abre las puertas a nuestros enemigos! ¡Pero esto se acabó! ¡Hoy llega a su fin!

* * *

Los aviones, realmente poderosos, imponentes, hacían un ruido ensordecedor. Desde

la lejanía comenzaban a avistarse los tres haces de humo que dibujarían la bandera de España en el cielo azul de Madrid.

* * *

—¡En este mismo instante, fuerzas leales al Alzamiento han tomado la tribuna presidencial que se encuentra dispuesta para el desfile de las Fuerzas Armadas! ¡Están bajo nuestra autoridad los político inmundos que forman este Gobierno comunista y masón, con su Presidente a la cabeza! ¡La Familia Real, inútil marioneta del Gobierno, también está bajo nuestro poder en un Golpe que pretende devolver a los ciudadanos de esta Nación su Orgullo pisoteado! —Muchos de entre los congregados murmuraban sin creérselo del todo—. ¡Sí, camaradas, sí, aún hay buenos españoles entre los militares! ¡Bajo su mando, tomado el Gobierno en pleno y al Jefe del Estado, los soldados de Nuestro Glorioso Ejército recibirán en este momento las órdenes precisas! ¡Nadie puede coartarnos, ya que somos nosotros los que tenemos la sartén por el mango! ¡Los tenemos en nuestras manos!

La incredulidad era manifiesta. La convicción en las palabras del camarada Redondo dieron pie a la euforia.

* * *

Los colosales aviones de la *Patrulla Águila* ya estaban encima de la tribuna y de los miles de ciudadanos atentos. Pasaron fugazmente dejando tres estelas de color: la bandera.

Rojo, como la sangre ardiente de los españoles; gualda, como el oro, símbolo de nobleza y poderío; y...

—¿Morado?

El público congregado se quedó boquiabierto. Más de uno miró la banderita de plástico que agitaba entre las manos para comprobar la discordancia con respecto a la que se dibujaba en el cielo. Fue la Reina la que no se calló un comentario al patidifuso jefe de la organización.

—Algo desteñida esta bandera, ¿no cree usted?

* * *

Redondo estaba entusiasmado. Radiante en su discurso incendiario.

—¡Sí, camaradas, llegó nuestro momento! ¡Salgamos a las calles y, henchidos de orgullo, luchemos por la Nueva España! ¡Resucitemos nuestro Espíritu Nacional! ¡Sí, resucitémoslo moral y físicamente! ¡Como bien sabéis, en las pasadas semanas hemos vuelto a contar con la presencia excepcional, carismática, de nuestro amado

Caudillo! ¡Franco redivivo vuelve a caminar entre nosotros, vuelve, como ejemplo tangible, a demostrarnos que España es Inmortal...! ¡La verdadera España! —Todos aplaudían, gritaban, se emocionaban algunos hasta el delirio—. ¡Sí, camaradas, él ha sido el primero! ¡Resucitémoslos a todos! ¡A todos los que cayeron por Dios y por España! ¡A los mártires de la Patria! ¡Ellos serán nuestra guía y ejemplo a seguir para lograr nuestro Triunfo! ¡Resucitémoslos a todos! ¡Desenterremos su memoria! ¡Todos, todos engrosando nuestras filas! ¡Desde el primero hasta el último! ¡Sí! ¡Desde el primero:... José Antonio Primo de Rivera!

—¡Presente!

Aquella voz, alta y clara, había surgido del final de la sala. Se hizo el silencio. Redondo ahogó un gritito.

Todos volvieron la cara para comprobar cómo, con paso firme y elegante, revestido de su dignidad, se acercaba hasta el escenario, por el pasillo central del teatro, la figura inconfundible del fundador de la Falange.

XII

—Lleva casi tres cuartos de hora ahí dentro.

Enrique Valdecasas estaba sentado en el asiento del acompañante del conductor, Carmen Pla. En los asientos traseros del amplio monovolumen, Jorge Luis Valdecasas, su ayudante Norma Jean, el Cardenal Primado de España y Franco contenían el aliento. Todos estaban nerviosos. La reacción de los falangistas podía no ser la deseada. Entonces, estaría todo perdido.

Hasta el callejón en el que se encontraban aparcados en segunda fila llegaba el griterío de los manifestantes contrarios a aquella reunión. Los ocupantes del coche tenían el corazón encogido.

Hubo un momento en el que las voces tomaron una fuerza nueva. Eran más chillonas. Se escuchaba con más nitidez algunos insultos. «Alguien salía del teatro», pensaron los seis ocupantes del vehículo, pero nadie lo expresó en alta voz.

Efectivamente, las puertas del Teatro de la Comedia se habían abierto. Poco a poco, los uniformados falangistas estaban abandonando el edificio. El discurso había finalizado.

* * *

El radio-trasmisor emitió un «Bzzz» muy elocuente. Después le siguió una voz.

—*Alfa*, aquí *Beta*... *Alfa*, ¿me recibes?... Informe sobre la *cola roja*..., repito: informe sobre la *cola roja*... ¿Qué ha pasado con el humo?... Cambio.

No hubo respuesta. Repitió la comunicación.

—*Alfa*, aquí *Beta*, ¿me recibes?... Conteste, *Alfa*...

El piloto decidió intentarlo por otros medios.

—*Beta* a base, *Beta* a base... Regresamos. *Alfa* no responde a la petición de informe de contingencia... Repito: *Alfa* no responde.

En la Base Aérea de Torrejón de Ardoz el que más y el que menos estaba pegándole bocados a los lápices.

—Base a *Alfa*. ¿Qué sucede? Cambio.

Esperaron unos segundos. El silencio. Un leve movimiento hertziano y, al fin, la ansiada respuesta.

—¡Ja, ja, ja...! ¡Chuparos esta, cabrones! ¡Ja, ja...! ¡Los símbolos, los putos símbolos...!

En la base saltaron de las sillas.

—Aquí base, ¿quién es y qué pretende, repito: quién es y qué pretende?

—¡¡¡¡Comedme la polla todos!!!!

Comenzaron a movilizarse. Situación de emergencia. Los nervios aumentaron cuando se comprobó que los aparatos *Beta* y *Gamma* regresaban efectivamente en

dirección al aeropuerto militar. El avión *Alfa*, después de soltar su estela morada, se dirigía incomprensiblemente hacia el Nordeste. Un general, rojo de furia, dio la orden precisa.

—¡Los cazas! ¡Que lo abatan si hace falta!

* * *

Todos los falangistas salían en pequeños grupos. Iban en busca de sus vehículos para marcharse a las habitaciones de hotel que habían reservado para el ocasional viaje, o a sus casas. Hablaban. La expresión de sus rostros era variable. Sobre todo: desconcierto. Los antidisturbios preservaban la salida con un cordón policial inexpugnable. El ánimo de los manifestantes estaba encrespado.

Por la puerta de servicio un hombre y su abrigo negro dejaron, solitariamente, de ocupar parcela de aire dentro del teatro.

—¡Ahí viene! —advirtió el doctor Jorge Luis Valdecasas.

El hombre del abrigo negro entró en el monovolumen. Se puso el vehículo en marcha.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó Enrique.

—Según lo previsto —contestó José Antonio Primo de Rivera.

—Entonces, por ahora... —insistió Enrique.

—Cada uno a su casa y Dios en la de todos —fue la respuesta del clon del fundador de Falange.

La dulce Norma le miraba con los luceros encendidos por la fiebre de la pasión. Él le devolvió la mirada con una sonrisa seductora, de propina. Carmen cogió al vuelo este intercambio de complicidades a través del retrovisor.

* * *

Andrés apuntaba con la pistola a la nuca del piloto. Este le volvió el perfil del rostro para preguntar por la dirección que debía tomar.

—A Francia.

—Pero... ¡usted está loco! ¡Si invadimos el espacio aéreo galo con este avión de guerra crearemos un conflicto diplomático!

Andrés se rio cuajado de locura.

—¡Eso, eso es precisamente lo que pretendo! ¡Rumbo a París, tentándoles hasta que nos revienten en pedazos! ¡La guerra! ¡Ja, ja...! ¡Ahora verán los gabachos, se las devolveremos todas juntas! ¡Ja, ja, ja...!

—Es usted un loco.

—¡Los símbolos, capullo! ¡Es todo una mera cuestión simbólica! ¡Vive la France! ¡Vive la Liberté! ¡Ja...! ¡Vive la République! ¡Mayo del 68, allá voy!

Cuatro *cazas* estaban a punto de darle alcance.

* * *

—¿Adónde...? ¡Estás loco...!

—Carmen, conduce y calla. Quiero que nos lleves de regreso al chalet. Será cuestión de minutos.

—¿Para qué?

—Cosas mías...

—Estamos tentando la suerte...

—Tú llévame al chalet.

* * *

El comandante de la cuadrilla de *cazas* dio el aviso usual por comunicación radiofónica. El enemigo no contestó. Apuntándole con el arma de fuego, Andrés impedía al piloto que usara la radio.

El comandante de los cuatro *cazas* pidió permiso a su superior en la base para ejecutar la acción de derribo.

—Compruebe que no sobrevuelan terreno habitado —fue la advertencia desde Torrejón.

—Recibido. Aguardo la oportunidad.

* * *

Aparcaron el monovolumen. Enrique pidió que lo esperaran dentro del coche, con el motor en marcha. No iba a tardar mucho. Entró en la casa para retiros espirituales del Opus Dei y dio a las luces. Se dirigió al laboratorio. Antes entró en el salón principal, tan ricamente decorado, y miró de lado a lado la estancia, como buscando algo. Lo encontró. Tomó con sus dos manos el atizador de la chimenea, a manera de garrota, y se dirigió con su arma en ristre hacia el laboratorio, decidido a destrozar de una vez para siempre todo el instrumental que había estado utilizando para realizar clonaciones humanas.

* * *

Sobrevolaban una amplia zona semidesértica del Maestrazgo.

—Ahora —pensó el capitán de los *cazas*—. ¡Fuego *Uno, Dos y Tres!*

Un trío de misiles de corto alcance impactó en el acorazado volador.

—¡Madre de Dios! —dijo para sí el comandante de la cuadrilla—. ¡Como un

toro! ¡Esto sí que es un avión de guerra! ¡El orgullo del Ejército Español! ¡Tres pepinazos y ni se inmuta!

Entraron de nuevo en franja poblada.

* * *

Al encender las luces el doctor Valdecasas se encontró con una sorpresa. Los aparatos del laboratorio se hallaban embalados en cajas de todos los tamaños. Una, enorme, debía contener el gran útero artificial en que se engendraran aquellos tres líderes, copias imperfectas de «glorias» pasadas tan anheladas por algunos nostálgicos, renacidos como instrumentos en manos de intereses presentes con el fin de ser manejados como obsoleta y repugnante justificación para atrocidades venideras.

Enrique Valdecasas no salía de su asombro cuando, con total nitidez, escuchó a sus espaldas una voz autoritaria.

—Suelte ese hierro y ponga las manos sobre la cabeza. Sin movimientos bruscos.

Hizo lentamente lo que le ordenaron. Notaba el cosquilleo que se produce en la nuca cuando intuyes que una pistola te apunta.

Cuatro atléticos varones endomingados se pusieron frente a él, con cuatro armas contemplando su cabeza desde el cubil negro de la bala.

Enrique buscó con la mirada, instintivamente, si vestían alzacuellos.

* * *

—Nos han dado. No creo que lleguemos a Francia.

El piloto tenía sangre fría. Andrés seguía apuntándole como buenamente podía mientras se colocaba un paracaídas.

—Mierda... —El piloto maldecía entre dientes.

—¿Qué pasa?

—¡El sistema de navegación ha sido dañado! ¡Los mandos no responden!

El piloto conocía perfectamente lo que debía hacer en momentos de emergencia. Pretendía dirigir el aparato hacia el mar para estrellarse contra el Mediterráneo y evitar así víctimas civiles. Ya lo tenía planeado desde que Andrés ordenó que siguiera en dirección a Francia. Pero ahora, el impacto de los misiles había propiciado que fallaran los planes.

Cornellá. Zona boscosa.

—Disparen *Cuatro, Cinco y Seis*.

De nuevo en el blanco. Esta vez, el brutal acorazado volador comenzaba a zozobrar.

—¡Se acabó! —gritó el piloto a Andrés—. ¡Que Dios nos ayude!

Si hubiera podido, el comandante de la cuadrilla de *cazas* se habría echado las

manos a la cabeza. El avión *Alfa* de la *Patrulla Águila* perdía altura. Estaba herido de muerte. Sobre la capital de Cataluña.

—¡Nos vamos a estrellar! —El piloto pulsó el botón del asiento eyectable.

Cada vez más cerca de la ciudad, sobre los edificios del centro de Barcelona. El desastre era inminente.

—¡Los símbolos! ¡Je, je...! ¡Los símbolos! ¡Ja, ja...!

Andrés saltó. El sillón del piloto ya bajaba, meciéndose plácidamente, sostenido por un enorme paracaídas. Andrés tiró de la anilla del suyo.

El piloto lo vio con horror. Andrés lo vio y se reía. Los pilotos de los *cazas* lo vieron aterrorizados. Cientos de barceloneses lo vieron también. El ruido fue infernal.

—Objetivo derribado..., repito: derribado —informó el comandante.

—¿Daños? —le preguntaban desde la base militar.

—¡Dios!... ¡Se ha cargado la Sagrada Familia!

Andrés reía a carcajadas. La columna de humo del enorme incendio le pareció un espectáculo divertido.

—¡Los símbolos...! ¡Los símbolos...! ¡Ja, ja, ja...!

* * *

El camarada Miguel Redondo, solitario y abatido, abandonaba el Teatro de la Comedia. Su carisma no era nada comparado con la eficacia dialéctica de José Antonio. Ese clon sí había resultado todo un triunfo, era realmente José Antonio redivivo. Pero no entraba en sus planes. ¿De dónde había salido? Redondo sabía que solo un hombre en este mundo podía haberle jugado semejante mala pasada. Un hombre del que no tenía noticia desde hacía demasiados días.

Maldecía entre dientes. Se vengaría de Enrique Valdecasas. Demasiados camaradas de su confianza le habían fallado en la vida. Pero este caso le dolía más si cabe, por lo inesperado y de quien venía, de un amigo inicialmente fiel a sus proyectos del Nuevo Alzamiento.

Los compañeros falangistas habían escuchado, como si de una aparición casi divina se tratase, a un convincente José Antonio echando tierra sobre las palabras de Redondo, asegurando que los planes del camarada no eran el camino para la Revolución ni el momento presente era el indicado. La fuerza de su elocuencia fue muy superior a la del camarada Redondo y sus argumentos mucho más categóricos. Sus palabras habían desfigurado la impresión de unidad de todos los falangistas allí presentes. Sembraron la duda. ¿A quién hacer caso, a Redondo o al tan amado José Antonio? Se produjo el cisma entre los que querían pasar a la acción y los que rendían absoluta lealtad a su líder natural.

—Como si hubiera pocos partidos fascistas en España segregados de Falange —pensaba Redondo en voz alta, abriendo la puerta de su coche—. Encima, otra desunión interna más...

Pero aún guardaba un As en la manga que ni siquiera un seductor Primo de Ribera podía arrebatarse. Estaba deseando escuchar la noticia por el aparato de radio del coche. La noticia del éxito. Su momento de gloria. Se imaginaba las caras de los camaradas que finalmente no le habían prestado su apoyo cuando se enteraran del Golpe de Estado al llegar a sus casas y conectar la televisión o la radio. Él, Miguel Redondo, el cerebro de la conspiración, sabría tomarse la venganza sobre los que no le habían dado aquella mañana su favor.

Mientras trasegaba el dial, el coche fue inmediatamente rodeado por varios individuos con cara de pocos amigos que surgieron de no se sabía dónde.

—¡Eh! ¿Qué hacen ustedes?

Abrieron la puerta del conductor. Apuntaron con armas cortas a Redondo. Uno de ellos habló.

—Acompáñenos.

—¿Quiénes son ustedes? —Redondo estaba asustado.

—Servicio Secreto. Le he dicho que salga del vehículo...

* * *

El hombre de los ojos grises se acercó subrepticamente por detrás del Presidente del Gobierno y de los Reyes.

—Majestad, señor Presidente, todo ha concluido con éxito. Hemos abortado el intento de Golpe con absoluta discreción.

—¿Bajas?

—Ninguna, Majestad.

—¿Y lo del avión?

—Lo estamos investigando, Majestad.

—Muy bien, puede retirarse.

Justo en ese momento estaba pasando la cabra de la Legión.

* * *

En el salón aséptico con muebles de aluminio, la gran mesa aumentaba la sensación de oficinaza. Olía a hospital. *La Casa* daba el aspecto frío, gélido, que todo el mundo debía esperar de una central de los Servicios Secretos. El SIE, *Servicio de Inteligencia de las Españas*, resultaba como un tanatorio a lo burro: exageradamente grande, con mucho movimiento aunque relativamente silencioso, gris y triste. Pero con menos cipreses.

Después del aparatoso traslado de hombres, clones y máquinas hasta las dependencias de *La Casa*, retornó una cierta tranquilidad a la agitada existencia de la peculiar caterva de individuos que habían participado en aquel embrollo que estaba,

aparentemente, llegando a su fin.

Nada más entrar al salón en que se encontraban los interfectos, el Jefe del SIE — un hombre bonachón con cara apacible, afeitado y de cabellos suaves blancos— se había vuelto a uno de sus acompañantes, parándose en seco y haciendo, de un vistazo, recuento en voz baja.

—Un médico falangista, su tío el que inventó la máquina para clonar, una periodista catalana, Francisco Franco, José Antonio Primo de Rivera, el Cardenal Primado de España y Marilyn Monroe. Con dos cojones. Todos juntos tomando café en la sala de reuniones del Servicio Secreto español. Me lo cuentan hace un mes y habría echo arrestar al subnormal que me lo hubiera dicho. Las cosas que llegas a ver en este trabajo... Jesucristo...

Pero, después de más de dos horas de distendido interrogatorio, algo llegó a aclararse para el sufrido Jefe. En la línea de lo acontecido, pero se aclaró.

Fue Enrique el que, después de contar toda la historia, se atrevió a preguntar.

—Entonces, ¿ustedes estaban al tanto de lo que iba sucediendo en todo momento?

—Subestima usted al Gobierno de la Nación, doctor Valdecasas.

—Tal vez haya sido una puerilidad por mi parte suponer que desde Falange habían sabido burlarles.

—Pues sí, una puerilidad y de las gordas.

Si Enrique Valdecasas hubiera podido pasear por los silenciosos pasillos y oficinas en los que se estaba llevando a cabo en aquellos precisos instantes el paciente y rutinario trabajo de vigilar la seguridad del Estado, habría podido reconocer algunos de los rostros que pululaban de despacho en despacho. Rostros que pasaron fugaces en situaciones concretas de los últimos meses de su vida. Hombres de la calle. Pero, seguramente, no recordaría aquellas caras.

Entró la que parecía una eficiente funcionaria. Dejó una carpeta de cartón negro delante del Jefe y se marchó por donde había venido. El Jefe leyó para sí.

—¡Hombre, lo que yo suponía...!

Todos los presentes adelantaron el cuerpo para oír mejor.

—Detenido e interrogado, el capullo de la bromita del avión resulta ser Andrés, del Partido Comunista *reconvertido*, o *redimido* o como sea.

A Enrique y los suyos ya les habían comunicado lo sucedido con el avión nada más llegar a *La Casa*. Todos esperaban noticias sobre el número de víctimas y la identidad del camicace que había llevado a cabo tan estrafalaria acción. Enrique aseguró a los del Servicio Secreto que aquello, que él supiera, no había sido parte del complot falangista. No le salían las cuentas. Los agentes confirmaron que a ellos también les pilló de sorpresa. No lo habían previsto, y eso que el seguimiento de los golpistas fue exhaustivo.

—Con razón. No tiene nada que ver con el intento falangista de Golpe de Estado. Jodida casualidad... —reflexionó el Jefe.

—¿El Partido Comunista *reconvertido*? —preguntó Enrique.

—O *refundido*, yo que sé. Se trata de cuatro chalados, hasta ahora inofensivos, que no se los toman en serio ni los suyos. Los del PC los dejaron como caso perdido. Se creen que todavía están en los tiempos de la clandestinidad, y actúan de la misma forma que hace cien años: reuniones secretas, alias... Unos payasos, vamos. Les meteremos un buen puro, sabemos quiénes son. El *Andrés* este, tiene gracia... ¿a que no se imagina cuál es su verdadero nombre, doctor Valdecasas?

La pregunta descolocó por completo a Enrique. Y más aún la expresión socarrona del Jefe de los espías. Él qué iba a saber cómo se llamaba el loco que había secuestrado el avión militar.

—Pues —el Jefe sonrió— nada menos que Cecilio Jesús Redondo Ledesma. Enrique no quería comprender.

—Efectivamente, doctor. Hermano de su camarada Miguel.

Enrique Valdecasas no sabía qué decir. Se había quedado mudo. Miraba la cara del espía como buscando respuestas.

—Los hermanos Redondo tienen un curioso historial, doctor Valdecasas. Desde que eran adolescentes y estudiaban en el colegio de los Maristas han dado más quebraderos de cabeza que satisfacciones. Se afiliaron pronto a la CNT, en la rama más dura del Anarquismo, causando cuantiosos destrozos en numerosos disturbios callejeros. Llegaron a pisar la cárcel. Más tarde, cuando cada cual siguió su camino, uno continuando el negocio familiar de taxidermia y el otro estudiando magisterio, sus tendencias se radicalizaron. Miguel hacia la extrema Derecha y Cecilio hacia la extrema izquierda. Derroteros distintos pero los dos de la misma madre. Igual de hijos de puta.

—Derroteros no tan distintos... —reflexionó Enrique, sin poder evitarlo—. ¿Y cómo pudo saltarse la seguridad y los controles del aeropuerto militar?

—Francamente —el Jefe miró al Caudillo—... perdón... Sinceramente no tengo ni idea. Bajamos la guardia, de eso no hay duda. Nuestros efectivos estaban pendientes de los falangistas y de sus partidarios entre los mandos del Ejército, no imaginábamos que pudiera suceder lo del avión. Una torpeza que pudo costarnos muy caro...

—¿Se sabe ya el número de víctimas? —preguntó el joven médico.

—Una.

No se atrevían a preguntar quién. El alivio sorprendente al escuchar que tan solo había una baja en lo que podía haber sido una tremenda carnicería les dejaba de una pieza. El Jefe de los espías continuó.

—Aunque es reparable.

Todos se extrañaron.

—Sí —continuó el Jefe—. La Sagrada Familia ha quedado hecha añicos, coño, ahora que la habíamos terminado de una puñetera vez. Pero no hay que lamentar víctimas mortales. Se encontraba totalmente vacía en el momento del impacto.

—¡Milagro! —gritó el Cardenal Arzobispo, sin poder contenerse.

—De milagro nada, padre: *chapuza*. Estaba cerrada al público por culpa del reventón en una de las tuberías de aguas fecales que pasan por debajo del Altar Mayor. Se había anegado por completo el suelo de la basílica. Con las prisas por tenerla terminada para el día de la inauguración parece que no pusieron el esmero que cabía esperar en el acabado. La calidad de los materiales era algo peor que baja.

—¡Bendita negligencia! —continuaba el sacerdote.

Enrique animó la cara.

—Bueno, me alegra saber que todo ha terminado más o menos bien.

—Sí, podía haber sido peor —el espía se arrellanó en su silla—. Pero aún quedan detalles por aclarar. Por lo pronto, doctor Valdecasas, usted está acusado de formar parte de la cúpula que organizó del complot —Enrique agachó la cabeza—. Aunque supongo que su colaboración en la resolución positiva del mismo no pasará inadvertida al juez que instruya el caso. No obstante, debo ordenarle que no abandone el país en el transcurso de los próximos meses. Ni usted ni ninguno de los presentes. Especialmente los señores clones.

—¿Cómo? —Enrique se alarmó.

—Sí, todas las herramientas de las que se sirvieron ustedes, los de Falange, para organizar el Golpe han quedado requisadas y almacenadas. Sus aparatos de clonación y... bueno, no sé si el *producto* de ese peculiar laboratorio tiene personalidad jurídica o debemos considerarlos como meros *objetos*. Total, objetos contra su voluntad o participantes voluntarios, el caso es que deben permanecer fuera de todo dominio público y a la espera. Debemos evitar la alarma social.

Enrique se mostró interesado de repente.

—¿A la espera de qué? —preguntó ceñudo.

—Ni idea, doctor Valdecasas. Me limito a transmitirles las órdenes que se me han dado. En resumen, que ninguno de los presentes salga de España y esté disponible a lo que se requiera de él. A parte, los señores Francisco Franco Bahamonte y José Antonio Primo de Rivera pasan a ser propiedad del Estado Español —ambos clones se miraron—. Con la señorita Monroe...

—Jean —corrigió la ayudante del científico.

—Bueno... con usted, vamos... No tenemos claro su papel y la confiscación o no de... de... de usted.

Jorge Luis Valdecasas puso ceño de queja y levantó un dedo autoritario.

—¡La señorita Jean es de mi propiedad!

La hermosa se envaró y no reparó mientes en corregir a su jefe. Agarró con fuerza una mano de José Antonio, sentado a su lado, y se encaró con el viejo científico.

—¡Yo no soy *propiedad* de nadie, doctor! ¡Además, Pepe Antonio y yo nos queremos y no me pienso separar de él de ninguna de las maneras! —Volvió el rostro a Primo de Rivera—. Pepe, mi vida, pasará lo que tenga que pasar, pero lo dos juntos. No pienso dejarte solo en este calvario.

La frase fue seguida de un beso rubricante. Ante la mirada estupefacta de todos

los presentes, Marilyn Monroe y José Antonio Primo de Rivera se estaban morreando a lo salvaje.

El viejo Valdecasas, sin disimular su disgusto, contuvo la rabia y la impotencia con una frase escapada de entre los dientes.

—Muy bien, zorra... Yo de todas maneras ya tenía ganas de un cambio. Una Audrey Hepburn me vendrá de perlas...

Seguía el morreo.

—Dicho todo esto —el Jefe se levantó de su asiento—. Muy buenas tardes a todos y que tengan un feliz día de la Hispanidad.

El morreo continuaba.

* * *

El Servicio Secreto optó por buscarles un hotel para pasar la noche. En las cabezas alocadas de Norma y José Antonio hervía la pasión y la juventud. La pureza del primer amor. También la inexperiencia. Planeaban agenciarse una casita recoleta donde vivir juntos, costeados por la Patria. José Antonio era *propiedad del Estado*, había dicho el Jefe del espionaje, por tanto, se hacían cargo de él hasta nueva orden. Ella se veía conviviendo en alguna cala escondida de la costa malagueña. O en Mallorca. O en Ibiza. Él, tranquilo en un aislado pueblecito de montaña, sin los jaleos de masificación y juerga continua de las playas *chic*. Fue su primera discusión como pareja.

* * *

Tras pasado el portal del hogar de Enrique Valdecasas, una vez aparcado el monovolumen, el doctor daba unas cuantas premisas tópicas.

—En mi habitación-vestidor tenéis ropa de sobra, que la criada os proporcione lo que necesitéis. Las camas os las preparan en un momento. Usted, don Francisco, dormirá en la habitación de invitados. Tito, tú en la que ocupaba papá. Usted, Ilustrísima, ¿seguro que no quiere quedarse con nosotros una temporada? Mire que hay sitio de sobra...

—No gracias, de veras que no —declinó con un gesto de la mano—. Me marchó a Toledo, pido un taxi y en una horita me planto en mi cama. Estoy molido. Demasiadas emociones para un pobre anciano como yo.

Carmen lo miraba con incontenible expresión de sospecha.

—Pues está usted muy en forma para ser un *pobre anciano* —dijo ella.

—Me cuido. Nada más.

—Y conoce tácticas militares.

—Un obispo debe saber de todo...

Carmen no se quitaba de la cabeza la agilidad con la que el sacerdote se desembarazó de su llave y la precisión de los puñetazos que propinó a los matones clericales en la Casa de Retiro Espiritual. Se movía como todo un experto.

—Bueno —habló Enrique—, acompaño a estos dos a sus habitaciones y ahora estoy con vosotros. Carmen, vamos al hotel y recogemos tus cosas.

Ella asintió por toda respuesta.

En cuanto Enrique se apartó con su tío y Franco, la periodista catalana no pudo contenerse.

—Ilustrísima, en confianza... —Carmen se atrevió a indagar con franqueza—. Además de Primado de España, usted es algo más de lo que parece...

—¿Usted cree?

—Sí, y me reafirmo en lo dicho.

—Querida Carmen —el Cardenal Arzobispo sonrió dulcemente—, todos somos algo más de lo que parecemos. ¿O acaso usted no tiene secretos?

Las palabras *todos* y *usted* las subrayó con un tono inequívoco. Él sabía. Ella sabía. Silencio tácito entre colegas de profesión.

Carmen rio.

—No me lo puedo creer... —dijo ella—. ¡Es imposible!

—Tan posible como un clon de Franco.

—¿Qué más es usted, querido Arzobispo?

La respuesta se pospuso indefinidamente al llegar hasta ellos el doctor Enrique Valdecasas e interrumpirles.

—Todo listo. Carmen, me voy contigo en el coche. Ilustrísima, le acercamos a una parada de taxis.

—Muy bien, gracias...

Una vez arrancado el monovolumen, Enrique reparó en que sobre el salpicadero estaba olvidado el libro que le regalara al Caudillo. «*Pitón Negro Pitón*», la novela policíaca que había constituido el único equipaje del Generalísimo en toda aquella alocada historia. Una novela de entretenimiento. Solo eso.

El libro hizo que Enrique retomara la conversación que habían venido teniendo de camino a casa. Le habló al Arzobispo.

—Es buena idea lo de esas vacaciones. Francisco necesita aire, naturaleza, sol... Ha llevado demasiado tiempo encerrado.

—Ya lo creo, desde mil novecientos setenta y cinco.

La ironía del Arzobispo fue aceptada con deportividad por Enrique.

—Me refiero al secuestro al que lo sometieron los de Redondo. Su sugerencia de acompañarlo a realizar el Camino de Santiago ha sido muy acertada.

—No sabía que pudiera hacerle tanta ilusión.

—Pues ya lo ha visto usted, don José, ha dado en el clavo. Francisco tenía metido en el coco lo del Camino, como una manía, desde sus primeros días en este mundo. Es muy gentil por su parte servirle de cicerone.

—Ya sabe lo que le he dicho. Yo encantado en darle esa satisfacción. Lo único que pido es que se deje la barba, como cuando lo encontramos en aquel piso. Así está irreconocible y no levantará polémica por donde vaya.

—Es un gallego muy gallego y tiene ganas de conocer su tierra —apostilló Enrique.

—Gallego de tomo y lomo, no cabe duda. Pero usted lo parió al ladito de la Puerta del Sol.

—¡Eso también es cierto!

Rieron los tres ocupantes del coche.

En la parada de taxis se despidieron con un «hasta luego» amistoso. Se iban a estar viendo durante mucho tiempo, eso lo sabían. Aquella aventura les había unido, entre otras formas, de manera punitiva.

* * *

Carmen abrió la puerta de su habitación de hotel y encendió la luz. Su cuarto estaba desordenado, tal y como lo había dejado cuando se marchó con el Arzobispo a la misión de rescate. Las cama, eso sí, estaba pulcramente hecha.

Conectó el ordenador portátil instintivamente. Encendió uno de sus cigarrillos.

—Es un momento y acabo.

Enrique se sentó al borde de la cama, contemplando la ropa desperdigada por el suelo enmoquetado. Era una mujer bastante desordenada. El cenicero lleno de colillas. Fumaba demasiado. La botella de güisqui a la mitad y un vaso sucio en la mesita de noche. Enrique miró la espalda de la escultural periodista y sonrió.

Carmen tenía una docena de mensajes de correo electrónico de su desesperado jefe. Jaime le había llamado, igualmente, una treintena de veces al móvil, que se encontraba olvidado dentro del lavabo.

Carmen sabía que había sido poco profesional, pero la amenaza que podía constituir Franco para los intereses de Cataluña se encontraba descartada y, de propina y por chiripa, había entrado en las dependencias de *La Casa*, la central de Inteligencia del Gobierno de la Nación. Y, al parecer, iba a visitarla muchas veces más hasta aclarar su papel en la desarticulación del Golpe de Estado. Cosas de la fortuna. Todavía no sabía qué beneficios podían reportar estas circunstancias a su organización, pero Carmen intuía que aquello de encontrarse infiltrada en el SIE encantaría a su jefe Jaime y a sus superiores. Tanto que olvidarían lo poco ortodoxo de su aparente deserción en pleno servicio. Se volvió hacia Enrique y lo miró con ganas. Él era el verdadero causante de su positiva situación. Él había resuelto el asunto de Franco, de algún modo, abortando la amenaza que constituía para Cataluña y, además, le había abierto inintencionadamente las puertas del SIE. Carmen veía su ascenso a la vuelta de la esquina. Y eso le excitaba.

Se lanzó al cuello de Enrique, para besarlo, derribando al doctor sobre el lecho

mullido. Enrique reaccionó tarde, no se esperaba aquel arrebatado de pasión tan repentino. Pero supo recuperar el terreno que Carmen le llevaba de delantera.

Se acariciaban la cabeza con furia, palpando sus cráneos como si pretendieran marcarlos con los dedos, crispados de ansias. Carmen mordía los labios de Enrique, hasta hacerle daño y algo de sangre. Las manos viajaron nerviosamente por las orografías de los cuerpos. Carmen buscó la botonadura de la camisa, para arrancarla de cuajo. Subió la camiseta interior de Enrique con los habilidosos dedos de la mano derecha, mientras que la izquierda buscaba el cinturón. Enrique no podía dejar de besarla por toda la cara, mandando las gafas al suelo de un manotazo que a ella no le dolió nada. Hervían. Carmen pellizcaba con sus afiladas uñas los pezones de Enrique. Primero uno, con saña. Después el otro. No hablaban.

Fuera el cinturón. Fuera el botón y la cremallera. Carmen atacó el pene de Enrique sin miramientos ni remilgos, palpándolo con conocimiento de causa. Los ojos cerrados, para mejor imaginárselo en una voluptuosa fantasía que retuviera lo desconocido. Crecía a buen ritmo y cobraba un magnífico porte. Carmen sonreía con dejación. Los ojos cerrados y un ronroneo minino, la cabeza levantada, el pelo alborotado.

Enrique, por su parte, besaba cara, cuello y pechos, pujantes, libres de ataduras y sostenes. Los sopesaba. El derecho ligeramente más grande que el izquierdo. Esa descompensación lo volvió loco. Los pezones se le atragantaban en la boca. La babeaba. Cogía con furia los cuartos traseros. Firmes. Rotundos. Las piernas fuertes de Carmen le atenazaban casi con dolor. La chaqueta del traje de ejecutivo tres piezas acabó echa un amasijo de tela a los pies de la cama. La falda estaba enrollada en la cintura.

Se tiraban dentelladas de furia retenida, de lujuria pujante. Carmen le arañaba el pecho. Hasta los agujeros nasales de Enrique subía el cálido y dulzón olor de las humedades femeniles. Eran dos animales en celo.

—¡Dios, cómo te deseo! ¡Cómo te deseo! —Carmen rompió el mutismo.

—Y yo a ti, Carmen. Me tienes loco...

—Parece mentira... —Y le mordía el lóbulo de una oreja—... que cuando te conocí... ¡Quién me lo iba a decir a mí! —Agarraba el pene erecto con las dos manos, fuertemente—... ¡Me pones muy burra, Enrique!...

Enrique acababa de desgarrar el tanga de Carmen, y una poblada mata de rizos salados hizo su aparición en escena. Enrique pasó a dominar la situación de un salto, haciendo que Carmen estuviera ahora debajo de él. Le abrió las piernas sin miramiento y se dispuso a penetrarla.

—¡Espera... espera... espera...! —Carmen retuvo al fogoso doctor.

—¿Qué pasa?

Todo se frenó de repente. Aquellos dos cuerpos jadeantes y medio desnudos, sin abandonar sus respectivas posiciones en la postura del misionero, quedaron quietos. Enrique esperaba intrigado.

—Yo... es que... —Carmen comenzó a decir.

—¿*Es que* qué? —Enrique se encontraba poco menos que fastidiado.

—Yo... Enrique, yo... Sé cuidadoso, ¿vale?

—¿Por qué...?

—Es que... yo nunca... vamos, que es la primera vez...

El doctor Valdecasas ya se encontraba en *posición de descanso*. Se sentó. Carmen se incorporó también, a su lado.

—¿Eres virgen?

Enrique miraba a Carmen Pla, la escultural belleza, la mujer libre y emancipada, la seguridad en sí mismo y la lujuria personificadas en una sola mujer y no podía creérselo.

—No me lo puedo creer...

—¡Pues sí, qué pasa! —Carmen parecía molesta, cubrió su desnudez levemente.

—Bueno, perdona, pero... cualquiera que piense... vamos, en tu ambiente y... una chica como tú, tan... Que es raro, qué quieres que te diga.

—Lo que sí que es raro es que un falangista y una catalanista terminen liados —dijo ella, con un mohín, al sentirse insultada.

—¿No serás independentista?

—Pues sí —Carmen subió orgullosa la barbilla.

—Yo no pienso dejar Falange ni cambiar mis ideas.

—Pues vamos aviados...

—Habrá que superar algunas cosillas... —Enrique, con una sonrisa de medio lado, trató de continuar por donde lo habían dejado.

—Sí, la verdad es que tendremos de qué hablar —Carmen se dejó llevar.

—Y en una pareja lo importante es la comunicación.

Ambos sonrieron. Ya estaban de nuevo besándose. Carmen abajo y Enrique a punto de desvirgar a la espía más eficiente de la Generalitat. El arma secreta en las aspiraciones de la «Nación Catalana». Entrenada para lograr que España no fuera, finalmente, ni *Una* ni *Grande*, y lo de *Libre* le daba lo mismo.

Y él sin saberlo.

Enrique, en el instante de hacerla suya, no pudo contenerse y se le escapó un suspiro.

—¡Ay, Carmela!

Epílogo

La catedral de Santiago de Compostela estaba inusitadamente poco frecuentada aquella mañana fría de noviembre. La luz se filtraba por las vidrieras como portadora de una cierta paz revoloteante. Brillaba el oropel barroco. El color tostado de maderas nobles. El estofado de las tallas policromadas retumbaba sobre el fondo oscurecido de más de un lienzo. Se respiraba esa espiritualidad gallega tan sufrida de *saudade*.

En el Altar Mayor, la espalda categórica del mártir saludaba a los pocos peregrinos que pasaban a abrazarlo. Había tiempo incluso de conversar con él. Era un día tranquilo.

Franco se abrazó al santo con delicia. La meta. Algunas lágrimas corrieron por sus mejillas, de barba espesa y rizada, como de moro, que acentuaba los rasgos de judío tostado del rostro de Francisco. Detrás del, el Arzobispo de Toledo esperaba, satisfecho de ver que, al fin, aquel gallego había cumplido su humilde sueño.

Ambos vestían ropas cómodas de chándal, con gruesos abrigos para combatir el frío, sendos gorros de lana, botas destartadas, bordón y mochilón reventando. Eran malas fechas para hacer el Camino. Mucho frío. Pero se había hecho.

En todo ese tiempo, Franco y don José habían trabado una hermosa amistad, llena de sinceridad y profundidad, fraguadas ambas en la convivencia del duro trayecto. El Primado descubrió en Francisco a un hombre sensible, de objetivos sencillos en la vida, afectuoso y de lágrima fácil. Un gallego socarrón, muy dado a la ironía, a la credulidad supersticiosa y al buen vino. Su conversación era amena y sincera. Se ilusionaba como un niño con cada hallazgo nuevo, con cada descubrimiento. Un pueblecito, una aldea, el bosque y sus distintos árboles, los animalillos del camino, el Arte, las leyendas..., todo le encantaba y no dudaba en expresarlo. Hizo buenos amigos a lo largo del viaje, por su llaneza y cercanía. Destilaba inocencia.

Tras abrazar, al fin, al santo Patrón de España, Francisco se quedó mirando la nave casi solitaria de la iglesia que se abría ante él. Pegada la cara al enorme busto de Santiago, notaba en su rostro la brisa escalofriante de la Historia, reunida en aquella magna catedral compostelana. El edificio era el testigo mudo de la españolidad, sus avatares, sus logros y sus fracasos.

El Camino de Santiago, esto lo veía Francisco con prístina claridad, actuaba como un cordón umbilical fabuloso que unía a Europa con el líquido amniótico vivificante del océano. Una placenta que se hundía en la noche de los tiempos. De donde todos procedíamos.

Llevado por aquella meditación profunda, como mística, fraguada en ese momento de soledad y encuentro espiritual con lo que Santiago representaba, no pudo contenerse y, sin volver el rostro que seguía contemplando el interior de la monumental iglesia, Franco reflexionó en voz alta y con un tono que hasta entonces nunca le había oído el Cardenal Arzobispo.

—Desde luego, don José, España, quiérase o no, por su naturaleza, es la clave del

destino de la vida de Occidente.

Franco apoyaba la cabeza en la imagen de Santiago y tenía la mirada perdida en el infinito.

El Cardenal Primado arqueó una ceja.



JORGE CABRERIZO (Granada, España, 1980). Es historiador de Arte y cuenta con numerosos artículos científicos en distintas revistas especializadas e incontables colaboraciones en medios de comunicación, además de ser editor de la prestigiosa publicación digital *Alonso Cano: Revista Andaluza de Arte*.

Actualmente dedica todo su tiempo a labores como escritor, ejerciendo de guionista para la productora malagueña Euromedia Films y para el director holandés Ruud Van Hemert, además de colaborar en distintos proyectos culturales para la ciudad de Málaga.

La novela *¡Esto contigo no pasaba!* supuso su incursión en el panorama literario nacional con una demoledora sátira política.